



**Historias del Norte  
y del Sur (I)**

**Erskine Caldwell**

Traducción de Rebeca Bouvier



*“Cuando escribía intentaba que los sentimientos fueran intensos, ponderando su efecto emocional en cierto equilibrio interno” EC*

**Lectulandia**

En el texto autobiográfico que sirve de prólogo a esta antología de cuentos, Erskine Caldwell escribe «no tengo verdades filosóficas que impartir, ni me mueve ningún impulso evangélico para cambiar el destino humano. Lo único que he querido hacer es describir lo mejor que he sabido las aspiraciones y la desesperación de la gente sobre la que escribo». La aparente humildad del empeño da perfecta cuenta de las intenciones y la textura moral del autor: con una conmovedora e inquietante mezcla de distancia, ternura y sarcasmo agridulce —eso que damos en llamar lucidez—, los relatos reflejan la vida cotidiana y la atmósfera cargada y opresiva de la América de la Depresión. Tiempos mortecinos en los que, pese a todo, la vida sigue, y Caldwell, como ya hiciera en sus obras maestras *El camino del tabaco*, *La parcela de Dios* y *Tumulto en julio*, los transmite con «intensidad del sentimiento».

Escritos casi como una serie de estampas tan crudamente realistas que rayan en el esperpento, en los cuentos se reconocen los mejores mimbres de la tradición cultural norteamericana, anterior y posterior: las malas pulgas de Ambrose Bierce, la ironía de Mark Twain y hasta la doblez ingenua de Frank Capra. Y así, adolescentes fatalmente enamorados y cadáveres insepultos, emigrantes suecos, charlatanes de feria y leñadores con aficiones musicales componen un fresco de personajes y situaciones divertidas y lúgubres a la vez en el que se plasma con sutileza, inteligencia y sentido del humor el hambre, el desarraigo y los conflictos de clase y raciales de la convulsa América de los años 30. Una antología de relatos turbadores que estremecerá al lector más avisado.

**Lectulandia**

Erskine Caldwell

# **Historias del norte y del sur (I)**

ePub r1.0

Titivillus 05.12.15

Título original: *Stories of Life North and South* (1930-1940)

*The Mating of Marjorie, John the Indian and George Hopkins, The Automobile That Wouldn't Run, Saturday Afternoon, The Empty Room, Rachel, Indian Summer, Over the Green Mountains, Warm River, Yellow Girl, The Medicine Man, Meddlesome Jack, The Grass Fire, A Woman in the House, Horse Thief, Country Full of Swedes*

Erskine Caldwell, 1983

Traducción: Rebeca Bouvier

Diseño de cubierta: Eduard Serra

Imagen de cubierta: Mujer campesina en la época de la Gran Depresión (1936). © Bettman / CORBIS

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# **SOBRE EL MODO DE ESTABLECERSE COMO ESCRITOR DE FICCIÓN**

(Resumen introductorio extraído de la autobiografía del autor, *Call It Experience*)

## **LA SELECCIÓN**

## **SOBRE EL MODO DE ESTABLECERSE COMO ESCRITOR DE FICCIÓN**

Entré en la Universidad de Virginia en septiembre de 1922. Los temas que más me interesaron fueron lengua y literatura inglesa, y sociología. Tras una serie de visitas a hospitales estatales, residencias de ancianos del condado y otras instituciones similares, empecé a escribir sobre lo que había visto. Al principio me limité a escribir informes objetivos, pero poco a poco empecé a utilizar el material como inspiración para bocetos y relatos breves.

Escribir me absorbía tanto que, debido a mi deseo de aprender a escribir ficción, cambiaba a menudo de cursos e incluso dejaba la universidad durante largas temporadas. Al final, en la primavera de 1925, cuando me faltaban dos años para licenciarme, dejé Charlottesville y me fui a Georgia, donde solicité un puesto en el *Atlanta Journal*. Mi ambición no incluía el convertirme en periodista, pero mi trabajo en el periódico consistía en escribir, y eso era lo que yo quería aprender.

Ante todo, lo que tenía que lograr era dejar de escribir de manera farragosa y debía adquirir la capacidad de escribir una noticia legible. El editor de noticias locales empezaba a leer la copia que le daba blandiendo un lápiz de mina blanda ante una historia de tres o cuatrocientas palabras sobre un incendio, un atraco o un accidente y que dejaba en quizás una docena de líneas. Entonces me la devolvía y me decía que solo la podría publicar si reescribía la historia en la mitad de líneas. Se trataba de una enseñanza realista de lo que era escribir, completamente diferente a todo lo que había aprendido en los cursos de la universidad.

Por las noches regresaba a casa y escribía relatos cortos y los enviaba a editores de Nueva York. No importaba cuántas veces los reescribiera, los relatos siempre me eran devueltos —normalmente sin comentarios—. A mediados de 1926 decidí que debía dar un paso más, dejar mi trabajo y abandonar Atlanta. Había escrito quizás cuarenta o cincuenta relatos, ninguno de los cuales se había publicado. No obstante, durante los últimos doce meses me había dado cuenta de que lo que quería llegar a ser era, por encima de todo, un autor profesional. (Desde mi punto de vista, solo existía una clase auténtica de escritor, aquel que publicaba sus trabajos). Iba a dedicarme exclusivamente y a jornada completa a escribir relatos breves y novelas. Los cinco años siguientes de mi vida los iba a dedicar a lograr mi ambición y me reservaba otros cinco años más por si fuera necesario.

Tras alcanzar esta decisión —y no dejar que nadie me convenciera de cambiarla— me propuse elegir un lugar donde vivir. Excepto por unos pocos meses en que había vivido en Pennsylvania, toda mi vida la había pasado en el Sur y yo quería estar en un sitio donde pudiera obtener una perspectiva nueva y diferente. El extranjero no me atraía. Quería vivir en algún lugar de los Estados Unidos. Además de la promesa de un bajo coste de la vida, el estado de Maine me parecía un lugar suficientemente

lejano. Así fue como decidí irme al Este, a la localidad de Mount Vernon, condado de Kennebec.

Cuando hube escrito varias docenas de relatos tuve la sensación de que habían mejorado, que al menos eran más legibles. Por un lado empezaba a ser capaz de dar forma a incidentes y sucesos imaginarios y convertirlos en el tipo de relato que produjera el efecto que yo deseaba. Trataba de escribir teniéndome a mí en mente como único lector. Opinaba que a un escritor le debía gustar el relato antes que a los demás.

Cuando escribía intentaba que los sentimientos fueran intensos, ponderando su efecto emocional en cierto equilibrio interno. Si una historia me resultaba atractiva a pesar de no ajustarse al estilo tradicional, me sentía sumamente satisfecho del resultado. Esperaba que con el tiempo los demás —incluidos los editores— aceptaran que esa era la única manera posible de que aquella historia en concreto debía ser escrita, ya fuera por mí o por cualquiera, para producir la sensación que producía.

Igualmente importante era mi convicción de que el contenido del relato era de mayor importancia —para la eficacia imperecedera de la ficción— que el estilo en que era escrito. El contenido —las cosas de la vida que uno explicaba, los pensamientos y aspiraciones de hombres y mujeres de todas partes, la calidad verdaderamente natural de los personajes de ficción que jamás vivieron en la tierra, pero que creaban la ilusión de ser personas reales— era la materia básica de la ficción.

Lógicamente el autor crea todos los personajes de ficción, hasta cierto punto, a partir de la recopilación y observación de personas reales. De otro modo los personajes de las novelas y los relatos apenas se asemejarían a seres humanos. En mi forma de escribir me esforzaba por extraer directamente de la vida real características y atributos de hombres y mujeres que produjeran de manera elocuente —en las circunstancias que yo había de inventar— los personajes ideales para la historia que quería crear. Siempre, o casi siempre, estos personajes de ficción consistían en una amalgama de personajes.

Fue durante este período, en el año 1927, cuando empecé a recibir con cierta frecuencia pequeñas anotaciones de los editores, en lugar de tarjetas impresas de rechazo. Aunque ninguna revista aceptaba ni publicaba ningún relato, al menos de vez en cuando el editor rechazaba mi trabajo con algún comentario. No obstante, siempre había algo que impedía que el relato fuera publicado. O era demasiado largo, o demasiado corto, o demasiado informal, o demasiado grotesco para los lectores de ciertas publicaciones, o demasiado realista para los gustos de la junta editorial. Era sorprendente la cantidad de razones, lógicas o exageradas, que podían darse para no aceptar un relato.

\* \* \*

Durante la primera parte de 1929, un poco más de seis años después de empezar a escribir ficción en la Universidad de Virginia, recibí un tipo de carta que jamás había llegado a mi buzón.

La misiva era de Alfred Kreymborg y en ella decía que él y otros dos editores de *The New American Caravan*, Lewis Mumford y Paul Rosenfeld, aceptaban publicar en el número de octubre un relato que yo les había enviado. Su título era «Midsummer Passion». Lo había escrito el año anterior en Mount Vernon y lo había enviado a diez o doce revistas experimentales durante los últimos doce meses. (*The New American Caravan* era una antología que aparecía una vez al año. No era una revista).

La cantidad que pagar por el relato era menos de veinticinco dólares, pero eso me importaba poco. Lo que me importaba era el hecho de que alguien en algún lugar del país aceptara publicar uno de los relatos que yo había escrito. La decepción acumulada tras tantos años desapareció repentina y totalmente de mi memoria.

La consecuencia de recibir las buenas noticias de Alfred Kreymborg fue que empecé a enviar relatos en grupos de seis o siete. En un plazo de seis meses aceptaron publicar relatos míos en *Transition*, *Blues*, *Hound and Horn*, *Nativity* y *Pagany*. Aunque técnicamente había logrado un objetivo, todas estas pequeñas revistas —así era como las llamaban— no tenían gran tirada y si pagaban, pagaban menos que lo ofrecido por *The New American Caravan*.

Una nebulosa mañana de otoño recibí una breve nota de Maxwell Perkins, editor jefe de Charles Scribner's Sons, en la que me decía que había leído un par de relatos míos en pequeñas publicaciones y que le gustaría leer relatos que no hubiera publicado para su posible inclusión en *Scribner's Magazine*. Era la primera vez que alguien me invitaba a enviar manuscritos para su consideración y, dado que *Scribner's Magazine* podía ser contemplada como una revista comercial de gran tirada, eso significaba para mí un paso mayor que la publicación de mis trabajos en *The New American Caravan* y las pequeñas revistas.

La carta desencadenó una orgía de escritura que duró tres meses. Para empezar envié a Max Perkins un relato al día durante una semana. Cada historia era rechazada de inmediato a vuelta de correo, pero yo no estaba de humor para ser desalentado. Luego establecí un ritmo estricto que consistía en completar dos relatos cada semana. Hacia finales de febrero creí detectar en las cartas de rechazo de Max una actitud decididamente suavizada hacia mi trabajo. Los relatos eran rechazados con menor rapidez y sus cartas empezaron a ser menos formales, más amistosas y alentadoras.

Poco antes del deshielo de marzo recibí una carta de Max Perkins en la que me decía que mi campaña de tres meses prometía finalizar con éxito. Me decía que había decidido aceptar uno de mis relatos, pero que en el momento de escribir esas líneas todavía no había decidido cuál. Mirando la lista de trabajos enviados pude ver que Max estaba en posesión de cinco relatos. De inmediato temí que fuera a cambiar de opinión.

Esa noche me puse manos a la obra para ofrecerle el suficiente material que le permitiera hacer su elección sin más retrasos. Tras dos noches y un día de trabajo completé tres nuevos relatos. Esos tres, más otros tres que había elegido del montón que tenía en mi mesa, sumaban un total de once relatos que considerar. Entonces, en lugar de enviarlos por correo, pensé que sería mejor llevarlos en persona a Nueva York.

Durante el viaje en autobús desde Portland a Nueva York tuve muy malos presentimientos y estuve despierto toda la noche. Cuando el autobús pasó por Hartford, poco después de medianoche, ya me estaba preguntando si hacía bien en ir a Nueva York. Nunca había visto a Maxwell Perkins. Mi único contacto con él había sido a través de la correspondencia. Llegado el amanecer, empecé a visualizarlo como una persona aterradora que se sentiría molesto por mi intrusión, que lo predispondría en contra de mi trabajo.

Entre ocho de la mañana hasta quizás las diez, paseé de arriba abajo por la Quinta Avenida —frente al edificio Scribner— agarrando con fuerza el sobre con los manuscritos. Durante horas pensé en una excusa razonable que dar por presentarme sin invitación. Pero no se me ocurrió nada que sonara persuasivo y eficaz. Pasadas las diez y al notar que el poco coraje que me quedaba estaba esfumándose con rapidez crucé la calle y subí en ascensor a las oficinas de la editorial.

Una agradable mujer me preguntó de inmediato qué era lo que deseaba. Me encontraba incómodo en ese ambiente y para entonces ya estaba intensamente turbado. Le respondí que solamente quería dejar un sobre con unos manuscritos para Maxwell Perkins. Cuando ya me daba la vuelta para irme, la mujer me preguntó si deseaba dejar un mensaje junto al sobre. Le deletreé mi nombre y le dije que iba a alojarme en el Hotel Manger durante los próximos dos días. Luego me dirigí con prisa al ascensor.

Cuando llegué al hotel me fui a mi habitación y me senté a esperar. Al anochecer me metí en la cama y estuve despierto hasta pasada la medianoche. Al día siguiente, sonó a media mañana el teléfono. La conversación, tal como yo la recuerdo, fue la siguiente:

Perkins: —¿Caldwell? ¿Erskine Caldwell de Mount Vernon, Maine? Caldwell: —Sí. Perkins: —¿Cómo está, Caldwell? Soy Perkins. Max Perkins. De Scribner's. Caldwell: —Bien, supongo. Perkins: —Ayer recibí sus nuevos manuscritos, los que dejó en la oficina. Me habría gustado que hubiera preguntado por mí cuando estuvo aquí. Caldwell: —¿Sí? Perkins: —Por cierto, he leído todos los relatos, incluidos los que trajo ayer, y creo que durante un tiempo no necesito leer más. Caldwell: (Silencio).

Perkins: —Creo que le escribí hace un tiempo diciéndole que queremos publicar uno de sus relatos en *Scribner's Magazine*. Caldwell: —Recibí la carta. ¿No habrá cambiado de idea? Me refiero a lo de publicar un relato. Perkins: —¿Cambiar de idea? No, en absoluto. El hecho es que aquí estamos todos de acuerdo respecto a su

trabajo. Tanto es así que hemos decidido publicar dos relatos, en lugar de uno, en el mismo número de la revista. Queremos publicarlos en el número de junio. Uno de los relatos es el titulado «The Mating of Marjorie» y el otro es «A Very Late Spring». Ambos son buenos relatos al estilo de la zona norte de Nueva Inglaterra. Hay algo en ellos que me atrae profundamente. Denotan sentimiento. Es algo que me gusta percibir en textos de ficción. Hay muchos escritores que dominan la forma y la técnica, pero apenas inyectan sentimiento en su trabajo. Creo que es importante. Caldwell: —Me alegro mucho de que le gusten... los dos. Perkins: —Va a continuar, ¿no? Quiero decir que continuará escribiendo. ¿Lo hará? Queremos ver más trabajos suyos más adelante. Caldwell: —Voy a seguir escribiendo. No voy a parar. Perkins: —Eso está bien. Caldwell: (Silencio).

Perkins: —Ahora, respecto a esos dos relatos. Como ya he dicho, quiero comprarlos. ¿Cuánto quiere por los dos? Tarde o temprano tendremos que hablar de dinero. No hay manera de evitar este asunto, ¿no es así? Caldwell: —Bueno, no sé exactamente. Quiero decir la cantidad. No he pensado mucho en eso. Perkins: —¿Le parecerían bien dos cincuenta? Por los dos. Caldwell: —¿Dos cincuenta? No sé. Pensaba que iba a recibir un poco más que eso. Perkins: —¿En serio? Bueno, ¿entonces qué opina de tres cincuenta? Es lo máximo que podemos pagar por los dos relatos. En estos tiempos la circulación de revistas no es lo que era y hemos de vigilar los costes. No creo que los tiempos vayan a mejorar en breve y quizás empeoren. La economía no va demasiado bien. Por eso, en estos tiempos, hemos de tener muy en cuenta los costes. Caldwell: —Supongo que está bien entonces. Aunque pensaba que me iban a dar algo más que tres dólares y medio por los dos relatos. Perkins: —¿Tres dólares y cincuenta centavos? ¡No! ¡No! Se ha formado una opinión equivocada, Caldwell. No son tres dólares y medio. No. Quería decir trescientos cincuenta. Caldwell: —¿En serio? Ah, eso es distinto. Realmente. Trescientos cincuenta dólares están muy bien. No me esperaba tanto.

Los relatos aparecieron puntualmente en el número de junio de Scribner's Magazine. Fue una gran satisfacción saber que había alcanzado la meta que me había establecido, pero ahora que lo había logrado podía pensar en otras metas más alejadas que me parecían más importantes. Pensé que una de esas metas tenía que ser la de escribir y publicar un centenar de relatos cortos.

\* \* \*

En lugar de trabajar frenéticamente para producir un número concreto de relatos me limité a escribir uno a la semana. Como podía dedicar más tiempo a un relato, noté que lo que escribía resultaba al final más satisfactorio.

Enviaba de inmediato cada nuevo relato a Max Perkins, pero ninguno era aceptado. Cada vez que me devolvía un relato, yo lo enviaba a alguna de las revistas menores y en casi cada caso alguna de ellas lo publicaba. Considerando el nivel de

escritura en el que me encontraba no intenté publicar mis relatos en la prensa de gran circulación, ya que pensaba que sería mucho más productivo dejar que las revistas literarias me pulieran. Además, adquirí la práctica de destruir un relato que hubiera sido rechazado por seis revistas, así como abandonar la idea en que se había basado. Nunca me arrepentí de seguir dicho plan.

Después del Cuatro de Julio de 1930 recibí una carta de Max Perkins en la que me decía que había estado pensando en los relatos que le había estado enviando recientemente y que ahora creía que sería buena idea publicarlos como colección en un libro. Me sugería que recopilara un número suficiente de relatos, tanto publicados previamente por otras revistas como relatos inéditos.

A quince relatos que habían sido publicados o bien aceptados añadí diez relatos más. Coincidió además que la mitad de los relatos tenían lugar en Nueva Inglaterra y la otra mitad sucedían en el sur. Tras reflexionar durante varios días decidí titular el libro *American Earth*.

El año siguiente, en los meses de octubre y noviembre de 1931, me di cuenta gradualmente de que no me sentiría completamente satisfecho de mi trabajo hasta que hubiera escrito una novela completa. Además era inevitable que la novela tratara de los granjeros arrendatarios y familias de aparceros que había conocido en el este de Georgia. Quería explicar la manera en que vivían esas gentes día a día, año tras año, sin observar modas en el estilo de escritura ni en las tramas tradicionales.

Estaba decidido. Hice la maleta y regresé a Georgia. Día tras día me adentré más y más en las tierras y me alejé más y más de poblaciones y carreteras. Por la noche escribía lo que había visto durante el día, pero nada de lo que ponía en papel lograba transmitir el verdadero significado de la pobreza, desesperanza y degradación que había observado. Finalmente me fui a Nueva York. Luego destruí todo lo que había escrito en Georgia. Cuando estuve listo para empezar, escribí el título que había elegido durante el viaje en autobús a Nueva York. Solo había un título posible para la novela y era *El camino del tabaco*.

Terminé el primer borrador de *El camino del tabaco* la primera semana de abril de 1931. Algo más tarde durante ese mismo mes se publicó *American Earth* y Max Perkins, tras haber publicado mis relatos cortos, me escribió para preguntarme qué pensaba sobre escribir una novela. No le dije que ya había terminado el primer borrador de una, pero le comenté que esperaba poder enviarle el manuscrito terminado de una novela a finales de verano.

A final de julio terminé el segundo borrador, el definitivo. Menos de dos semanas después de haber enviado el manuscrito recibí una nota breve de Max Perkins en la que me decía que *El camino del tabaco* había sido aceptada y que sería publicada por Charles Scribner's Sons a principios del año siguiente.

Con la experiencia de escribir *El camino del tabaco* fresca en la memoria, emprendí el reajuste de mi persona escribiendo otra novela sobre la vida en otra parte del país que no fuera el sur. La historia iba a tratar de una familia en el estado de

Maine. Esta novela fue poco a poco volviéndose difícil de controlar y no me satisfizo el primer borrador. El segundo borrador, que empecé en enero y terminé en marzo de 1932, era según mi opinión una mejor novela que el primero.

Según los términos de mi contrato, Scribner's tenía la opción de publicar las siguientes dos novelas que escribiera tras *El camino del tabaco*, pero pasó casi un mes antes de que Max Perkins dijera algo sobre el manuscrito que le había enviado. Entonces escribió para decirme que varios lectores en Scribner's no habían podido ponerse de acuerdo al respecto y que, a pesar de que él estaba de acuerdo en publicar la novela, él solo no podía aceptar hacerlo bajo esas circunstancias. Fueron unas noticias muy angustiantes.

Max dijo que esperaba que no fuera a buscar otra editorial y que ofrecería a Scribner's mi siguiente libro a pesar de que su rechazo de la novela invalidaba la cláusula del contrato y me daba derecho a publicar en otra parte. Yo estaba dispuesto a aceptar la propuesta, pero Harold Guinzburg y Marshall Best de The Viking Press fueron rápidos en indicar las ventajas que obtendría si firmaba un contrato con Viking. Tras un almuerzo abundante y pausado me convencieron para que les presentara a ellos mis próximas tres novelas y para que les dejara el manuscrito de la novela que acababa de ser rechazada por Scribner's.

Tras pensarlo durante varios días, me pregunté si realmente quería publicar entonces la novela sobre Maine. Había servido a mi propósito de despejar mi mente de la experiencia de escribir *El camino del tabaco* y ahora estaba seguro de que quería continuar escribiendo sobre el sur.

Había tomado una decisión. Igual que había pasado en Scribner's, los editores en Viking no se pusieron de acuerdo en su opinión sobre la novela, o quizás se opusieron unánimemente a su publicación. En cualquier caso, a esas alturas ya estaba seguro de que quería dejar ese libro a un lado. Estaba ansioso por empezar a trabajar enseguida en la siguiente novela sobre el sur y a principios de mayo empecé *La parcela de Dios*.

Hasta entonces siempre había escrito dos o más borradores de cada novela y había reescrito y revisado mis relatos numerosas veces. Cuando empecé *La parcela de Dios* quería que el primer borrador estuviera tan terminado como para ser publicado tan pronto hubiera escrito la última página. La historia de *La parcela de Dios* estaba tan cerca de la superficie de mi conciencia, y los personajes me eran tan familiares, que estaba muy seguro de lograr escribir la novela de esta manera. Ya en la primera página estuve seguro de poder hacerlo. Saqué el folio de la máquina de escribir, lo coloqué boca abajo en el suelo, y no lo volví a mirar hasta que terminé la última página.

Escribir la última página, el último párrafo, la última frase y la última palabra de *La parcela de Dios* fue la experiencia más satisfactoria que tuve desde que empecé a escribir. Estaba más satisfecho con el resultado de lo que había escrito que cuando terminé *El camino del tabaco*. Había empezado una novela con confianza y sin los temores ni inseguridades sobre su resultado que me habían asaltado mientras escribía

mi anterior novela. Por primera vez me podía considerar un novelista profesional.

Terminé el libro a finales de agosto y días más tarde lo llevé a Nueva York. Todos en The Viking Press parecían sorprendidos de que hubiera ido con el manuscrito completo de una novela nueva y cuando se lo di a Harold Guinzburg y Marshall Best no se creyeron del todo que hubiera estado escribiendo la novela en los tres últimos meses. Unos días más tarde la novela fue aceptada y su publicación se planeó para principios de la primavera de 1933.

Ahora, lo que más me interesaba era volver a escribir relatos. Había dedicado la mayor parte de los dos últimos años a escribir tres novelas y la mayoría de los relatos que había escrito o bien se habían publicado o habían sido aceptados. Me puse manos a la obra ese otoño y escribí un relato tras otro.

No se me ocurrió preguntarme cuál era mi propósito al escribir relatos y novelas hasta que me empezaron a hacer la pregunta con cada vez más frecuencia. Me gustaba escribir ficción como a otros les gusta criar ganado, jugar a béisbol o ser abogados. Como haciendo otra cosa no me sentía feliz, quería hacer de la escritura mi vocación. Cuando se me pedía que explicara el significado de un relato o una novela, solo podía responder que significaba lo que le decía al lector. No era poseedor de grandes verdades filosóficas ni tenía la necesidad evangélica de cambiar el curso del destino humano. Todo lo que quería hacer era describir de la mejor manera posible las aspiraciones y desesperación de las personas sobre las que escribía. Si había alguna lección que aprender, se encontraba en las descripciones de la vida, y cada lector era libre de hacer su interpretación como quisiera.

\* \* \*

Desde principios de febrero hasta mitad de diciembre, el año 1933 fue un año lleno de acontecimientos. Por primera vez en casi una década no escribí un solo relato o novela durante un período de doce meses. Al final de ese período, no obstante, había aprendido una lección muy útil: un escritor debe reservar una cantidad suficiente de tiempo para la práctica de su profesión y proteger ese tiempo con celo.

A principios de año, Marshall Best me sugirió que seleccionara una serie de relatos para un libro que quería publicar. Elegí veinte, la mayoría de los cuales habían sido publicados durante los últimos meses o iban a ser publicados ese mismo año. Consideré varios títulos para el libro y lo titulé *We Are the Living*. El manuscrito fue pasado a máquina y entregado a Marshall cuando fui a Nueva York para la publicación de *La parcela de Dios*. A partir de finales de mayo de 1933 pasé a ser guionista *junior* en Metro Goldwyn Mayer, pero la primera semana de septiembre ya estaba de vuelta en Mount Vernon. Después del Labor Day<sup>[1]</sup> recibí una notificación, junto a un cheque de mil dólares, de que se me había hecho entrega del premio de *The Yale Review* de 1933 por mi ficción. (El título del relato, que había sido

publicado en *The Yale Review* esa primavera, era «Demasiados suecos». Antes de su publicación, el relato había experimentado una deprimente sucesión de rechazos por parte de una docena o más de editores de diversas revistas. Poco antes de que *The Yale Review* lo aceptara había sido rechazada por el editor de otra revista con una nota desalentadora que decía: «Este viejo jamelgo jamás llegará a su posta»).

En noviembre empezaron la selección del reparto y los ensayos de la obra teatral *El camino del tabaco* y Anthony Brown, quien la dirigía, me pidió que fuera a Nueva York unos días. Asistí a varios ensayos, pero apenas tenía sugerencias que hacer excepto el insistir en que los actores utilizaran el dialecto auténtico. Había leído la adaptación de Jack Kirkland y la había aprobado. Él había respetado el original tan a fondo que no vi necesidad de hacer ningún cambio.

La obra se representó con gran esfuerzo durante dos meses y la recaudación semanal se situaba entre los dos mil y tres mil dólares. Luego, en enero de 1934, *The Daily News* publicó una serie de editoriales en los que se elogiaba la obra y se insistía en que el público debía ir a verla. Las recaudaciones se multiplicaron de inmediato. A finales del primer año la obra se había convertido en una institución establecida en Broadway y cuando finalmente cerró, había sido representada continuamente en Nueva York durante siete años y medio. Estableció el récord de entonces como la obra con la permanencia más larga en cartel de la historia del teatro de Nueva York.

Mi rotunda resolución de Año Nuevo en 1934 fue volver a escribir sin más dilación. El descanso de doce meses de las exigencias de reclusión y rigor del escritor había sido agradable y fructífero mientras había durado. Pero esto había quedado ya lejos y ahora me sentía descontento y abatido. La conciencia del fracaso, llegado a este punto, de mi esquema de vivir para escribir me causó tal infelicidad que me puse a escribir de inmediato la primera semana de enero.

En los últimos años había empezado a irme de casa para escribir. (Me volvía desagradable, taciturno, irascible y excesivamente malhumorado. Soportarme durante esos períodos era pedir demasiado a mi familia). Me iba a Nueva York y alquilaba una habitación en el sótano de una casa de ladrillo rojo por la calle 80, cerca de Central Park, y escribía relatos desde primera hora de la mañana hasta bien entrada la noche.

Ese año hizo mucho frío en Nueva York y pasé más frío del que jamás había pasado en el estado de Maine. Tras una semana de inútiles discusiones con el conserje sobre la ausencia de calefacción en la habitación, empecé a hacer viajes en autobús durante varios días seguidos.

Los autobuses Greyhound tenían calefacción y eran cómodos durante el día. Durante los tramos de autopista escribía en un cuaderno a lápiz. Por la noche paraba en un hotel y escribía a máquina. Esos viajes, que hacía una o dos veces a la semana, me llevaron a Philadelphia, Baltimore, Washington, Scranton, Pittsburgh, Cleveland, Chicago, Detroit y Buffalo.

Tras seis semanas de viajes —ya era mitad de febrero— había escrito una docena

de relatos satisfactorios. Uno de ellos era un relato largo llamado «Arrodillado al amanecer». Durante un año fue rechazado por diversas revistas antes de ser aceptado por Max Perkins para Scribner's Magazine. («Arrodillado al amanecer» se convirtió en el título de una colección de relatos que The Viking Press publicó el año siguiente).

Regresé a Mount Vernon en febrero. El título de la novela que estaba escribiendo era *Journeyman* y la idea para la historia había estado en mi cabeza durante la mayor parte del año anterior. Estaba listo para ponerla en papel tan rápido como pudiera teclear. Terminé la novela hacia mitad de mayo y la envié a Harold Guinzburg y Marshall Best para que la tuvieran en cuenta.

Antes de recibir una respuesta sobre si Viking iba a publicar o no *Journeyman*, me llegó una comunicación inesperada de Metro Goldwyn Mayer en la que me pedían que regresara a California para trabajar en el estudio de Culver City en una serie de historias para la gran pantalla. Decidí que debía ir durante tres meses y llegué a Los Ángeles a finales de mayo.

Durante muchos años había tenido ganas de viajar sin prisas por América en mi automóvil, yendo adónde quisiera y parándome cuando deseara. Cuando dejé California a finales del verano de 1934, el momento era el ideal. The Viking Press iba a publicar *Journeyman* en enero de 1935 y yo estaba preparando una selección de relatos para un tercer libro que iba a ser publicado a mediados de año. El siguiente libro que me parecía adecuado escribir iba a ser un volumen de no ficción que podría ser clasificado como notas de viaje.

Hice la selección final de relatos que iban a ser publicados en «Arrodillado al amanecer». Había diecisiete relatos en la colección, uno de los cuales había sido reimpresso en *The Best Short Stories of 1934*, otro en *The Best Short Stories of 1935* y un tercero que había aparecido en *The O'Henry Memorial Award Prize Stories of 1934*. La mayoría de estos relatos había aparecido previamente o iba a aparecer en *The American Mercury*, *The Anvil*, *Direction*, *Esquire*, *Literary America*, *New Masses*, *Red Book Magazine*, *Scribner's Magazine*, *Story*, *The Sunday Review* y *Vanity Fair*. Viking sacó el libro en junio de 1935.

Viking decidió no publicar el libro de no ficción *Some American People*, pero Robert M. McBride and Company lo publicó en octubre de 1935.

Había pasado la mayor parte del verano en Mount Vernon y tenía planes de regresar a la costa oeste durante varios meses mientras decidía qué clase de libro iba a escribir a continuación. En los últimos años habían sido pocas las ideas para libros que no reclamaron mi atención, pero ahora quería asegurarme de que mi siguiente trabajo fuera importante para mí. Esta vez, durante mi estancia en California no escribí para el cine y viví alejado de Hollywood, en el valle de San Fernando, de diciembre de 1935 a abril del año siguiente.

A principios de abril ya tenía una idea clara del tipo de libro que iba a escribir: un estudio objetivo de las gentes de los estados algodoneros y su vida bajo las

dificultades económicas de entonces. Mi intención era mostrar que la ficción que yo escribía se basaba de manera auténtica en la vida contemporánea del sur. Y pensaba que ese libro debía ir profusamente documentado mediante fotografías de esos lugares.

Además quería poder disponer del mejor fotógrafo posible para este libro. Margaret Bourke-White era una enérgica joven de personalidad encantadora que había publicado un libro muy bien considerado de fotografía industrial. Además era muy conocida por otro libro de fotografías sobre las operaciones industriales y agrarias rusas. Margaret accedió a tomar parte en el proyecto.

Tras pasar varias semanas en Maine, me dirigí a Georgia en julio de 1936 donde me encontré con Margaret para realizar el viaje por el sur. El libro en el cual íbamos a colaborar se iba a titular *You Have Seen Their Faces*. Estuvo listo a principios de 1937 y lo publicó The Viking Press. Modern Age preparó poco después una edición económica, en rústica, para quioscos.

En primavera estaba impaciente por volver a escribir ficción y empecé a trabajar en varios relatos cortos. Hacia final de verano había escrito diecisiete y Marshall Best me dijo que Viking quería publicarlos el año siguiente. El título que elegí para el nuevo libro, mi cuarto volumen de relatos, era *Southways*.

Entregué el manuscrito de *Southways* en junio de 1938 y no me gustaba la perspectiva de pasarme seis u ocho meses escribiendo una novela sin haber hecho antes algún viaje. Tenía treinta y cuatro años y nunca había salido de los Estados Unidos y Canadá. Dadas mis circunstancias no me fue difícil convencerme de que era el momento de viajar al extranjero. Le sugerí a Margaret Bourke-White que colaborásemos en un segundo libro de fotografías. Tras contemplar varias posibilidades, decidimos ir a Checoslovaquia y pasar dos meses recopilando material para un libro de viajes. El título que Margaret y yo elegimos para el libro era *North of the Danube*. Fue publicado por The Viking Press en abril de 1939, después de la ocupación de Checoslovaquia por Alemania.

Los cornejos habían florecido en Connecticut. Ya se había publicado *North of the Danube* y había empezado a escribir una novela en Darien. Se iba a titular *Tumulto en julio* y representaba una fase distinta en la panorámica sobre el sur que había iniciado con *El camino del tabaco* y continuado con *La parcela de Dios* y *Journeyman*.

Me quedé en Darien durante el verano de 1939 y terminé *Tumulto en julio* justo antes del Labor Day. No solo se trataba de la primera novela que escribía desde 1935, sino que era el primer libro para el que no tenía editor desde 1930.

Probablemente habría firmado un contrato con Random House si no me hubiera encontrado con Charles H. Duell en una cena. Charlie Duell me explicó los planes que tenía con Samuel Sloan y Charles A. Pearce de fundar una nueva editorial. Conocía a Cap Pearce desde hacía muchos años y sentía mucho respeto por sus habilidades y su perspicacia como editor. Le dije a Charlie que estaba buscando editor y que quizás una editorial joven y agresiva podría estar interesada en mi

trabajo. Me dijo rápidamente que podía redactar mi propio contrato con Duell, Sloan and Pearce.

Hubo pocas ocasiones durante el período de doce meses que comenzó en la primavera de 1940 en que no viajara o escribiera. Tras la publicación de *Tumulto en julio* en febrero de 1940, empecé la tarea de seleccionar —durante tres meses— de entre revistas y los cuatro libros previamente publicados el trabajo que quería incluir en una colección de setenta y cinco relatos. Cap Pearce y yo ya habíamos decidido titular el libro *Jackpot*. Duell, Sloan and Pearce iba a publicar la colección de seiscientos cincuenta y seis páginas a principios de otoño. Tenía cien relatos entre los que elegir. Esa había sido la cifra que me había marcado como meta en 1930.

## LA SELECCIÓN

La selección ofrecida en este primer volumen de cuentos, así como en el segundo volumen que seguirá, data de los años 1930-1940. Es el período que abarca desde la presentación de los trabajos de Erskine Caldwell en *Scribner's Magazine* como «uno de los nuevos escritores americanos de mayor talento» hasta el logro, una década más tarde, de la meta autoimpuesta del autor de escribir y ver publicados cien relatos. En el mismo intervalo Caldwell escribió cuatro novelas, tres libros de no ficción y cinco colecciones de relatos. Estos están ordenados cronológicamente, por orden de publicación. La elección se ha hecho con la vista puesta en la inclusión de diversidad y ámbito. El texto reproducido es, básicamente, el de *The Complete Stories of Erskine Caldwell* (1953), más una historia no incluida en dicho volumen y que procede de *Jackpot* (1940).

# **HISTORIAS DEL NORTE Y DEL SUR**

## **(I)**

## MARJORIE SE EMPAREJA

Iba a venir... Iba a venir... ¡Dios bendito! Iba a venir para casarse con ella... ¡desde Minnesota!

Marjorie leyó la carta una y otra vez, temblando, sin aliento, sosteniendo desesperadamente la misiva con los diez dedos de las manos. Finalmente, cuando sus ojos empezaron a ver borroso y ya no pudo leer su caligrafía, apretó la carta contra sus pechos desnudos. Así depositaría en ella toda la felicidad de su corazón. Iba a venir desde Minnesota... ¡Iba a viajar toda esa distancia para casarse con ella!

Cada palabra, cada falta de puntuación, se habían grabado en su memoria. La mera idea de la carta era como un poema fluyendo por su interior —como el escalofrío producido por un calor repentino— y los fragmentos de cada renglón se repetían como los rugidos de la tubería de una caldera.

Su carta no era una petición de matrimonio, pero le decía que le gustaba su aspecto en la foto que le había enviado. ¿Y por qué iba a venir desde Minnesota si no tenía intención de pedirle que fuera su esposa? Sin duda la quería.

Marjorie también tenía su foto. Podía notar la fuerza incansable de los delgados músculos que surcaban su cara hasta el mentón. Recorrió con los dedos sus facciones. La excitación la llenó de pasión por el hombre con quien se emparejaría. Era un hombre fuerte. Haría con ella lo que quisiera.

Seguro que ella le gustaría. Era un hombre maduro y cuando se casan los hombres maduros buscan la belleza del alma y el cuerpo. Marjorie era bella. Su belleza era su juventud y su encanto. Él le había escrito que sus ojos y su cara y su cabello eran los más lindos que había visto jamás. Y su cuerpo también era bello. Él lo podría ver cuando viniera. Sus piernas esbeltas eran frescas y firmes como los pinos jóvenes en pleno invierno. Su corazón era cálido y ávido. Ella le gustaría... seguro.

Si ella le gustase, y si él la quisiese, y seguro que lo haría en cuanto la viera, Marjorie le entregaría su alma. Su alma sería su gran regalo. Primero le entregaría su amor, luego su cuerpo y, finalmente, su alma. Nadie había poseído jamás su alma. Pero tampoco su cuerpo ni su corazón habían sido poseídos.

Él le había escrito unas cartas sinceras. Le había dicho que quería una esposa. Estaba solo, decía. Vivía solo en Minnesota. Marjorie también se sentía sola. Había vivido sola los cinco largos años desde la muerte de su madre. Ella comprendía. Siempre había sido una persona solitaria.

Marjorie preparó una habitación para él y esperó a que llegara. Lavó tres veces las sábanas de lino y las fundas de almohada. Secó las sábanas en las ramas de los abetos y las planchó al amanecer, cuando aún estaban húmedas y olían a pino.

El día de su llegada Marjorie se despertó mucho antes del amanecer. El sol ascendió fresco y con rapidez.

Antes de preparar la ropa que se iba a poner para él, corrió a la habitación y ahuecó las almohadas y alisó la colcha por última vez. Luego se vistió rápidamente y

condujo su automóvil a la estación que estaba a diecinueve millas de distancia.

Llegó en el tren de las doce procedente de Boston. Era mucho más grande de lo que se había imaginado y mucho más guapo de lo que había esperado.

—¿Eres Marjorie? —le preguntó con voz ronca.

—Sí —respondió con avidez—. Soy Marjorie. ¿Tú eres Nels?

—Sí —sonrió y sus miradas se encontraron—. Soy Nels.

Marjorie llevó a Nels al automóvil. Subieron y se pusieron en marcha. Nels era un hombre silencioso. Hablaba poco y con voz decidida. Miraba a Marjorie todo el rato. Fijó la mirada en sus manos y su cara. Ante este evasivo escrutinio ella se puso nerviosa. Cuando hubieron avanzado varias millas él colocó su brazo a lo largo del respaldo del asiento. Marjorie solo notó su brazo una o dos veces. El avance del automóvil por la carretera llena de baches los lanzaba a ambos de un lado a otro. Los brazos de Nels eran fuertes y musculosos como los de un leñador.

A última hora de la tarde, Marjorie y Nels caminaron por el bosque hacia el lago. Soplaban un viento frío del noreste y el lago estaba movido como si fuera a caer una tormenta. Mientras miraban las olas subidos a una roca en la orilla del lago, una repentina ráfaga de aire lanzó a Marjorie contra el hombro de Nels. Este la sujetó con sus brazos de acero y saltó al suelo. Más tarde Marjorie le mostró a Nels la heladera y le indicó el cobertizo donde guardaban las barcas durante el invierno. Luego regresaron a la casa cruzando el bosque de pinos y abetos.

Mientras Marjorie preparaba la cena, Nels se quedó sentado en la sala fumando su pipa. Varias veces Marjorie se acercó corriendo a la puerta para echar una breve ojeada al hombre con quien se iba a casar. En él, el único movimiento visible era el humo procedente de la cazoleta de su pipa. Cuando la cena estuvo lista Marjorie se cambió rápidamente de vestido y llamó a Nels. Este disfrutó de la cena. Le gustó su manera de preparar el pescado. La piel de Marjorie estaba tan caliente que no podía soportar el contacto de sus propias rodillas. Nels comió con gran apetito.

Después de llevar rápidamente los platos a la cocina, Marjorie se volvió a cambiar de vestido y se dirigió a la sala. Nels estaba sentado junto a la chimenea. Se quedaron en silencio hasta que ella le mostró un álbum de fotos. Él las miró en silencio.

Durante toda la velada ella esperó que la tomara en sus brazos y la besara. Lo haría más tarde, sin duda, pero ella quería estar en sus brazos ahora. Él no la miró.

A las diez y media Nels dijo que se quería ir a la cama. Marjorie se levantó de un salto y fue corriendo a la habitación. Abrió la cama con aroma a pino y ahuecó las almohadas. Se inclinó y colocó su mejilla encendida sobre las sábanas perfumadas y frescas. Le costó despegarse de la cama, pero regresó a la sala donde Nels seguía en silencio.

Después de que Nels se retirara a su habitación y cerrara la puerta detrás de él, Marjorie se fue a su propio dormitorio. Se sentó en la mecedora y miró hacia el lago. Se levantó de la silla pasada la medianoche y se desnudó. Justo antes de retirarse fue

de puntillas hasta la puerta de Nels. Se quedó escuchando atentamente durante varios minutos. Sus dedos tocaron suavemente la puerta. Él no la oyó. Estaba dormido.

Marjorie se despertó a las cinco. Nels entró en la cocina a las siete, mientras ella preparaba el desayuno. Se acababa de lavar y por debajo del traje de *tweed* ella notó la solidez de su cuerpo.

—Buenos días —dijo.

—Buenos días, Nels —le saludó ella ansiosa.

Después de desayunar se quedaron en la sala un rato mientras Nels fumaba su pipa. Cuando terminó se levantó y se colocó delante de la chimenea. Sacó su reloj y miró la hora. Marjorie permaneció detrás, sentada en silencio.

—¿A qué hora sale el tren a Boston? —le preguntó.

Ella le respondió sin apenas aliento.

—¿Me puedes llevar a la estación? —le preguntó.

Ella dijo que lo haría.

Marjorie fue de inmediato a la cocina y se inclinó sobre la mesa. Nels se quedó en la sala llenando la pipa. Marjorie corrió varias veces a la sala, pero cada vez que alcanzaba la puerta regresaba a la cocina. Quería preguntarle a Nels si iba a volver. Cogió un plato y se le cayó al suelo. Era la primera pieza de porcelana que había roto desde la muerte de su madre. Se puso el abrigo y el sombrero tiritando. ¡Claro que iba a volver! ¡Qué tontería pensar que no lo fuera a hacer! Probablemente se iría a Boston a comprarle regalos. Volvería... por supuesto que volvería.

Cuando llegaron a la estación Nels alargó la mano. Ella le dio la suya. Era la primera vez que sus pieles se tocaban.

—Adiós —dijo.

—Adiós, Nels —dijo ella sonriéndole—. Espero que hayas disfrutado de la visita. Nels cogió su bolsa de viaje y se dirigió a la sala de espera.

Marjorie notó que sus brazos y piernas se le entumecían. Puso el coche en marcha con incertidumbre. No le había dicho que fuera a regresar.

—¡Nels! —gritó ella desesperadamente. Agarró con sus dedos sin vida la puerta del automóvil.

Nels se detuvo y se dio la vuelta.

—Nels, puedes volver siempre que quieras —imploró ella sin vergüenza.

—Gracias —respondió él brevemente—, pero regreso a Minnesota y nunca más volveré.

—¿Qué? —gritó ella. Sus labios temblaban con tanta violencia que apenas podía hablar—. ¿Adónde vas...?

—A Minnesota —respondió.

Marjorie condujo tan rápido como se lo permitía el automóvil. En cuanto llegó a casa se metió en la habitación de Nels.

Allí Marjorie se quedó de pie junto a la cama y miró con los ojos llenos de lágrimas las sábanas arrugadas y las almohadas. Sollozó y se tiró en la cama en la que

Nels había dormido. Abrazó las almohadas y las llenó de lágrimas. Sintió el cuerpo de él contra el de ella. Besó su cara y le presentó los labios para que él la besara.

Cuando se levantó ya había anochecido. El sol se había puesto; el día había pasado. La luz del crepúsculo era lo único que mostraba sombras en la habitación.

Marjorie se puso una manta por los hombros. Arrancó las sábanas y las fundas de almohada de la cama y corrió a ciegas hacia su propio dormitorio. Abrió su arcón de cedro y dobló con ternura las sábanas y las fundas de almohada. Colocó las sábanas dobladas en el arcón y lo arrastró al lado de su cama.

Marjorie encendió la luz y se metió entre las sábanas de su propia cama.

—Buenas noches, Nels —susurró en voz baja. Sus dedos tocaron la tapa lisa del arcón de cedro que tenía al lado.

## JOHN EL INDIO Y GEORGE HOPKINS

George Hopkins, de casi noventa años, falleció justo a tiempo para que su tumba pudiera ser decorada para la celebración del Memorial Day. Grace y Jessie, sus dos hijas, lo enterraron en lo alto de la colina que había detrás de su casa e hicieron colocar una reja de hierro alrededor del terreno. Grace Hopkins, unos años mayor que su hermana, dijo que quería hacer pintar la reja de rojo. Jessie, la más joven, dijo que se iba a quedar tal como estaba. Durante dos días discutieron por la reja y finalmente Grace perdió los estribos, insultó a Jessie e hizo pintar la reja de rojo. Jessie sacó sus muebles de la casa y se mudó a otra parte del pueblo. Grace se quedó en la casa y además le hizo dar otra capa de rojo a la reja que rodeaba la tumba de George Hopkins.

En el pueblo nadie prestó atención a lo que estaban haciendo las hermanas. Durante los últimos veinte años o así, toda la familia Hopkins había estado montando números.

George Hopkins había sido funcionario municipal toda la vida y siempre se había peleado con uno u otro por cualquier cosa.

Primero fue el asunto de si el pueblo tenía que adquirir un quitanieves y mantener así las carreteras circulables durante el invierno. Desde el primer momento él dijo que no. Y lo siguió diciendo en cada asamblea del ayuntamiento.

—¡Dejad la nieve en paz! —gritaba—. Dios la funde cada primavera y no cobra por ello.

En otra ocasión se peleó con uno de los muchachos del pueblo que quería pasar las tardes con una de sus hijas.

—¡Lárgate de aquí, hijo de Tom Peck! —le dijo al muchacho—. ¡Y no vuelvas a menos que lleves en el bolsillo una licencia de matrimonio!

George Hopkins siempre fue un viejo sinvergüenza.

\* \* \*

El viernes antes del Memorial Day, Jessie subió con su segadora y su guadaña la colina donde habían enterrado a su padre. Segó el césped con la segadora y retocó los bordes donde la hierba crecía contra la reja. Cuando hubo terminado clavó una bandera en el centro del montículo y colocó una corona de flores en la lápida.

Grace se enteró de que Jessie había ido a la tumba, de modo que cogió su propia segadora y sus tijeras de podar y subió la colina. El terreno estaba en perfectas condiciones. A pesar de ello, Grace se puso manos a la obra y segó de nuevo el césped y retocó los espacios entre las estacas de hierro de la reja. Arrancó la corona de la lápida y en su lugar puso una hecha por ella. Arrancó la bandera que había puesto Jessie y colocó una de mayor tamaño cerca de la lápida y otra más pequeña a

los pies.

Cuando llegó la noche Jessie se enteró de lo que había hecho Grace en la tumba. Entonces se dirigió a casa de John el indio. John vivía solo y se dedicaba a hacer cestas que luego vendía.

Jessie le dijo a John que quería que hiciera un trabajo para ella y acordaron que cobraría por hora. Después de cenar John fue a casa de Jessie.

Ella hizo entrar a John en la casa y le explicó exactamente lo que tenía que hacer. Entonces cruzaron los prados y se dirigieron a la colina donde estaba enterrado George Hopkins. Llevaron consigo un pico y una pala y en cuanto llegaron empezaron a cavar la tumba. John estuvo cavando durante casi dos horas antes de llegar al ataúd. A George Hopkins lo habían enterrado muy profundamente para que no le alcanzara el hielo aquel invierno.

Llegar al ataúd no fue tarea fácil. No había luz que iluminara y John apenas podía ver tras cavar tres o cuatro pies de profundidad. Cuando llegó al ataúd John dijo que tenía que abrirlo y sacar a George Hopkins de él. Era lo única manera de hacerlo. Él solo no podía sacar el ataúd.

John era un indio fuerte y pudo sacar el cuerpo y colocarlo en el suelo. Luego se lo cargó a la espalda y lo llevó a casa de Jessie. Jessie le siguió con el pico y la pala.

Jessie le dijo a John que dejara el cuerpo en la heladera mientras ella buscaba un lugar donde cavar una nueva tumba. Ella quería que la tumba estuviera cerca de su casa de manera que pudiera vigilarla desde la ventana. Anduvo a tientas durante varios minutos antes de decidir dónde iba estar la nueva tumba.

—Cava aquí —dijo Jessie indicando el lugar elegido—. Ven, John, cava aquí.

John escupió en sus manos y midió la tumba con el mango del pico.

—No hay duda de que George Hopkins siempre da muchos problemas —gruñó mientras cavaba en la oscuridad.

John siguió cavando en la oscuridad. Estuvo trabajando durante casi una hora cuando dio con una roca. Fue lo más profundo que pudo cavar sin tener que hacer volar el suelo. Jessie encontró otro lugar para la tumba y John empezó de nuevo. Cavó casi igual de profundo y de nuevo llegó a la misma roca. Para entonces ya se había hecho tarde. John estaba cansado y Jessie dijo que tenía los pies húmedos. Dijo que tenía miedo de resfriarse y coger una pulmonía. John dijo que se iba a casa.

—¿Qué va a hacer con eso? —preguntó, señalando la heladera, a la cual estaba apoyado el cuerpo de George Hopkins.

Jessie dijo que no sabía qué hacer. Le preguntó a John qué podía hacer.

—Me lo llevaré a casa esta noche y lo traeré de vuelta mañana por la noche —sugirió.

—Está bien, John —dijo Jessie aliviada—. Llévatelo a casa y tráelo mañana después de cenar.

Jessie entró en la casa y se metió en la cama.

John se cargó el cuerpo a la espalda y se fue a casa a paso ligero. El cuerpo no era

demasiado pesado, pero se le escurría del hombro. Le costaba mantenerlo en su sitio. Siempre que lograba sujetarlo con fuerza se le escurría por dentro de la ropa, como si al viejo George Hopkins se le soltara la piel.

A pesar de todo John llegó a su casa. Estiró el cuerpo junto a su cama, en el suelo, y se puso a dormir.

Al día siguiente, cuando se levantó, llevó el cuerpo a la cocina y se dispuso a prepararse el desayuno.

—¿Quieres unas patatas fritas, George Hopkins? —preguntó John al cuerpo que había colocado junto al cajón de la leña.

—Ja, ja —se rio entre dientes John—, últimamente no comes mucho ¿verdad, George Hopkins?

John continuó preparándose su desayuno.

—¿Quizás prefieras fumar tu pipa, George Hopkins? —dijo John—. Ja, ja, George Hopkins. Mi tabaco es muy bueno.

\* \* \*

Aquella mañana Grace subió a la colina a ver si Jessie había vuelto para colocar una corona. Estaba decidida a deshacerse de ella en cuanto Jessie la colocara.

Cuando alcanzó la cima y vio el montón de tierra en medio del terreno vallado, dio media vuelta y corrió tan rápido como pudo hacia el pueblo. Se fue directamente a buscar una orden judicial.

Grace la obtuvo y consiguió un hombre para que se la entregara a su hermana. Fueron rápidamente a casa de Jessie. Puertas y ventanas estaban cerradas y no pudieron entrar. Jessie los oyó golpear la puerta, pero no salió. Grace y aquel hombre encontraron las tumbas que Jessie y John habían empezado, pero no encontraron a George Hopkins en ninguna de ellas.

Grace regresó al día siguiente y buscó el cuerpo, pero no logró encontrarlo. Jessie seguía sin salir de la casa.

John ya se estaba cansando de esperar a que Jessie saliera de su casa para enterrar a George Hopkins. No sabía qué hacer. Esperó dos días más a que Jessie saliera, pero para entonces ya se había arrepentido de haber aceptado cavar una nueva tumba para George Hopkins. La casa de John empezó a apestar.

Al día siguiente, temprano, se dirigió a casa de Jessie y trató de que le abriera la puerta y que le dijera qué hacer. Ella no dijo ni pío. Él sabía que estaba dentro porque la había visto mirarle por detrás de la cortina.

John volvió a su casa y llevó el cuerpo junto al lago, donde lo metió dentro de una canoa. Luego, subido en su otra canoa, empujó la que llevaba el cuerpo hasta el centro del lago. Llevó consigo una caña de pescar y cebo.

Cuando llegó al centro del lago lanzó el sedal y ató la caña a la canoa donde estaba George Hopkins. Luego la empujó.

John remó hacia la orilla dejando a George Hopkins sentado en la canoa, pescando salmones. Justo cuando llegaba a la orilla John miró hacia atrás y vio cómo la canoa se hundía a toda velocidad. Un salmón había picado. El salmón se llevó a George Hopkins al fondo tan rápido que su sombrero salió volando.

John el indio esperó en la orilla, riéndose entre dientes, hasta que vio desaparecer la canoa. Luego se fue a casa a desayunar.

## EL AUTOMÓVIL QUE NO FUNCIONABA

Mal Anderson se acomodó junto a su perro en el asiento trasero del automóvil y se puso a afinar su banjo. Signe estaba sentada en la mecedora, en el porche delantero del Hotel Penobscot, escuchando la música de Mal. Era pleno verano y hacía mucho calor. Parecía que antes de que terminara la tarde vendría una tormenta del oeste. En ocasiones, un golpe de viento procedente de esa dirección traía bolas de polvo que rodaban por la calle como pequeños globos amarillos.

Durante el verano Mal trabajaba en la fábrica de bobinas, pero no le gustaba trabajar allí todo el año. Durante el invierno se adentraba en los bosques y no volvía a salir hasta la primavera. Durante el verano quería vivir con su perro en su cabaña y tocar el banjo para Signe cuando se sentaba en el porche del hotel.

Mal siguió tocando. Signe se mecía cada vez más rápido.

Ding ding ding...

Mal, llamado «ese maldito sueco» por todos aquellos a quienes no les gustaba el mozo, era un maderero estupendo. No obstante no era tan buen trabajador en la fábrica de bobinas. No le gustaba trabajar allí en verano. Hacía bobinas para cables eléctricos y se suponía que ahora mismo tenía que estar allí comprobando las escuadras antes de hacer pasar las bobinas por el torno. Pero a Mal no le gustaba trabajar allí todo el año.

Signe llevaba el Hotel Penobscot. Era un hotel para madereros. Los hombres se alojaban en él cuando iban a la ciudad a gastarse el dinero que habían ganado en los bosques. Signe llevaba el hotel sola. No necesitaba ninguna ayuda.

Ding ding ding...

Mal tocaba el banjo para Signe. Nunca ninguno de ellos dirigía la palabra al otro. Mal podría haber sido mudo, por el poco uso que hacía del habla. Una persona le podía hablar durante una hora y él no decir una palabra.

Signe fue a la cocina y volvió con un hueso para el perro de Mal. Este abrió la puerta y el perro saltó afuera para coger el hueso y volvió a entrar en el coche. El perro se enroscó en el asiento junto a Mal y empezó a lamer el hueso. Mal tocó una canción para Signe.

A las cinco Signe entró en el hotel para empezar la cena. Mal dejó su banjo en el asiento y salió del coche con su perro. Empujó el automóvil calle arriba hasta el cobertizo que había junto a su cabaña. El coche no funcionaba. Un invierno, mientras Mal estaba en las montañas, alguien entró en el cobertizo y sacó el motor. Cuando Mal volvió la primavera siguiente adquirió la costumbre de empujar el coche hasta el hotel, donde tocaba el banjo para Signe.

Mal empujó el automóvil hasta el cobertizo. Su jefe estaba allí esperándolo. A Mal no le gustaba.

—Hola Mal —dijo Scott, el jefe—. Tengo buenas noticias para ti.

—No quiero oír tus noticias.

Mal sabía que cuando Scott se acercaba hasta su cabaña eso significaba que quería que trabajara más. A nadie en los bosques le gustaba Scott.

—Recoge tus cosas, Mal. Nos vamos a los bosques mañana a las cuatro de la mañana.

—A la mierda tú y los bosques y todas tus malditas bobinas —gritó Mal mientras cerraba de un golpe la puerta del cobertizo. La única manera de hacer hablar a Mal era haciéndole enfadar. Había logrado que se largaran del lugar media docena de jefes de madereros. Se largaban a Canadá antes de que pudiera hacerles daño.

Scott se fue por la carretera sin mirar atrás. Scott era un jefe de madereros muy valiente.

Mal se metió en su cabaña y cerró la puerta de un golpe. El perro se metió debajo de la mesa a esperar su cena.

Todos en los bosques habían oído hablar de Mal Anderson. Para empezar, tocaba el banjo mejor que nadie entre Rangeley y Caribou. Y era uno de los mejores madereros que jamás hubiera talado un árbol en los bosques. Clavaba una estaca en el suelo allí donde quería que cayera el árbol y era capaz de hacer que el tronco hundiera la estaca en la tierra. Cogía sus dos hachas y se ponía a trabajar. Cuando una hacha se calentaba demasiado la dejaba a un lado y cogía la otra. Si dos hombres empezaban al mismo tiempo a talar un árbol con una sierra, o un hacha, o lo que quisieran, Mal lograba que su árbol cayera al suelo antes que ellos. Por esta razón Mal cobraba por ocho días de trabajo mientras que a los demás les pagaban por seis.

Ahora era verano y Mal no quería ir a los bosques hasta el invierno. Durante el verano le gustaba quedarse en la ciudad y tocar el banjo frente al hotel Penobscot. No obstante, la fábrica de bobinas se estaba quedando sin escuadras y Mal tendría que ir a ayudar a sacar los troncos de los bosques. Vaya una época del año para hacer trabajar a un hombre...

A la mañana siguiente, Mal subió el río con el resto de los hombres y trabajó todo el día talando árboles para hacer escuadras. Dejó a su perro y su banjo en casa.

Los hombres trabajaron en los bosques durante tres semanas y luego empezaron a quejarse. Cuando dejaron la ciudad, Scott les había dicho que estarían de vuelta al cabo de dos semanas. Al final de la tercera semana Mal se enfadó de veras. Scott iba a hacerles quedar otro mes más. Antes de que finalizase la cuarta semana Scott tuvo que empezar a guardarse las espaldas. Tuvo que vigilar que no le ocurriera un accidente; por ejemplo, que no le cayera un árbol encima.

—Hundamos al hijo de puta en el río —sugirió uno de los madereros.

—Atémoslo a un tocón y dejemos que los lince se lo coman —dijo otro—. No hay quien ahogue a ese bastardo. Es como un pez.

—Mal lo atraparé bajo un árbol un día de estos —dijo Sanderson, que era el jefe de equipo—. Que se encargue Mal.

Mal se puso de cuclillas y no dijo nada.

Scott tenía el suficiente sentido común como para irse a su barraca por la noche

después de cenar y no aparecer hasta el amanecer. Sabía que en la oscuridad podían acabar con él en cinco minutos.

Pero al final de la sexta semana Scott estaba en perfecto estado. En los bosques tenía mucho cuidado y no se dejaba ver en cuanto anocheía.

Mientras tanto a dos de los hombres se les metió en la cabeza largarse de los bosques, dijera lo que dijera Scott. Sin decir nada a nadie se prepararon para largarse solos. Scott estaba lavándose en su barraca para la cena cuando corrieron al río y empujaron su canoa.

Minutos después Scott se dio cuenta de su ausencia cuando se sentaron todos a cenar. Llamó a Mal y a otro hombre y corrieron al río. Los dos hombres ya estaban a media milla de distancia, río abajo, remando como locos. Estaban de pie vigilando los troncos y rocas sumergidos. Sus brazos y los remos daban vueltas como aspas de molino de viento durante un ciclón.

—Mal, coge una canoa, elige a un buen hombre que te ayude e id a buscar a esos malditos canadienses —ordenó Scott mientras maldecía y daba patadas junto al río.

Mal indicó a uno de los hombres que tenía más cerca que lo siguiera y sin decir una palabra se alejaron en otra canoa. Mal era el hombre más grande y fuerte del campamento. El otro iba a ayudarle con la canoa.

Durante un tramo de dos o más millas el curso del río era recto. Este tramo se utilizaba para transportar troncos a la fábrica de bobinas en primavera y verano. Durante el invierno se congelaba hasta una profundidad de tres o cuatro pies y los equipos de madereros iban y venían caminando por encima.

Scott mandó a un hombre a buscar sus prismáticos.

Mal y el otro mozo se dirigían a toda prisa tras los hombres. En ambas canoas los madereros remaban frenéticamente. La canoa de Mal iba a toda velocidad por encima del agua. Estaba claro que iba a pasar a la otra canoa en la siguiente milla. Él y el otro hombre, que estaba en la popa, se habían puesto de cuclillas, lo más cerca del agua posible. Su canoa bajaba el río como una flecha, dejando una estela de espuma blanca que se abría hasta llegar a las orillas.

El hombre llegó con los prismáticos para Scott.

—Voy a partirles la cara a esos canadienses por intentar largarse —gritó Scott arrancando los prismáticos de la mano del hombre.

Ahora las dos canoas estaban a unas quince yardas de distancia. La primera canoa estaba a una milla y cuarto río abajo. Con cada golpe de remo la canoa de Mal se acercaba más rápidamente a la primera. Scott se puso los prismáticos delante de los ojos y no los movió. Los madereros se acercaron todos a la orilla y forzaron la vista para ver como Mal atrapaba a los hombres de la canoa. Era algo digno de ver. Lo que probablemente haría sería hundirles las cabezas en el agua hasta casi ahogarlos y luego los metería en su canoa para devolvérselos a Scott. Scott ya tenía pensado suficiente trabajo para ellos como para que nunca más se les volviese a ocurrir escaparse.

La canoa de Mal ya se estaba acercando a la primera. Los hombres seguían remando con todas sus fuerzas, pero Mal remaba más y más rápido.

Al momento siguiente las proas de las dos canoas estaban a distancia idéntica. Las separaba tan solo un remo de distancia. Entonces, antes de que nadie pudiera darse cuenta de lo que pasaba, Mal pasó la primera canoa y la dejó atrás.

—Maldito hijo de la gran... —maldijo Scott y lanzó los prismáticos contra las rocas. Estaba tan enfadado que se había quedado sin habla. Mal lo había engañado. Gritó a los hombres y pateó salvajemente los prismáticos—. Maldito hijo de la gran... —gritó desde lo más profundo de su garganta.

Ya habían perdido de vista ambas canoas. Una de ellas estaba ya a media milla de la otra.

Scott mandó a los hombres que regresaran a los bosques. Cuando se hubieron ido, Scott caminó lentamente en dirección al campamento. Mal Anderson se la había jugado.

Mal llegó a su cabaña al día siguiente temprano y abrió la puerta. Su perro, que dormía debajo de la cabaña, se despertó al oler a su amo. Mal encendió la chimenea y preparó la comida para él y su perro.

Después de comer, Mal cogió su banjo y sacó su automóvil del cobertizo y lo empujó calle abajo hasta el hotel Penobscot. Signe estaba sentada en el porche delantero, meciéndose. Cuando vio llegar a Mal por la calle se puso cómoda en la mecedora y se balanceó más rápidamente.

Mal empujó el coche calle abajo y paró delante del hotel de Signe. Abrió la puerta y él y su perro se sentaron en el asiento trasero. Mal cerró la puerta y cogió su banjo. Entonces empezó a tocar una canción para Signe.

El perro se enroscó y se puso a dormir. Mal siguió tocando el banjo.

Ding ding ding...

Signe se mecía y mecía, sonriendo hacia la calle, hacia Mal, sentado en su coche, contenta de que estuviera de vuelta.

Mal se puso cómodo, apoyó los pies contra el respaldo del asiento del conductor. Signe sacó un hueso para el perro y Mal abrió la puerta. El perro saltó tras el hueso, volvió a entrar en el coche y empezó a lamerlo. Mal cerró la puerta del automóvil y retomó su banjo.

Ding ding ding...

La melodía flotó hacia el porche del Hotel Penobscot, y calle arriba y calle abajo.

## UNA TARDE DE SÁBADO

Tom Denny apartó el pedazo de carne y se estiró encima de la tabla. Quería echarse un rato y descansar. Ese era el único lugar en toda la carnicería donde uno podía echarse y Tom necesitaba descansar de vez en cuando. Podía apoyar el pie al final de la superficie, pasar la otra pierna por encima de la rodilla y descansar relativamente cómodo con un filete como almohada. La carne estaba fresquita justo recién salida de la heladera. Tom solía hacer eso. Quería descansar y necesitaba estar cómodo encima de la tabla de cortar carne. Se sacó los zapatos de una patada para poder mover los dedos.

La carnicería de Tom no olía muy bien. La gente que iba a comprar por primera vez la carne de Tom siempre preguntaba qué era lo que había muerto entre aquellas paredes. Año tras año el hedor iba empeorando.

Tom masticó un poco de tabaco y se puso cómodo sobre la tabla de cortar carne.

Una nube de moscas zumbaba en el local. Se trataba de unas moscas pesadas, molestas, gordas y grasientas que vivían en la carnicería de Tom. La puerta mosquitera de la entrada evitaba que entraran todas, pero si se acostumbraban a entrar y atiborrarse de la sangre fresca de la tabla de cortar carne hallaban la manera de volar hasta la puerta trasera donde nunca había habido mosquitera.

Todo el mundo comía la carne de Tom y a todo el mundo le gustaba. No había otro carnicero en el lugar. Uno entraba y decía: —Hola Tom. ¿Qué tal va? —Todo me va de perlas, pero mi parienta vuelve a tener fiebre y escalofríos. — Entonces, después de que Tom acabase de relatar lo que era tener fiebre y escalofríos, uno decía: —Necesito una libra de costillas de cerdo, Tom. — Y Tom respondía: — Caramba, ahora te la traigo. — Mientras uno esperaba las costillas, Tom le daba muy serio dos o tres vueltas al pedazo de carne y cortaba una libra. Si uno quería ternera, a Tom le daba igual. Golpeaba el pedazo de carne varias veces armando un gran follón y te la servía. Podías pedirle a Tom cualquier tipo de carne que quisieras, Tom la tenía allá mismo, esperando a ser cortada y pesada.

Tom se apartó las moscas de la cara y echó una cabezadita. Era mediodía. Los campesinos todavía no habían llegado al pueblo. Era temporada de aclareo y todo el mundo trabajaba hasta las doce, hora solar, o doce y media según el horario ferroviario. Apenas había nadie en el pueblo a esta hora del día a pesar de ser sábado. Todos los que necesitaban carne para la cena del sábado ya la habían comprado y era demasiado temprano para comprar la carne del domingo. La mejor hora para comprarle la carne a Tom si tenía que durar hasta el domingo por la noche era a las diez de la noche del sábado. Entonces te la podías llevar a casa con la confianza casi absoluta de que no se pondría mala antes del mediodía del día siguiente... si no hacía demasiado calor.

Las moscas zumbaban y se posaban en la boca y la nariz de Tom, quien las apartaba a golpes con su mano y trataba de dormir sobre la tabla de cortar carne y con

el pedazo de filete de lomo como almohada. El jugo del tabaco le bajaba por la garganta y Tom lo tenía que escupir. En una esquina detrás de un mostrador donde se exponía hígado y sesos había una caja de cigarros medio llena de serrín. Pero no fue capaz escupir tan lejos desde donde estaba. El jugo de tabaco se estrelló contra el suelo, a medio camino entre la tabla de cortar carne y la caja de cigarros. Lo poco que se escurrió encima del pedazo de carne no importaba. La mayoría de la gente limpiaba la carne antes de cocinarla y comerla, así que el jugo desaparecería.

¡Malditas moscas! Seguían zumbando y molestando, las asquerosas, y no hay nada más asqueroso que una mosca de carnicería pesada y bien alimentada durante el verano. Tom las apartó de su cara y las escupió de su boca lo mejor que pudo sin tener que moverse demasiado. Al cabo de un rato desistió.

Tom estaba disfrutando de su cabezadita cuando de repente entró Jim Baxter por la puerta trasera, procedente de la barbería de la esquina. Jim era el socio de Tom y en días de mucho trabajo venía a ayudarlo. Era un hombre grande, casi dos veces más grande que Tom. Siempre llevaba un sombrero negro de ala ancha y una camisa azul con las mangas arremangadas por encima de los codos. Tenía una gran barriga en forma de huevo y siempre se le escurrían los pantalones. Cuando caminaba se cogía los pantalones todo el rato, tirando de ellos por encima de su barriga. Pero siempre acababan escurriéndose hacia abajo hasta que parecía que fueran a caer en cualquier momento y hacerle tropezar. Jim no quería llevar tirantes. Para él un cinturón tenía un aspecto más informal.

Tom estaba dormitando cuando Jim entró por la puerta trasera y lo agarró por los hombros. Un puñado de moscas se había puesto a dormir en la boca de Tom. Jim las ahuyentó.

—¡Eh, Tom! —gritó Jim sin apenas aliento—. ¡Despierta! ¡Despierta, rápido!

Tom saltó al suelo y se puso los zapatos. Se había acostumbrado a que la gente entrara y lo despertara para comprar veinticinco céntimos de bistec o de jamón, así que había confundido a Jim con un cliente. Se pasó el dorso de la mano por la boca para calmar las picadas de las moscas.

—¿Qué demonios...? —farfulló indignado, levantando la mirada y viendo que se trataba de Jim—. ¿Qué quieres?

—Venga, Tom. Coge tu escopeta. Estamos persiguiendo a un negro por el arroyo.

—¡Por Dios, Jim! —gritó Tom, ahora totalmente despierto. Agarró el brazo de Jim y le preguntó—: ¿De verdad que vais detrás de un negro?

—Exacto, Tom. ¿Te acuerdas de ese mulato que hace tiempo trabajaba en el ferrocarril? Ese es el negro que vamos a atrapar. Y le vamos a dar una buena lección, maldito mulato. Se ve que le ha dicho algo a la hija mayor de Fred Jackson cuando iba por la carretera, hace una hora o así. Fred nos lo ha explicado en la barbería. Vamos, Tom. Hemos de darnos prisa. Dentro de poco le daremos una paliza.

Tom se ató los zapatos y cruzó la calle detrás de Jim. Tom llevaba la escopeta debajo del brazo y Jim había arrancado la cuchilla de carnicero de la tabla de cortar

carne. Le iban a dar su merecido al maldito negro, maldita su piel mulata.

Tom se montó en un automóvil con otros hombres. Jim saltó al estribo de otro coche justo cuando arrancaba. Ya había treinta o cuarenta coches circulando en dirección al arroyo y muchos más poniéndose en marcha.

Ya tenían un sitio elegido junto al arroyo. Había un claro en el bosque, junto a la carretera, y había suficiente espacio para hacer el trabajo bien hecho. Había cantidad de maleza seca y un árbol de ámbar de buen tamaño en medio del claro. Los automóviles se detuvieron y los hombres saltaron al suelo con prisa. Otros habían ido a por Will Maxie. Will Maxie era el mulato. Seguramente lo encontrarían en casa, en pleno aclareo. Will cultivaba buen algodón. Primero cortaba toda la hierba y luego echaba tierra a las hileras. Todos los demás cultivaban el algodón sin preocuparse de la hierba. Pero Will era un negro muy listo. Y también era capaz de cultivar mucho maíz, acres de maíz. Siempre cortaba la hierba que crecía junto al maíz. Pero a nadie le gustaba Will. Ganaba demasiado dinero cortando la hierba que crecía junto a su algodón y su maíz. Ganaba más dinero que Tom y Jim vendiendo carne en la carnicería.

Doc Cromer había enviado a su hijo a la farmacia a por media docena de cajas de Coca Cola y una tina de lavar con un pedazo de hielo. Llenaron la tina con algo de agua fangosa del arroyo, sumergieron el pedazo de hielo y luego tres cajas de Coca Cola. Cuando se las acabaron el muchacho puso las otras tres cajas en la tina y dejó que los refrescos se enfriaran. A todos les gusta beber la Coca Cola fresquita.

Tom se dirigió al bosque a echar un trago de *whisky* con Jim y Hubert Wells. Dondequiera que fuera, Hubert siempre llevaba una botella de *whisky* encima. Lo preparaba él mismo en su propio alambique y se ganaba bastante bien la vida vendiéndolo por los alrededores de los juzgados y en la barbería. Hubert preparaba el mejor *whisky* de la zona.

Will Maxie se estaba acercando a toda prisa por la carretera. Un par de docenas de hombres iban detrás de él atizándolo con palos. Will se estaba haciendo mayor. Tenía una esposa y tres hijas adultas, todas casadas y asentadas. Will era un buen negro, que se ocupaba de sus cosas, que se apartaba de la carretera cuando veía un hombre blanco acercarse, y que se portaba siempre bien. Pero a nadie le gustaba Will. Ganaba demasiado dinero cortando la hierba que crecía junto a su algodón.

Will llegó corriendo por la carretera y los hombres lo hicieron dirigirse hacia el claro. Todo estaba preparado. Había un gran montón de maleza y una cadena para el cuello y otra para los pies. Eso lo mantendría sujeto. También había dos o tres latas de gasolina.

El hijo de Doc Cromer estaba haciendo un buen negocio con las Coca Colas. En la tina solo quedaban cinco o seis botellas de las primeras cajas. Estaba a punto de meter las otras cajas y dejar que se enfriaran las botellas. A todo el mundo le gusta beber de vez en cuando una Coca Cola.

El muchacho de Cromer vendería probablemente todas las botellas y tendría que

volver al pueblo a por más cajas. Y sin embargo, hoy no había demasiada gente. Era el calor lo que hacía que la gente bebiera varias Coca Colas para refrescarse. Hoy solo había ciento cincuenta o ciento setenta y cinco personas. No había habido tiempo de avisar a todo el mundo. Tom se lo habría perdido si Jim no hubiera entrado en la carnicería mientras echaba una cabezadita y le hubiera avisado.

Will Maxie no bebía Coca Cola. Will nunca se gastaba el dinero en cosas así. Ese era el problema. Era demasiado bueno para un negro. No bebía *whisky* de maíz, ni tampoco lo preparaba. No llevaba un cuchillo, ni una cuchilla. Se descubría cuando se cruzaba con un hombre blanco y vivía con su propia esposa. ¡Pero ahora lo tenían atrapado! ¡Maldita su piel mulata! Ahora ya no podría cortar la hierba que crecía junto a su algodón. Lo tenían atado al árbol de ámbar junto al arroyo, con una cadena alrededor del cuello y otra cogiéndole las rodillas. Sí, señor. Tenían atrapado a Will Maxie, ese maldito mulato. Ya no podría cortar la hierba que crecía junto a su algodón.

Tom se sentía bien. En el bosque, Hubert le dio otro trago. Hubert era un buen tipo. Preparaba buen *whisky* de maíz. Por esta razón a Tom le gustaba Hubert. Y todos los sábados por la noche Hubert le llevaba a su esposa un buen trozo de carne para el domingo. Y buena carne. Tom le cortaba la carne y Hubert se la llevaba a casa y se la regalaba a su esposa.

Estaban quemando vivo a Will Maxie. Cuando apenas le quedaba vida lo llenaron de plomo. Tom se echó hacia atrás, apuntó y disparó a Will con su escopeta. La cargó de nuevo y volvió a disparar una y otra vez, tan rápido como podía. Unos cuarenta hombres también tenían escopetas. Lo llenaron de plomo de tal manera que su cuerpo cedió por el cuello, por donde lo habían sujetado con la cadena.

El muchacho de Cromer había vendido todo. El hielo y todas las Coca Colas habían desaparecido. Doc Cromer estaría muy contento cuando su hijo volviera con todo ese dinero. Seis cajas enteras vendidas, a diez céntimos la botella. Si hubiera traído una caja o dos más las habría vendido con facilidad. A todo el mundo le gusta la Coca Cola. No hay nada mejor en un día de mucho calor. Eso si las Coca Colas están frescas.

Al cabo de un rato los hombres arrastraron el cuerpo hacia un árbol y lo ataron a una rama para que colgara de ella, pero Tom y Jim no podían esperar más y regresaron al pueblo en cuanto tuvieron una oportunidad de subirse a un coche. Tenían prisa. Se habían ausentado durante varias horas y ya casi eran las cuatro. Mucha gente se acercaba al centro la tarde del sábado para comprar la carne del domingo antes de que llegaran los campesinos. Tom y Jim tenían que darse prisa para abrir la carnicería y ponerse a cortar bistecs y cortar huesos para sopa con la cuchilla de carnicero sobre la tabla de cortar carne. Tom era el carnicero. Él se encargaba de todo lo relacionado con la carne. Él iba y mataba la vaca y la descuartizaba. Luego transportaba los pedazos a la carnicería y los colgaba de los ganchos de la heladera. Cuando alguien quería carne él cogía uno de los pedazos del gancho y lo tiraba sobre

la tabla de cortar carne y cortaba la cantidad que uno quería. Uno le decía a Tom lo que necesitaba y él te lo daba, no importaba lo que uno pidiera.

Luego uno iba al mostrador y le pagaba a Jim. Él era el cajero. También el que hablaba. Tom era el que cortaba y pesaba. La barriga en forma de huevo de Jim le impedía trabajar bien en la tabla de cortar carne. Cuando intentaba cortar un filete de lomo la barriga le molestaba, así que Tom se dedicaba a eso y Jim cogía el dinero y lo metía en la caja de debajo del mostrador.

Tom y Jim llegaron al pueblo justo a tiempo. Había un montón de gente en la calle preparándose para sus actividades comerciales semanales y necesitaban carne. Uno iba a la carnicería y decía: —Hola, Tom. Necesito dos libras y media de chuletas de cerdo.— Tom decía: —Hola, enseguida te las traigo.— Mientras uno esperaba a que Tom cortara el pedazo de carne, uno le preguntaba qué tal le iban las cosas.

—Todo me va de perlas —decía—, excepto que a mi mujer le ha vuelto la fiebre y los escalofríos.

Tom pesaba las chuletas y las envolvía y luego uno se iba a ver a Jim y le pagaba. Jim era el cajero. Su barriga en forma de huevo era demasiado grande para que pudiera trabajar en la tabla de cortar carne. Ese era el trabajo de Tom, y Jim cogía el dinero y lo metía en la caja de debajo del mostrador.

## LA HABITACIÓN VACÍA

La primera vez que la vi fue algo más de un año después de que se casaran. El funeral había concluido, la gente se había ido y estábamos en la casa solos. No había nada que pudiera decirle y ella no había dicho una sola palabra desde la mañana anterior. Ella y Finley apenas habían estado casados un año y ella ni siquiera había cumplido veinte años. Su cuerpo estaba en pleno apogeo, pero ella apenas era una niña.

Había estado sentada junto a la ventana, mirando cómo anocheecía, hasta bien entrada la noche. Yo no había encendido las luces y ella no se había movido de la silla durante horas. Desde donde me encontraba podía ver su perfil inmóvil, rodeado de oscuridad, resaltando contra la noche gris como un camafeo de ébano.

Finley había sido mi único hermano y, hasta su muerte, el único pariente que me quedaba en el mundo. Ahora ella era su viuda.

Se llamaba Thomasine, pero yo aún no me había dirigido a ella por su nombre. No me había acostumbrado a él y hay algo en un nombre no familiar que lo invita a protegerse de desconsideradas intromisiones. Cuando llegara el momento de llamarla por su nombre sabía que estaría pronunciando un sonido que era solo de ella.

Yo era un extraño en la casa y todavía no nos habíamos dirigido la palabra. Finley había sido su esposo y mi hermano, y no estaba seguro de cuál sería nuestra relación. Lo que sí sabía era que no podríamos estar mucho tiempo en la casa solos sin tener un entendimiento claro de cuál era el sitio de cada uno.

El crepúsculo era frío. La habitación oscura dilataba el vacío, que se retiraba a la inmensidad carente de paredes. El perfil de Thomasine se suavizaba a medida que la penumbra gris dejaba paso a la oscuridad de la noche. Las paredes retrocedieron y la habitación se convirtió en un espacio sin ellas. La sala era inmensa y su perfil destacado contra la gris penumbra se fundió en la creciente oscuridad de la casa.

Thomasine, sentada al otro lado de la habitación, no se había dado del todo cuenta de su soledad. La curva que formaban su cabeza y hombros se encorvaba con las sombras envolventes, pero ella apenas si pensaba en su propia presencia. Finley llevaba muerto tan poco tiempo.

Cuando se levantó, yo también lo hice y crucé la habitación hacia ella. Me dirigí hacia su lado y me detuve a la distancia de un brazo. No obstante, la distancia entre nosotros solo podría haberse medido por los límites del espacio infinito de la habitación. Deseé rodearla con mis brazos y consolarla, tal como habría consolado a la persona amada, pero era la viuda de Finley y la habitación con sus paredes hicieron la distancia inconmensurable. La sala en la que nos encontrábamos estaba vacía y era extensa. Nadaba en la oscuridad de su vasto espacio. La chispa de un pedernal nos habría dejado ciegos con la intensidad de su luz y la indudable conflagración nos habría reducido a cenizas.

Antes de venir a esta casa jamás me habría interesado una chica cuyo nombre hubiera sido Thomasine. Ahora ella era la viuda de mi hermano.

Algunas de las flores que había en la sala se habían enroscado al llegar la noche, pero los pétalos de las rosas cayeron suavemente al suelo.

De repente susurró, volviéndose hacia mí en medio de la oscuridad:

—¿Has dado de comer a los conejos de Finley?

—Sí —le respondí—. Les he dado todo lo que fueran capaces de comer. Tienen todo lo que necesitan para esta noche.

El cabello le había caído por encima de los hombros, bullendo por toda la cabeza. Su cabello era de color cítrico y, extrañamente, se ajustaba a la oscuridad de la habitación y al negro de su vestido. Su color hacía su dolor aún más incómodo, porque su cabeza era la que más profundamente se inclinaba en la oscuridad de la inmensa habitación. Cuando miré la negrura de tinta de las invisibles paredes pude, de alguna manera, ver la rapidez con que el cabello cítrico se despeinaba en el pecho de mi hermano cuando besaba la suavidad del perfil de su esposa y acariciaba la tersura de sus extremidades. La belleza y riqueza de su año de amor estaba cediendo paso, poco a poco, a la creciente oscuridad. Fue en la oscuridad de la habitación vacía donde fui capaz de creer en la irrevocabilidad de la muerte y de creerme el dolor que sentí en el corazón de Thomasine. Los que son amantes durante un año no pueden creer en la irrevocabilidad de la muerte, y ella menos que nadie. Quise decirle que lo sabía, pero mis palabras le habrían dicho únicamente lo trivial. Su amor no debía confundirse con la muerte y ella no habría deseado comprenderlo.

Ahora iba a empezar la noche.

No la vi moverse, pero noté cómo dejaba la silla junto a la ventana. Caminé detrás de ella, tocando unos muebles que me eran desconocidos, y me guie a través de la habitación una y otra vez por la dirección del perfume cítrico de su cabello.

Entonces se detuvo y me di cuenta de que estaba en el dormitorio. Me encontré junto a la puerta reconociendo solo una dirección, la del aromático perfume cítrico que emanaba de su cabello. Cuando ella fue de esquina en esquina yo me quedé junto a la puerta del dormitorio esperando a que hablara, esperando una palabra de despedida hasta la mañana siguiente. Si había algo más que deseara, o si había algo que yo pudiera hacer, ella no me lo había dicho.

El eco de sus pasos de esquina en esquina y del frío de la cama retumbó por el dormitorio vacío. Pude oírla caminar hasta la cama, tocarla con los dedos, y regresar a la ventana por el suelo cubierto de alfombras. Estuvo junto a la ventana mirando la nada en la noche, la nada negra, mientras yo esperaba a que me dijera que cerrara la puerta, me fuera y la dejara sola.

Aunque ella estaba en el dormitorio, yo estaba junto a la puerta y los conejos estaban justo tras la ventana, el vacío descendió sobre la casa al igual que el silencio de una noche sin estrellas ni luna. Cuando yo extendía los brazos se alargaban hacia regiones desconocidas y cuando miraba con los ojos, parecían buscar luz en todos los rincones del oscuro cielo.

Ella sabía que yo estaba junto a la puerta esperando una palabra de despedida,

pero se sentía desamparada en su soledad. Sabía que no podía soportar estar sola en la habitación cuyas paredes no podían verse a tal distancia. Ella sabía que su soledad no podía hacerse desaparecer mediante una palabra pronunciada en la hueca oscuridad, y sabía que ella sola no podría impulsarse fuera de la inmensidad de la casa.

Mi hermano me había escrito sobre ella con cierto pesar porque yo no tenía a nadie como ella a quien amar. Él había estado con ella durante un año, compartiendo su casa y su cama. Todas las noches habían ido juntos al dormitorio donde ahora estaba ella sola. Entonces sentí la soledad de la noche, porque le habían quitado a su esposo, mientras que yo, que nunca había conocido un amor así, nunca formaría parte de él.

Una vez más fue a la cama y la tocó. La habitación estaba oscura y la cama quieta. Ahora sabía que iba a estar sola.

Empezó a llorar bajito, como llora una muchacha.

Las zapatillas cayeron de sus pies y el eco sonó como si hubieran lanzado unos zapatos de hombre con tacones sólidos contra el suelo.

Cuando tocó un peine que había sobre la mesilla y luego cayó al suelo en medio de la oscuridad, podrían haber sido las manos torpes de un hombre buscando a tientas, tirando relojes y espejos.

Sus rodillas tocaron una silla, pero el sonido fue más como un hombre caminando en medio de una habitación oscura, tropezando con los muebles y maldiciendo con voz ronca.

Colocó la ropa que se quitó sobre un arcón que había al pie de la cama, pero pareció más bien como si un hombre hubiera lanzado sobre una silla su abrigo pesado y sus pantalones desde el otro lado de la habitación.

Levantó la ventana sin ruido, pero fue como si un hombre la hubiera abierto con impaciencia.

Se sentó al borde de la cama y luego se estiró, pero fue como si un hombre se hubiera arrojado sobre ella, tirando de la manta para taparse.

Con cuidado se dio la vuelta y estiró el brazo por encima de la lejana almohada, pero en la habitación vacía sonó como si un hombre estuviera golpeando las almohadas con los puños.

Su cuerpo empezó a temblar por los sollozos, sacudiendo levemente los muelles de la cama y el colchón, pero fue como el firme movimiento de un hombre de fuerza incontrolada.

No sé cuánto tiempo estuve junto a la puerta esperando una palabra de despedida. Al principio el tiempo había pasado rápido en medio de la negrura absoluta de esta casa de oscuridad hueca. Luego pasó más lentamente. Puede que pasara una hora, quizás cinco.

Abrí los labios y hablé. El sonido de mis palabras parecía no tener fin en su eco.

—Buenas noches, Thomasine —dije temblando.

Ella gritó de miedo y dolor. Si alguien le hubiera cortado el corazón con un

cuchillo no habría gritado tan fuerte.

Luego se dio la vuelta en la cama y se quedó estirada del otro lado.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Dios mío!

La almohada que había estado sujetando cayó desde el extremo de la cama al suelo, sonando en la oscuridad como un árbol talado en medio del bosque.

Tras el crepúsculo, la noche empezó en la habitación vacía.

## RACHEL

Todas las noches venía cruzando la oscuridad del callejón, revelándose en la luz brillante de la calle como la repentina aparición de una niña asustada lejos de su casa. Yo sabía que ella nunca llegaba al final del callejón antes de las ocho y sin embargo había noches en las que yo corría allá dos horas antes y esperaba junto a la gran boca de incendios de color verde y rojo hasta que ella llegaba. Durante todos esos meses en los que la había conocido solo había llegado tarde dos o tres veces, y solo diez o quince minutos después de las ocho.

Rachel nunca me decía dónde vivía y nunca me dejaba acompañarla a casa. Allá donde empezaba el callejón, junto a la boca de incendios, estaba la puerta por la que llegaba ella a las ocho y que se cerraba tras ella a las diez. Cuando le imploraba que me dejara acompañarla ella siempre aducía que su padre no la dejaba salir con muchachos y que si nos llegara a ver la pegaría sin piedad o la echaría de casa. Por esta razón mantenía mi promesa y nunca la acompañaba más allá de la entrada al callejón.

—Siempre vendré a verte por las noches, Frank —dijo, y añadió rápidamente—, siempre que quieras que venga. Pero recuerda que has de prometerme que nunca intentarás descubrir dónde vivo ni acompañarme a casa.

Yo prometía lo mismo una y otra vez.

—Quizás algún día puedas venir a verme —susurró mientras me tocaba el brazo—, pero no ahora. No debes ir más allá de la boca de incendios hasta que te diga que puedes.

Rachel me había dicho lo mismo cada vez que nos veíamos, como si quisiera convencerme de algún peligro oculto en la oscuridad del callejón. Yo sabía que no existía ningún peligro físico porque al otro lado estaba nuestra casa y conocía el vecindario como todo el mundo. Además, durante el día atajaba normalmente por el callejón cuando quería entrar por la verja trasera de mi casa cuando llegaba tarde a comer. Pero después de anochecer el callejón pertenecía a Rachel y yo nunca iba a mi casa por ese camino por miedo a lo que pudiera ver u oír de ella. Desde el principio le había prometido que nunca la seguiría para descubrir dónde vivía y que nunca intentaría descubrir su verdadero nombre. La promesa que le había hecho la cumplí hasta el final.

Sabía que Rachel y su familia eran pobres porque había estado llevando el mismo vestido durante casi un año. Estaba gastado y en estado precario. Era de un algodón azul descolorido. Nunca lo había visto manchado y sabía que lo lavaba cada día. Lo había remendado una y otra vez con cuidado y pulcritud y cada noche, cuando la veía, me preocupaba porque sabía que el tejido no aguantaría mucho más. Temía constantemente que cualquier día el vestido fuera a caerle a tiras y me horrorizaba pensar en el momento en que ello ocurriera. Deseaba ofrecerme a comprarle un vestido con los pocos dólares que tenía en el banco pero tenía miedo hasta de

sugerirle algo así. Sabía que ella no me permitiría darle el dinero y no sabía qué haríamos cuando el vestido estuviera completamente gastado. Estaba completamente seguro que eso significaría que no la vería más. Solo la constante atención con que cuidaba y lavaba cada día su vestido lo había mantenido de una pieza todo ese tiempo.

Una vez Rachel llevó un par de medias negras de seda. Desde el primer día había aparecido cada noche en la calle iluminada con sus medias blancas de algodón y durante un año no llevó otra cosa. Entonces, una noche, llevó un par de medias de seda negra.

Pensé que también las llevaría a la noche siguiente, pero cuando apareció por el callejón llevaba las medias de algodón blanco. No le pregunté nada al respecto porque había aprendido a no preguntar nada que pudiera herir sus sentimientos, pero nunca fui capaz de comprender por qué había llevado esa única vez un par de medias de seda negra. Quizás las hubiera tomado prestadas de su madre o hermana. Había mil explicaciones a la manera en que las hubiera podido conseguir. Y, sin embargo, ninguna de las razones que se me ocurrieron me pareció totalmente concluyente. Si se lo hubiera preguntado ella quizás se habría reído, me habría tocado el brazo como hacía siempre que estábamos juntos y me lo habría explicado. Pero yo temía preguntárselo. Había tantas maneras de hacerla sentirse mal, de hacerle daño.

Todas las noches, cuando aparecía por el oscuro callejón, yo me encontraba con ella y juntos caminábamos por la calle iluminada hasta la esquina donde estaba el *drugstore*. En el lado opuesto había un cine. Todas las noches íbamos o a un sitio o al otro. Me hubiera gustado llevarla al cine y al *drugstore*, pero nunca ganaba suficiente dinero para ir ambos a los dos sitios la misma noche. Los veinte centavos que me pagaban todos los días por repartir de casa en casa el diario vespertino no era suficiente para comprar helado en el *drugstore* y además ir al cine. Teníamos que elegir.

Cuando estábamos en la esquina del *drugstore*, enfrente del cine, nos costaba decidimos si preferíamos ver una película o comer helado. Para mí, los buenos momentos que pasábamos en la esquina eran tan agradables como cualquier otra cosa que hiciéramos juntos. Rachel siempre intentaba que yo le dijera qué prefería hacer antes de comprometerse ella. Y yo por supuesto quería hacer aquello que a ella le complaciera.

—No voy a dar un paso en ninguna dirección hasta que me digas qué prefieres hacer —le decía—. A mí no me importa porque estar contigo es todo lo que quiero.

—Te voy a decir lo que vamos a hacer, Frank —decía tocándome el brazo, haciendo broma—; tú ve al *drugstore* y yo voy al cine.

Esa era la manera que tenía Rachel de decirme lo que prefería hacer, aunque creo que ella jamás sospechaba que yo lo sabía. Pero cuando ella sugería que yo fuera al cine mientras ella iba al *drugstore*, yo sabía que ella prefería una copa de helado esa noche. El disfrute de la película se alargaba durante casi dos horas, mientras que el

helado nunca podía durar más de media hora, de modo que excepto dos o tres noches, todas las demás íbamos al cine del otro lado de la calle.

Allí es adónde yo siempre quería ir porque en la semioscuridad nos sentábamos juntos y yo le tomaba la mano. Y si la sala no estaba llena, siempre encontrábamos dos asientos cerca del fondo, en una de las dos esquinas y allí la besaba cuando estaba seguro de que nadie nos miraba.

Cuando terminaba la película salíamos a la calle iluminada y caminábamos despacio hacia la boca de incendios verde y roja, en medio de la manzana. Allí nos quedábamos un rato, junto a la entrada del callejón. Si no había gente en la calle rodeaba con mi brazo la cintura de Rachel y caminábamos despacio hacia la oscura entrada. Ninguno de los dos hablaba, pero yo la sujetaba contra mí y ella apretaba mis dedos. Cuando al final, tras haber retrasado al máximo el momento de la despedida, caminábamos unos pasos hacia la oscuridad del callejón y nos quedábamos en los brazos del otro, Rachel me besaba por primera vez durante la noche y yo la besaba durante todo el tiempo que habría querido besarla en el cine. Sin hablar nos separábamos, nuestros dedos entrelazados y cálidos.

Cuando ella estaba a punto de desaparecer en la oscuridad del callejón yo corría hacia ella y cogía sus manos.

—Te amo, Rachel —le decía, apretando cada vez más fuerte sus dedos mientras ella retiraba la mano.

—Y yo también te amo, Frank —decía ella dándose la vuelta y corriendo hacia el callejón, desapareciendo hasta el día siguiente.

Tras esperar un rato y escuchar atento hasta que su sonido hubiera desaparecido, me daba la vuelta y caminaba lentamente calle arriba hacia mi casa. Esta estaba a una manzana de distancia: media manzana hasta la esquina y desde allí otra media manzana. Cuando llegaba a mi habitación me dirigía a la ventana y me quedaba mirando la noche e intentando oír algún sonido de ella. La ventana de mi habitación daba al callejón por la parte de atrás de la casa. Las farolas proyectaban un tenue resplandor sobre los tejados, pero nunca podía ver nada en la oscuridad del callejón. Tras esperar durante una hora o más junto a la ventana me desvestía y me metía en la cama. Muchas veces creí oír el sonido de su voz en algún lugar de la oscuridad, pero tras saltar de la cama y escuchar atentamente junto a la ventana durante mucho tiempo sabía que lo que había oído era otra cosa.

Hacia el final del verano recibí de mi tía cinco dólares como regalo de cumpleaños. Tan pronto como los tuve en mis manos, empecé a hacer planes para Rachel y para mí. Esa noche quería sorprenderla con el dinero y luego llevarla al centro en el tranvía. Primero iríamos a un restaurante y luego a una de las grandes salas de cine. Nunca habíamos estado juntos en el centro y esa era la primera vez que disponía de más de cincuenta céntimos. Esa tarde, tan pronto como hube repartido todos los diarios, corrí a casa y empecé a pensar en los planes que había hecho para la noche.

Justo antes de anochecer bajé de mi habitación y esperé en el porche delantero a que llegara la hora de ir a buscar a Rachel. Me senté en las escaleras del porche sin acordarme siquiera de decirle a mi madre que iba a ir al centro. Ella nunca me había dejado ir tan lejos de casa sin que le dijera antes adónde iba a ir, con quién y cuándo volvería.

Llevaba sentado en las escaleras del porche durante casi una hora cuando mi hermana mayor se acercó a la puerta y me llamó.

—Frank, tenemos un trabajo para ti —dijo Nancy—. Madre quiere que vayas a la cocina antes de irte. No te olvides.

Le dije que iría enseguida. Estaba tan distraído pensando en lo que significaría para Rachel la sorpresa que me olvidé del encargo de ir a la cocina durante casi media hora. Para entonces ya era casi hora de ir a buscar a Rachel junto a la boca de incendios y salté y corrí a la cocina para terminar el encargo lo más rápido que pudiera.

Cuando llegué a la cocina Nancy me dio una pequeña caja redonda y me dijo que la abriera y rociara el polvo en el cubo de la basura. Había oído decir a mi madre que las ratas estaban metiéndose en las basuras de modo que fui a la verja trasera con la caja sin pararme a hablar del tema. En cuando hube rociado el polvo sobre los desperdicios regresé corriendo a casa, cogí mi gorra y corrí calle abajo. Estaba enfadado con mi hermana por ser la causa de llegar tarde a mi cita con Rachel, aun siendo culpa mía por no haber hecho el encargo antes. Pero estaba seguro de que Rachel me esperaría, incluso si llegaba unos minutos tarde a la boca de incendios. No creía que ella llegara a la boca y se fuera de inmediato.

Había corrido una docena de yardas o más cuando oí a mi madre que me llamaba. Me detuve vacilante.

—Me voy al cine —le dije—. Volveré pronto.

—Está bien, Frank —me dijo—. Tenía miedo que fueras a ir al centro o algo así. Vuelve a casa tan pronto como puedas.

Corrí unos pasos y paré. Tenía tanto miedo de que me obligara a quedarme en casa si le decía que iba al centro que no supe qué hacer. Nunca le había dicho una mentira y no iba a empezar ahora. Miré atrás y ella estaba en las escaleras mirándome.

—Madre, voy a ir al centro —dije en tono de súplica—, pero volveré temprano.

Antes de que pudiera volver a llamarme corrí con todas mis fuerzas calle abajo, doblé la esquina y volé hacia la boca de incendios del callejón. No vi a Rachel hasta que llegué a la boca y me paré jadeando y resollando por la excitación y el esfuerzo.

Ella estaba allá, esperando junto a la valla, y dijo que acababa de llegar hacía un segundo. Después de ponernos de camino hacia el *drugstore* saqué el dinero del bolsillo del pantalón y se lo mostré. Ella estaba incluso más ilusionada que yo al verlo. Después de mirarlo y sostenerlo en la palma de la mano durante un rato le dije lo que tenía planeado para esa noche.

Oímos como se acercaba un tranvía y corrimos a la esquina justo a tiempo de alcanzarlo. El viaje al centro nos resultó demasiado rápido a pesar de que tardamos casi media hora en llegar. Bajamos cerca de los cines.

Primero había planeado que fuéramos a un pequeño restaurante y después a ver una película. Justo al pasar por delante de un *drugstore* Rachel me tocó el brazo.

—Frank, por favor —me dijo—, tengo mucha sed. ¿Por qué no entras en el *drugstore* y me traes un vaso de agua?

—Si necesitas el agua ahora mismo, lo haré —dije—, pero ¿no puedes esperar un minuto? Hay un restaurante un poco más adelante y podemos pedir un vaso de agua mientras esperamos que nos sirvan la cena. Si perdemos demasiado tiempo no podremos ver una sesión completa.

—Me temo que no puedo esperar, Frank —dijo agarrándome el brazo—. Por favor... Por favor, tráeme un vaso de agua. ¡Rápido!

Entramos en el *drugstore* y fuimos hacia la heladería. Le pedí al empleado que me diera un vaso de agua. Rachel esperaba junto a mí, agarrándome el brazo con cada vez más fuerza.

Enfrente de nosotros, en la pared, había un gran espejo. Nos pude ver claramente, pero había algo en nuestro reflejo, especialmente en el de Rachel, que no había notado antes. Es verdad que nunca antes habíamos estado frente a un espejo, pero entonces vi algo que me había pasado inadvertido durante todo el año. La belleza de Rachel se revelaba de una forma que solo un gran espejo puede mostrar. La curva de sus mejillas y sus labios era bella como siempre y el encanto simétrico de su cuello y brazos era el mismo que había adorado cientos de veces antes; pero ahora, por primera vez, vi en el espejo que teníamos ante nosotros un encanto nuevo y nunca desvelado. Forcé la vista sobre la superficie del espejo y otra vez vi la nueva belleza sinuosa de su cuerpo.

—¡Rápido, Frank! —gritó Rachel, agarrándome desesperadamente—. Agua... ¡por favor!

Llamé de nuevo al empleado sin mirarlo porque tenía miedo de apartar la vista de la nueva belleza que veía en el espejo. Nunca anteriormente había visto tal hermosura en una muchacha. Había un reflejo misterioso de luz y sombras que revelaba la verdadera belleza de Rachel. El espejo había revelado, en un breve instante, como el destello de un rayo en una habitación oscura, el encanto sinuoso que había estado sin descubrir y sin verse durante todo el tiempo que la había conocido. Era casi increíble que una mujer, que Rachel, pudiera poseer una belleza tan nueva y quizás tan única. La cabeza me daba vueltas por la sensación que me envolvía.

De nuevo me tocó el brazo, rompiendo —como alguien rompe un espejo— el reflejo de mis pensamientos. El empleado había llenado un vaso de agua y se lo estaba dando pero antes de poder ponérselo en las manos ella lo alcanzó y se lo arrancó de la mano. Él se sorprendió tanto como yo. Rachel nunca había actuado así antes. Todo lo que hacía era siempre perfecto.

Cogió el vaso como si lo estuviera exprimiendo y bebió el agua de un trago. Luego lo empujó de nuevo hacia el empleado mientras se agarraba el cuello con una mano y pidió a gritos más agua. Antes de que pudiera llenar el vaso ella volvió a gritar, incluso más alto que antes. Las personas que pasaban por delante de la puerta se detuvieron y entraron a ver qué pasaba. Otros que estaban en la tienda se acercaron y miraron a Rachel.

—¿Qué te pasa, Rachel? —le pregunté cogiéndole por las muñecas y sacudiéndola—. Rachel, ¿qué te pasa?

Rachel se volvió hacia mí y me miró. Sus ojos estaban casi del revés y sus labios estaban hinchados y oscuros. La expresión de su cara era horrible.

Un farmacéutico vino corriendo hacia nosotros. Miró rápidamente a Rachel y corrió a la parte trasera de la tienda. Para entonces ella se había desplomado sobre el mármol de la heladería y yo la agarré para que no cayera al suelo.

Un farmacéutico se nos acercó corriendo trayendo consigo un vaso con un líquido blanco como la leche. Puso el vaso en los labios de Rachel y la obligó a tragarse el líquido.

—Me temo que es demasiado tarde —dijo—. Si lo hubiéramos sabido diez minutos antes la habríamos podido salvar.

—¿Demasiado tarde? —le pregunté—. ¿Demasiado tarde para qué? ¿Qué le está pasando?

—Se ha envenenado. Me parece que matarratas. Probablemente sea eso, aunque podría ser otro veneno.

No podía creer nada de lo que me estaba diciendo. Tampoco creía lo que estaba viendo con mis propios ojos.

Rachel no respondió al antídoto. Se quedó inmóvil en mis brazos. Su cara se contraía y oscurecía por momentos.

—¡Rápido! ¡Aquí! —me dijo el farmacéutico sacudiéndome.

Juntos la levantamos y la llevamos a la parte trasera de la tienda. El farmacéutico cogió una bomba estomacal y le insertó el tubo por la garganta. Justo cuando iba a empezar a bombear llegó corriendo un médico y examinó rápidamente a Rachel. Se levantó y nos llevó a un lado a los dos.

—Es demasiado tarde —dijo—. Quizás la habríamos podido salvar media hora antes, pero su corazón ya no late y ha dejado de respirar. Debe de haberse tomado una caja entera de veneno, supongo que de matarratas. Ya ha llegado al corazón y a la sangre.

El farmacéutico insertó de nuevo el tubo y empezó a bombear. El médico se quedó junto a nosotros todo el rato, dando instrucciones, pero negando con la cabeza. Le metimos estimulantes por la garganta e intentamos resucitarla mediante respiración artificial. Durante todo ese tiempo el médico iba diciendo: —No. No. Es inútil. Hace mucho que se ha ido. Nunca más vivirá. Tiene suficiente matarratas en su organismo como para matar a diez hombres.

Algo más tarde llegó una ambulancia y se la llevó. No supe adónde se la llevaron ni intenté averiguarlo. Me quedé sentado en la pequeña habitación revestida de madera, rodeado de botellas con etiquetas blancas, mirando al farmacéutico que había intentado salvarla. Cuando finalmente me levanté para irme, el *drugstore* estaba vacío excepto por el empleado, que me miró sin interés. Afuera, en la calle, no había nadie excepto algunos taxistas que no me dirigieron la mirada.

Aturdido me dirigí a casa a través de las calles desiertas. El camino estaba solitario, las lágrimas me cegaban y no podía ver las calles. No podía ver las luces ni las sombras de las calles, pero podía ver con toda claridad la imagen de Rachel, en el enorme espejo, inclinada sobre el mármol, mientras el reflejo de su belleza se grababa en mi cerebro y mi corazón.

## UN DÍA DE VERANO

El nivel del agua había vuelto a subir. Había estado lloviendo durante casi dos días enteros y el arroyo bajaba lleno. Esa mañana el amanecer había puesto fin a los cielos grises y por primera vez en esa semana el cielo era azul y cálido.

Les se sacó la camisa y se desabrochó los pantalones. Nunca había tenido que preocuparse de la ropa interior porque en cuanto subían las temperaturas en primavera como para ir descalzo la guardaba en un armario y la dejaba ahí hasta el otoño. Su madre no vivía y su padre nunca se había preocupado de hacerle llevar ropa interior.

—Ojalá tuviéramos una pala para sacar esta porquería —dijo—. Cada vez que llueve este agujero se llena de lodo. Iría a casa y cogería una pala, pero si me vieran me harían quedar y me obligarían a hacer algo.

Mientras Les colgaba la camisa y los pantalones de un arbusto yo me adentré en el agua amarilla. El lodo del fondo me llegaba a los tobillos y había cientos de ramas atascadas en él. Tiré de algunas de las más grandes y las tiré al otro lado de la orilla.

—¿Qué tal está el agua, Jack? —me preguntó Les—. ¿Qué profundidad tiene esta vez?

Me adentré hasta el centro del arroyo donde la corriente era más fuerte. El agua amarilla me llegaba casi a los hombros.

Me llega casi al cuello —dije—. Pero hay como un millón de ramas atascadas en el fondo. Date prisa y ayúdame a sacarlas.

Les vino chapoteando. El agua turbia borboteaba y gorgoteaba alrededor de su cintura.

—Te apuesto algo a que alguien viene aquí todos los días y tira estas ramas aquí —dijo Les haciendo una mueca—. Sino no sé cómo han llegado aquí. Las ramas no caen dentro de un arroyo tan deprisa. Alguien las está tirando adentro y te apuesto algo a que no vive lejos de aquí.

—Quizás lo haya hecho el viejo Howes, Les.

—Seguro que es él. A él me estaba refiriendo. Te apuesto lo que quieras a que baja aquí y tira ramas todos los días.

Les pisó una rama puntiaguda. Se tapó la nariz, cerró los ojos, se sumergió y sacó la rama.

—¿Sabes qué? —dijo Les.

—¿Qué?

—El viejo Howes le dijo a papá que el sábado pasado asustamos a sus vacas. Dijo que las hicimos correr tanto que no pudo ordeñarlas el sábado por la noche.

—El fondo de este arroyo no es suyo. Él no es el dueño de nada de lo que hay aquí excepto ese prado al otro lado de la cerca. Este año ni siquiera hemos estado al otro lado de la cerca, ¿verdad?

—No he visto las vacas del viejo Howes en todo el verano. Si las hubiera visto no

habría corrido tras ellas. Simplemente le dijo eso a papá para que no vengamos a bañarnos al arroyo.

De repente bajaron flotando pedazos de corteza y astillas rizadas. En algún lugar arroyo arriba se habían soltado las hojas y ramitas de una rama más grande. Coloqué los brazos en forma de uve y recogí las cortezas y astillas y las saqué de en medio.

Les dijo algo mientras se sumergía para sacar una rama seca. El lodo del fondo del arroyo era tan profundo que no podíamos dar un paso sin sacar primero los pies del barro. De otro modo habríamos caído de cara al agua. El lodo apestaba como una pocilga.

Les tiró la rama lejos.

—Si el viejo Howes viene mientras estamos aquí y nos dice que salgamos hemos de tirarle lodo. ¿Te animas, Jack? ¿No te gustaría hacerlo aunque fuera solo una vez?

—Es lo que deberíamos hacerle, Les, pero será mejor que no lo hagamos. Iría directo a decírselo a mis viejos y a tu padre.

—No tengo miedo del viejo Howes —dijo Les haciendo una mueca—. No me intimida. No haría nada. Tendría miedo de decir nada a nadie. Sabe que lo atraparíamos y lo cubriríamos de lodo.

—No sé —dije—. Se lo dijo a mis viejos aquella vez que cogí un pato y lo metí en su gallinero.

—De eso hace mucho tiempo... —Les calló y se puso a escuchar atentamente.

Alguien había pisado una rama seca detrás de los arbustos. El chasquido de la madera fue suficientemente sonoro como para ser oído por encima del chapoteo y gorgoteo del arroyo.

—¿Qué ha sido eso? —dijimos los dos.

—¿Quién es? —me preguntó Les.

—Escucha —dije—. Agáchate y cierra la boca.

Pudimos oír a alguien caminar sobre ramitas y hojas secas. Los dos nos pusimos de cuclillas en el agua, sacando solo la cabeza.

—¿Quién es? —me susurró Les.

Moví cabeza negando, tapándome la nariz bajo el agua.

El agua amarilla se arremolinaba y gorgoteaba entre las raíces de los árboles que teníamos al lado. Estas estaban limpias de tierra por las aguas que habían bajado durante años y ahora tenían un aspecto viejo y estaban cubiertas de corteza.

Les se agachó más y más hasta que solo sus ojos y la parte superior de la cabeza asomaban por encima del agua. Se tapó la nariz con las dos manos. El arroyo bajaba lleno y la rapidez y turbidez provocaban sonidos de gorgoteo que se oían a lo largo de todo el riachuelo.

De repente se abrieron los arbustos y apareció Jenny. Cuando Les la vio puso los ojos como platos y sacó la cabeza del agua para coger aire. El ruido que hizo cuando el agua borboteó nos asustó a los tres por un instante.

Jenny era la hija del viejo Howes. Era más o menos de nuestra edad,

posiblemente uno o dos años mayor.

Les la vio mirar nuestra ropa colgada de los arbustos. Me dio con el codo.

—¿Qué estás haciendo aquí? —dijo Les ásperamente, tratando de asustarla.

—¿No puedo venir si quiero?

—No puedes venir si estamos bañándonos. No eres un chico.

—Puedo venir si quiero, listillo —dijo Jenny—. Este arroyo no te pertenece.

—Tampoco te pertenece a ti —dijo Les haciendo una mueca—. ¿Qué te parece?

—Está bien —dijo Jenny—, si vas a ser un antipático, Leslie Blake, cogeré tu ropa y la esconderé donde no la encuentres mientras vivas. ¿Qué te parece?

Jenny se acercó a la ropa. Cogió los pantalones de Les y mi camisa y ropa interior.

Les me agarró de un brazo y me empujó hacia la orilla. Al principio no podíamos ir rápido porque teníamos que sacar los pies del lodo antes de poder movernos.

—Hundámosla en el agua, Jack —susurró Les—. Hundámosla bien hundida. Vamos.

Trepamos por la orilla y atrapamos a Jenny justo cuando empezaba a correr entre los arbustos con nuestra ropa. Les la rodeó con los brazos por la cintura y yo le cogí los brazos y los sostuve con todas mis fuerzas.

—Gritaré —dijo Jenny—. Si no paráis gritaré a pleno pulmón. Papá está en el prado y vendrá enseguida. Sabéis lo que hará con vosotros, ¿verdad?

—No tenemos miedo de nadie —dijo Les, frunciendo el ceño y tratando de asustarla.

Le tapé la boca con mi mano y la sostuve con un brazo alrededor del cuello. Juntos la arrastramos de nuevo a la orilla.

—¿Quieres que la hundamos, Jack? —dijo Les—. ¿No crees que deberíamos hacerlo? Le ha estado explicando mentiras sobre nosotros al viejo Howes. Es una soplona.

—Deberíamos hundirla —dije—. Pero supón que va y nos acusa.

—Cuando acabemos de hundirla en el agua ya no explicará más mentiras sobre nosotros. La hundiremos hasta que prometa y jure que no lo dirá a nadie. Ella es la que ha estado tirando ramas secas en el arroyo todos los días. Apuesto lo que quieras a que ha sido ella.

Jenny estaba indefensa mientras la sosteníamos. Les la tenía cogida por la cintura con los dos brazos y yo tenía su cuello en la parte interior de mi codo izquierdo. Ella trató de mordirme la mano con que tapaba su boca, pero cada vez que intentaba hacerme daño yo le apretaba el cuello tan fuerte que tenía que parar.

Yo tenía un poco de miedo de hundir a Jenny en el agua porque una vez hicimos lo mismo a un muchacho de color llamado Bisco y por poco lo ahogamos. Hundimos a Bisco tantas veces que no podía respirar y se quedó como sin vida. Lo tuvimos que estirar en el suelo y hacerlo rodar varias veces. Y mientras lo hacíamos el agua amarilla del arroyo le salía por la boca. Yo tenía miedo de ahogar a Jenny. No sabía lo

que pasaría si lo llegábamos a hacer.

—Ya sé lo que podemos hacerle, Les —dije.

—¿Qué?

—Cubrámosla de lodo.

—¿Por qué no podemos hundirla? Eso la asustaría y dejaría de tirar ramas secas al arroyo. Y también hará que deje de decir mentiras sobre nosotros.

—Será mejor que no la hundamos, Les —dije—. ¿Te acuerdas de aquella vez que hundimos a Bisco? Casi lo ahogamos. No quiero que vuelva a pasar algo así.

Les pensó durante unos instantes mientras miraba la espalda de Jenny. Ella no dejaba de dar patadas y arañarle, pero apenas nos podía hacer daño y la teníamos cogida de manera que no podía escapar.

—Está bien —dijo Les—. La cubriremos de lodo. Sirve tanto como hundirla en el agua y le servirá de lección. Hará que deje de ser una soplona.

—Va a acusarnos de todas formas, así que será mejor que lo hagamos bien esta vez. Pero al menos debería hacer que dejara de tirar ramas secas donde nadamos.

—No va a decir nada cuando hayamos acabado con ella —dijo Les—. No se lo dirá a nadie. Ni siquiera se lo dirá al viejo Howes. Que los hundan o los cubran de barro siempre hace que los niños dejen de decir mentiras. Es la única manera de curarles.

—Está bien —dije—. Hagámoslo. Necesita que la hundan bajo el agua, que la cubran de lodo, o algo. Algo hay que hacer y nosotros somos los adecuados para este trabajo. Apuesto algo a que no nos molestará más después de que hayamos acabado con ella.

Les tiró a Jenny al suelo, junto a la orilla, sujetándole los brazos a la espalda y sosteniendo la cara en el suelo para que no pudiera hacer ni un ruido. Les tuvo que sentarse a horcajadas encima del cuello para que se estuviera quieta.

—Sácale la ropa, Jack —dijo Les—. La tengo sujeta. No se podrá escapar mientras la sujete.

Me agaché para sacarle el vestido y me dio de lleno en el estómago con los dos pies. Caí de espaldas y cuando traté de incorporarme no me quedaba aire. Abrí la boca y traté de decírselo a Les, pero no pude ni siquiera susurrar.

—¿Qué te pasa, Jack? —dijo Les girando la cabeza para mirarme.

Me puse de rodillas y me doblé sosteniéndome el estómago con ambos brazos.

—¿Qué te pasa, Jack? —dijo—. ¿Te ha dado una patada?

Les estaba de espaldas a mí y no había visto lo que Jenny me había hecho.

—Entonces siéntate sobre sus piernas —dijo Les—. Si lo haces no te podrá dar patadas.

Corrí a la orilla y regresé con ambas manos llenas de lodo amarillo. Cuando lo saqué del fondo del arroyo había hecho un sonido como de succión y el olor era peor que el procedente de una pocilga. El lodo del arroyo apestaba más que nada que hubiera olido antes. No se trataba más que de hojas podridas y barro, pero olía a

huevos podridos y un montón de cosas más.

Le saqué el vestido a Jenny y lo tiré a los arbustos para que no se llenara de lodo. Para entonces Les ya había sido capaz de sostenerla y taponarle la boca al mismo tiempo porque ella era claramente menos fuerte que nosotros.

—Les, lleva ropa interior —dije.

—Seguro que lleva —dijo Les—. Todas las chicas llevan. Por eso son tan cursis.

—¿No estarás hablando de mí? —dije mirándole—. Porque si lo haces...

—Estoy hablando de ella —dijo Les—. Ya sé que tú has de llevarla porque tus viejos te obligan. Pero a las chicas les gusta llevarla. No quieren ir sin ropa interior. Por eso son tan cursis.

—Está bien —dije—, pero no seas canalla porque si no te...

—No harás nada, así que cierra la boca. Date prisa y sácale la ropa.

—¿La vamos a desnudar? —dije.

—Claro —dijo Les—. Hemos de hacerlo. No podemos llenarla de lodo si no la desnudamos, ¿no?

—Lo sé —dije—, pero supón que baja el viejo Howes y nos ve...

—El viejo Howes no haría nada más que escupir al suelo y resbalar en su propio escupitajo. ¿Y quién tiene miedo de él? Yo no.

Después de forcejear un rato más con Jenny y haberle sacado finalmente la ropa interior, Les dijo que estaba cansado de sujetarla. Jadeaba y resoplaba como si hubiera estado corriendo cinco millas sin descanso.

Cogí los brazos de Jenny, le tapé la boca y me senté sobre su cuello. Les cogió un puñado de lodo y se lo tiró encima. El lodo le dio en el estómago e hizo un sonido como si golpeará el agua con una tabla de madera. Tiró otro puñado. Nos salpicó a todos.

Mientras Les corría al arroyo a por más lodo, le di la vuelta a Jenny para que pudiéramos cubrirle la espalda. Ya no luchaba, pero yo tenía miedo de soltarle los brazos o de destaparle la boca. Cuando le di la vuelta se quedó quieta en el suelo. Ya ni siquiera daba patadas.

—Esto la enseñará —dijo Les regresando con las manos y los brazos llenos de lodo amarillo—. Hacía tiempo que lo merecía. Quizás esto haga que deje de ser una soplona.

Soltó la masa sobre su espalda y regresó a por más.

—Restriega el barro mientras voy a por más, Jack —dijo—. Es lo que necesita para que deje de tirar ramas secas al arroyo. Y tampoco irá a contar más mentiras sobre nosotros.

Con una mano empecé a restregarle el lodo por la espalda, las piernas, brazos y hombros. Traté de no ensuciarle el pelo porque sabía lo difícil que era de aclarar con el agua amarilla del arroyo.

—Dale la vuelta —dijo Les soltando una nueva carga de barro a nuestro lado—. Esto solo acaba de empezar.

Le di la vuelta a Jenny y ni siquiera trató de soltarse. Les había empezado a embadurnarla con el barro, frotándolo en su piel. Cogió un puñado y se lo restregó por las piernas, los muslos y el estómago. Entonces cogió otro puñado y se lo restregó por los hombros y los pechos. Jenny no intentó moverse aunque a veces se retorció un poco cuando Les le restregaba la masa de hojas podridas y barro en las partes más blandas. La mayor parte del tiempo permanecía como si hubiera estado profundamente dormida.

—Qué raro —dije.

—¿Qué es raro? —preguntó Les, mirándome.

—Ahora ni siquiera trata de soltarse.

—Esto es porque es muy astuta —dijo Les—. Solo está esperando que llegue una oportunidad de escaparse. Toma, deja que la sostenga yo un rato.

Les ocupó mi lugar y yo cogí un puñado de barro y empecé a embadurnarla. El lodo ya no era tan pegajoso y cuando lo restregaba sobre ella era resbaladizo y suave. Cuando movía mis manos sobre ella, pude notar que su piel era mucho más suave que la mía y que algunas partes eran muy suaves. Cuando le embadurné los pechos de barro, los noté tan suaves que tuve miedo de volver a tocarla ahí. Le miré a la cara y la vi como me miraba. Por la manera en que lo hacía, no pude evitar pensar que no estaba enfadada por cómo la estábamos tratando. Hasta llegué a pensar que si Les no hubiera estado ella me habría dejado embadurnarla todo el tiempo que quisiera.

—¿Qué estás haciendo, Jack? —dijo Les—. Vaya manera de llenarla de barro.

—Ya la hemos cubierto suficiente, Les. No la llenemos más de barro. Dejemos que se vaya a casa. Ha tenido suficiente.

—¿Qué te pasa? —dijo Les frunciendo el ceño—. Ni siquiera hemos acabado con ella. Hemos de ponerle otra capa de lodo.

Jenny miró a Les cuando dijo esas palabras y sus ojos se abrieron como platos. No tenía que hablar para que entendiera lo que quería decir.

—Es suficiente, Les —dije—. Es una muchacha. Es suficiente para una muchacha.

No sé, pero de alguna manera sentí que Les pensaba lo mismo, pero que no quería admitirlo. Ahora que la habíamos desnudado y llenado de barro, no podíamos olvidar que Jenny era una muchacha. La habíamos tratado como a un chico, pero seguía siendo una muchacha.

—Si te soltamos ahora ¿prometes no decir nada? —le preguntó Les.

Jenny asintió con la cabeza y Les soltó la mano que tenía sobre su boca.

Ambos esperábamos oírla decir lo que iba a hacer, que iba a decirlo, por cómo la habíamos tratado. Pero en cuanto la soltamos se sentó y trató de taparse con los brazos sin decir una palabra.

En cuanto vimos que no iba a llamar al viejo Howes, Les y yo corrimos al arroyo y nos tiramos de cabeza. Nos agachamos dejando solo la cabeza fuera y empezamos a sacarnos el lodo del cuerpo. Jenny nos miró mientras se tapaba como podía.

Seguía sin abrir la boca.

—Vistámonos y vayámonos a casa —dijo Les—. Papá me partirá la cara si me coge aquí, con ella así.

Jenny se tapó los ojos mientras salíamos del arroyo y cogíamos nuestra ropa. Nos fuimos detrás de los arbustos a vestirnos. Mientras estábamos allá pudimos oír a Jenny saltar al arroyo y sacarse el lodo.

Les tan solo tenía que ponerse la camisa y los pantalones y estuvo listo antes de que yo pudiera ponerme bien la ropa interior. Se cerró los pantalones y empezó a alejarse con el faldón de la camisa por fuera mientras trataba de hallar el ojal correcto para cada botón. Había tenido tanta prisa por tirarme al arroyo al llegar que había dejado la ropa interior hecha un ovillo. Cuando tenía las mangas del derecho, las perneras se volvían del revés. Les se fue alejando más y más.

—¿Qué pasa? —dijo—. ¿Por qué no te das más prisa?

—Tengo la ropa interior hecha un ovillo.

—Eso es lo que pasa por llevarla en verano.

—No puedo evitarlo —dije—, y lo sabes.

—Bueno, no es culpa mía, ¿no?

—¿Me vas a esperar?

—No puedo, Jack —me dijo, alejándose con rapidez. De repente se dio la vuelta y salió corriendo—. Me voy a casa.

—Pensaba que habías dicho que no tenías miedo del viejo Howes, ni de nadie —grité tras él, pero ya no me podía oír, o bien hizo ver que no entendía lo que le decía.

Cuando Les se hubo ido me lo tomé con calma. No había razón para darse prisa porque estaba seguro de que no importaba la hora a que llegase a casa. Jenny le diría al viejo Howes lo que le habíamos hecho y él vendría y se lo explicaría todo a mis padres. Deseaba tener tiempo para pensar en lo que iba a explicar cuando tuviera que enfrentarme a todos y decir la verdad.

Jenny ya había salido del arroyo cuando empecé a cerrar los botones de mi camisa. Solo tenía que pasarse la ropa interior por la cabeza y ponerse el vestido para poder irse a casa. Pasó por los arbustos mientras yo estaba intentando abrocharme la camisa.

—¿Qué pasa, Jack? —me preguntó sonriendo un poco—. ¿Por qué no te has ido corriendo con Les?

—No podía vestirme más rápido.

Estuve a punto de explicarle que mi ropa interior estaba tan enredada que había perdido tiempo desenredándola. Pero luego recapacité.

Se acercó un poco y yo empecé a alejarme de ella.

—¿Adónde vas? —me dijo—. ¿Por qué corres?

Me detuve, me di la vuelta, y miré a Jenny. Ahora que estaba vestida parecía la misma de siempre. Tenía el mismo aspecto, pero de alguna manera sabía que ya no era la misma después de lo que había pasado junto al arroyo. No podía olvidar lo que

había sentido cuando mis manos, resbalosas de barro, habían tocado la suavidad de su cuerpo. Al verla creí sentir lo mismo de nuevo, porque sabía que sin el vestido ni la ropa interior ella siempre seguiría siendo la misma que cuando la había tocado por primera vez.

—¿Por qué no me esperas, Jack? —me dijo.

Quería alejarme corriendo de ella. Al mismo tiempo quería ir corriendo hacia ella. Me quedé quieto mientras ella se acercaba.

—No vas a decir nada ¿verdad? ¿Vas a decir lo que te hemos hecho?

Había llegado a donde me encontraba yo. Caminé junto a ella guardando la distancia. Pasamos por los arbustos y salimos a la carretera cruzando el bosque. No había nadie a la vista y caminamos juntos hasta que llegamos a su casa.

Justo antes de llegar a la verja noté cómo mi mano rozaba la suya. No sé, pero de alguna manera, tanto si es verdad como si no, creí que ella tomaba mi mano con la suya y la sostenía un instante. Cuando bajé la mirada para saber si era verdad que me había cogido la mano y la había apretado, ella ya se había dado la vuelta y cruzado la verja.

Esperé en medio de la carretera a que ella subiera las escaleras de la casa y cruzara el porche. Allí se detuvo un momento y se limpió el vestido con las manos, como asegurándose de que no hubiera lodo pegado. Cuando abrió la puerta y entró en la casa, ya no estuve seguro de si me había mirado por encima del hombro o si solo lo había imaginado. En fin, creo que lo hizo, porque sentí que me había mirado, al igual que estaba seguro de que me había cogido la mano un instante.

—Jenny no dirá nada —dije y regresé corriendo a casa—. Jenny no dirá nada —seguí repitiendo una y otra vez.

## A TRAVÉS DE LAS VERDES MONTAÑAS

Ayer por la noche estuve leyendo un artículo en un periódico de Boston que decía que la gente más inteligente de todo el país viene del estado de Maine. Ya lo dije antes y sigo vivo para poder decirlo: puedes elegir a diez hombres en toda la Unión que yo siempre apostaré por un hombre de Vermont contra ellos. Puedes escoger a diez hombres de cualquiera de los estados que te parezca y todos juntos no sumarán la agudeza de mi hombre de Vermont. He vivido toda mi vida en el estado de Maine, noventa años y pico, pero siempre he dicho que si uno quiere agudeza debe ir a Vermont a obtenerla. Es en Vermont donde se encuentra.

Por ejemplo... Tomemos a los granjeros. Los granjeros de Vermont son tan listos que no dejan de ganar dinero mientras los granjeros de otros sitios lo pierden. Y la razón por la que son tan listos es la siguiente: no hace mucho había un granjero en Vermont que iba en su automóvil pasándose bien y riéndose de nosotros porque no habíamos ganado suficiente dinero para jubilarnos y quizás hacer un viaje a Florida año sí, año no. Yo le pregunté a ese granjero cómo había ganado tanto dinero llevando una granja.

Y eso fue lo que me explicó: —Amigo —me dijo—, el secreto de sacarle dinero a una granja es este: vende todo lo que puedas, lo que no puedas vender dáselo a los cerdos, y lo que no se coman los cerdos, cómetelo tú.

Tras terminar su explicación se fue riendo en su gran automóvil a ver a más granjeros de Maine trabajando y sudando en los campos porque no tenían la inteligencia para ganar suficiente dinero para jubilarse y quizás hacer un viaje a Florida en invierno, año sí, año no.

Ese destacado granjero no era el primer hombre de Vermont que había conocido, qué va. Conocí a otro cuando era joven en Penobscot.

Ese era un joven al que llamábamos Jake Marks, uno de esos hombres de Vermont de toda la vida que solía venir aquí, al estado de Maine, conduciendo yuntas de bueyes antes de que construyeran el ferrocarril que cruza las montañas. Ese Jake Marks de Vermont era tan listo como el que más. Solía ir y venir con sus bueyes cargados todo el tiempo. Era un viaje largo en aquella época —cuando uno piensa en lo lentas que son esas bestias— y Jake tenía que cruzar mucha montaña tanto de ida como de vuelta. No me acuerdo de cuánto tiempo tardaba en hacer uno de esos viajes, pero en aquellos días en que no había carreteras estatales, solo senderos lo suficientemente anchos para una yunta de bueyes, se tardaba mucho.

Jake era muy joven entonces, diría que tenía unos veinticinco años, quizás veintisiete. Entonces no estaba casado. Pero pronto empezó a gustarle una muchacha joven y bonita que le preparaba la comida en la casa de Bangor donde se alojaba mientras cambiaba de cargamento. Además era justo el tipo de muchacha que Jake quería. Ella solía entrar en la sala donde él esperaba a que le sirviera la comida y coqueteaba con él. A Jake le atormentaba terriblemente que ella se portara así

enfrente de él y solía levantarse de la silla y salir a dar tres o cuatro vueltas rápidas a la casa para controlarse.

Pero este Jake era un hombre prudente. Nunca aceptaba un trato hasta habérselo pensado muchísimo y saber que lo tenía todo de su parte. Entonces, cuando se lo había pensado mucho, se soltaba e iba tras su objetivo como un verdadero hombre de Varmont. Todos esos hombres de Varmont eran así, supongo. En cualquier caso los que conducían yuntas de bueyes con carga hasta el estado de Maine lo eran, y Jake era como todos ellos.

Esta joven de Jake lo acosaba para que se casara con ella cada vez que descansaba entre viajes. Y Jake la quería. Ella era lo único que quería durante el tiempo que pasaba aquí. Pero Jake se tomaba su tiempo, te lo digo. Estaba pensándose como todos los hombres de Varmont que conducen yuntas de bueyes. Tenía que estar seguro de que todo estuviera de su parte antes de mandar cualquier señal. Estuvo pensándose todo el resto de la temporada y durante todo ese año no hizo ningún movimiento de acercamiento a la muchacha.

La primavera siguiente, cuando ya no había escarcha en el suelo y pudo hacer su primer viaje del año a través de las montañas, Jake llamó a la puerta de la casa donde vivía la joven y le dijo que se preparara para casarse con él tan pronto como regresara a Bangor en su siguiente viaje. A la joven le vino estupendamente. Durante todo el invierno había estado intranquila respecto a Jake, tomándose muy a pecho todo lo que se decía sobre los conductores de bueyes de Varmont. Pero cuando Jake le dijo que se preparara para la boda, ella supo que él mantendría su promesa hasta el final y que vendría y se casaría tal como había prometido.

Así que Jake volvió a Varmont con su carga habiendo hecho la promesa de casarse con la muchacha el mismo día que regresara a Bangor en su próximo viaje.

Tal como había prometido, Jake volvió para casarse con la joven. Se fue directamente a la casa donde vivía y allí estaba ella esperándolo. Jake le dijo que se preparara para casarse y luego se fue en busca de un pastor. Cuando regresó a la casa con el pastor la llamó para que bajara a la sala donde todos los invitados se habían reunido para ver la ceremonia.

En cuanto ella entró en la sala donde estaban Jake y los invitados, Jake echó una ojeada a la joven y le dijo que volviera arriba y se sacara el vestido. Bueno, eso estaba bien y era correcto porque en aquellos días había una ley en el estado de Maine que decía que un hombre podía casarse con una mujer que llevara puesta solamente la enagua<sup>[2]</sup>. Es decir, que el hombre podía hacer que la mujer se quitara el vestido mientras tenía lugar la ceremonia, y en ese caso no se hacía legalmente responsable de sus deudas pasadas y no las tendría que pagar si no quería. En fin, Jake se había enterado de esta ley de Maine y se estaba aprovechando de ella. Eso era lo que había estado pensando todo el tiempo que había conducido las yuntas de bueyes entre Bangor y Varmont. Jake no tenía un pelo de tonto. Era un verdadero hombre de Varmont.

Al cabo de un rato la joven bajó vestida tal como indicaba dicha ley. Llevaba lo que entonces llevaban las mujeres bajo el vestido, eso era todo. Pero Jake no estaba satisfecho del todo. Le dijo a la muchacha que subiera de nuevo y se quitara todo. Jake era un testarudo conductor de bueyes de Varmont. Había calculado todo mientras conducía de ida y de vuelta esos lentos bueyes a través de las montañas.

Al poco tiempo la joven regresó a la sala donde estaban Jake, el pastor y los invitados. No llevaba nada puesto excepto una sábana, lo cual estaba bien. Se trataba de una muchacha muy bonita.

Todos se prepararon para la ceremonia. El pastor les dijo dónde ponerse y qué responder. Entonces, justo cuando estaban a punto de casarse, Jake le dijo a la muchacha que soltase la sábana y la dejase caer. Jake no se la iba a jugar aquí en el estado de Maine. La ley de la enagua decía que si una mujer se casaba sin su vestido, su esposo no se había de hacer cargo de sus deudas y Jake pensaba que si la joven se casaba sin nada puesto, entonces no habría ninguna posibilidad de que nadie le exigiera el pago de lo que ella pudiera deber, mientras que si ella llevaba algo puesto que él no supiera nombrar por su nombre verdadero y legal un tendero podría decir que su ropa interior era un vestido. Jake pensaba que podrían estafarle los beneficios de dicha ley si no iba con cuidado y Jake no se la iba a jugar aquí en el estado de Maine, tan lejos de Varmont. Jake vigilaba dónde ponía el pie como cualquier otro conductor de bueyes de Varmont.

—Deja caer la sábana —le repitió Jake a la joven.

La muchacha iba a soltar la sábana tal como Jake le había pedido cuando el pastor cogió la tela y la sujetó prieta alrededor de su cuerpo para que no pudiera mostrar su desnudez a Jake y el resto de las personas que había en la casa.

—¡No, no, no! —gritó con la cara enrojecida y negando con la cabeza—. Esto no puede ser, joven. No es posible. Eso sería indecente, aquí, ante todos nosotros. No se puede hacer. No lo voy a permitir.

Pero el pastor no conocía a Jake Marks. Jake era uno de esos conductores de bueyes de Varmont, tan testarudo respecto a lo que quería como el que más. Jake le dijo a la muchacha que soltara la sábana y que lo hiciera rápido si quería casarse.

La hermosa muchacha estaba a punto de hacerlo tal como le había ordenado Jake, porque estaba tan loca por él que habría hecho el pino allá mismo si Jake se lo hubiera pedido. Pero justo cuando iba a soltar la sábana el pastor la sujetó de nuevo con ambas manos.

El pastor intentó hablar con Jake sobre lo indecente que sería que la joven estuviera desnuda mientras se casaba. Pero a Jake se le había metido en la cabeza que debía beneficiarse totalmente de la ley de la enagua y no cedió un ápice.

Entonces el pastor dijo que no iba a celebrar la boda si Jake se empeñaba en hacerlo con la joven desnuda y Jake dijo que no se iba a casar si la sábana tocaba el cuerpo de la joven.

Todo el mundo se alborotó al oír las palabras de Jake y durante una hora o más

toda la gente discutió la situación, primero poniéndose del lado de Jake porque conocían la ley, y luego del lado del pastor, porque se daban cuenta de lo mucho que le disgustaría que la joven estuviera allá desnuda, tal como Jake quería. A la muchacha no le importaba cómo había de celebrarse la ceremonia siempre y cuando Jake se casara con ella. Ella estaba dispuesta a soltar la sábana por Jake en cuanto el pastor se lo permitiese. Estaba impaciente por casarse, igual que Jake lo había estado todo ese tiempo.

Al cabo de un rato el pastor cedió un poco. Se dio cuenta de que estaba loco si trataba de discutir con un conductor de bueyes de Vermont.

—Si ella entra dentro de un armario y cierra la puerta para que nadie la vea desnuda, yo celebraré la boda —le dijo el pastor a Jake.

—Estoy de acuerdo —dijo Jake—, pero necesito unos testigos de mi parte en caso de que alguien cuestione que nos hayamos casado según la ley de la enagua.

Finalmente acordaron ese detalle cuando el pastor permitió que dos mujeres mayores se metieran en el armario con la joven para asegurar que todo fuera legal. Al pastor no le hacía ninguna gracia que Jake entrara en el armario con la joven desnuda, pero ya estaba cansado de discutir durante horas con el conductor de bueyes de Vermont y finalmente le permitió entrar en el armario también.

Jake entró en el armario donde estaban la muchacha y las dos mujeres.

—Jake, mira tan solo una vez —dijo el pastor moviendo negativamente la cabeza—, y cierra los ojos y mantenlos cerrados.

Jake estaba dentro del armario y le estaba diciendo algo a la muchacha, pero nadie en la sala podía oír nada. Entonces el pastor abrió un poco la puerta mientras los estaba casando para poder oír las respuestas. Todo ese rato lo pasó Jake encendiendo cerillas para asegurarse que la muchacha no se tapaba con la sábana y así poder beneficiarse totalmente de la ley de la enagua.

Cuando concluyó la ceremonia el pastor aceptó el dinero que Jake le pagó y se fue de la casa sin esperar a ver en qué estado estaba la joven después de abrir la puerta del armario. Cuando salieron a la sala la sábana estaba hecha un nudo. Jake se la dio a la muchacha y ella no perdió el tiempo y subió a ponerse la ropa. Jake le dijo que se diera prisa y se vistiera porque quería salir de vuelta con su yunta hacia Vermont.

Salieron hacia Vermont enseguida. La bella muchacha toda vestida de novia iba sentada encima de la carga. Jake caminaba a un lado del carro dando órdenes a los bueyes.

Cuando Jake volvió a Bangor en su siguiente viaje un tendero trató de presentarle una factura de ciento cuarenta dólares. El tendero le dijo a Jake que la joven había comprado vestidos y otras cosas justo antes de casarse y le preguntó si se había casado según la ley de la enagua.

Jake rio brevemente y empezó a descargar el carro.

—Bien, ¿se casó o no según la ley de la enagua? —le preguntó el tendero.

—Dígame algo primero —dijo Jake—, y entonces yo responderé a su pregunta.  
¿Rige la ley de la enagua en el estado de Maine?

—Bueno, sí, pero la ley dice que una mujer debe...

—No hace falta que me la explique —dijo Jake—. Si la ley de la enagua rige, entonces yo me casé según dicha ley.

## EL RÍO DE AGUAS CÁLIDAS

El chófer se detuvo al principio de la pasarela colgante y me señaló la casa al otro lado del río. Le pagué su tarifa de veinticinco centavos por traerme desde la estación que se hallaba a dos millas de distancia y bajé del automóvil. Cuando se hubo ido me quedé solo en mitad de la fría noche, con la luces titilando en el valle y el ancho río verde bajando cálido. A mi alrededor las montañas se elevaban como nubes negras en mitad de la noche y solo mirando hacia arriba pude adivinar el arrebol del crepúsculo.

La chirriante pasarela se balanceaba al ritmo de mis zancadas y su oscilación pronto superó mi paso. Solo caminando cada vez más rápido pude aferrarme al péndulo que oscilaba en movimientos amplios por encima del río. Cuando por fin pude ver el otro lado —donde la montaña descendía abrupta y se deslizaba bajo el agua cálida— agarré bien mi bolsa y corrí con todas mis fuerzas.

Incluso después de que mis pies crujieran sobre el sendero de grava seguía teniendo miedo. Sabía que durante el día podría caminar sobre el puente sin miedo. Pero por la noche, en tierras desconocidas, con las oscuras montañas elevándose alrededor y las aguas de un ancho río verde corriendo por debajo, no podía evitar que mis manos temblaran y mi corazón se me saliera del pecho.

Encontré la casa con facilidad y me reí de mí mismo por haber corrido. La casa era la primera que uno encontraba después de cruzar la pasarela y aun pasándola de largo, Gretchen habría venido a buscarme. Estaba en los escalones del porche esperándome. Cuando oí su familiar voz llamándome me avergoncé de haberme asustado de las montañas y el ancho río.

Bajó corriendo el sendero de grava para recibirme.

—¿Te ha asustado la pasarela, Richard? —preguntó con excitación, agarrándome el brazo con ambas manos y llevándome a través del sendero hacia la casa.

—Pues creo que sí, Gretchen —dije—, pero espero haberlo superado.

—Todo el mundo corre la primera vez, pero después de cruzarlo una vez es como hacer equilibrismo. Cuando era pequeña solía hacer equilibrismo. ¿Tú no, Richard? Practicábamos sobre una cuerda que iba de lado a lado en el granero.

—Sí, lo hacía. Pero hace tanto tiempo que he olvidado cómo hacerlo.

Llegamos a los escalones y subimos al porche. Gretchen me llevó a la puerta. Dentro de la casa alguien estaba llevando una lámpara al recibidor y al acercarse la luz vi a las dos hermanas de Gretchen justo al otro lado de la puerta.

—Esta es mi hermana pequeña Anne —dijo Gretchen—. Y esta es Mary.

Me dirigí a ellas desde la semioscuridad y entonces pasamos al recibidor. El padre de Gretchen estaba de pie junto a una mesa y sostenía una lámpara a un lado para poder ver mi cara. Nunca antes nos habían presentado.

—Este es mi padre —dijo Gretchen—. Tenía miedo de que no encontraras nuestra casa en la oscuridad.

—Yo quería llevar una lámpara al puente e ir a por ti, pero Gretchen me ha dicho

que llegarías sin problemas. ¿Te has perdido? Hubiera podido bajar una lámpara sin ningún problema.

Nos dimos la mano y yo le dije que había encontrado el lugar muy fácilmente.

—El taxista me señaló la casa desde el otro lado del río y no he apartado la vista de la luz. Si hubiera perdido de vista la luz, probablemente estaría dando vueltas por otro sitio, en plena oscuridad y con seguridad a punto de caerme al río.

Se rio de mí por tener miedo del río.

—No te habría pasado nada. Las aguas son cálidas. Incluso durante el invierno, con todo el hielo y la nieve, el agua del río está caliente como una cómoda habitación. A todos los de aquí nos gusta el agua.

—No, Richard, no te habrías caído —dijo Gretchen poniendo su mano sobre la mía—. Te vi en cuanto bajaste del taxi y si hubieras dado un paso en la dirección equivocada yo habría ido corriendo a buscarte.

Quería darle las gracias a Gretchen por decirlo, pero ya estaba subiendo las escaleras al piso superior y me estaba llamando. Fui detrás de ella sujetando mi bolsa por delante. Al final del pasillo había una lámpara encendida al mínimo y Gretchen la tomó y entró en una de las habitaciones delanteras.

Estuvimos un rato mirándonos en silencio.

—Hay agua en la jarra, Richard. Si hay algo más que necesites, dímelo, por favor. He intentado no pasar nada por alto.

—No te preocupes, Gretchen —le dije—. No necesito nada más. Para mí es suficiente estar aquí contigo. No hay nada que me importe más.

Me miró rápidamente y luego bajó la mirada. Permanecimos en silencio unos minutos, sin que a ninguno se le ocurriera nada que decir. Yo quería que supiera lo contento que me sentía de estar con ella, incluso si era solo por una noche, pero sabía que se lo podría decir más tarde. Gretchen sabía a qué había venido.

—Te dejo la lámpara, Richard, y te espero abajo en el porche. Ven en cuanto estés listo.

Desapareció antes de que pudiera ofrecerle acompañarla con la lámpara hasta el principio de la escalera para que viera el camino. Para cuando tuve la lámpara en la mano ella ya había desaparecido de vista en el piso de abajo.

Caminé de vuelta al dormitorio y cerré la puerta. Me lavé la cara y las manos y me sacudí el polvo del tren con un cepillo y jabón. En el tendedero había varias toallas bordadas a mano y cogí una para secarme las manos y la cara. Después me peiné y cogí un pañuelo limpio de mi bolsa. Luego abrí la puerta y bajé en busca de Gretchen.

Su padre estaba con ella en el porche. Cuando crucé la puerta, él se levantó y colocó una silla entre ambos. Gretchen acercó su silla a la mía y tocó mi brazo con su mano.

—¿Es la primera vez que vienes a las montañas, Richard? —me preguntó el padre girándose hacia mí.

—Lo más cerca de aquí que he estado es a cien millas, señor. Todo aquí es diferente, pero supongo que usted pensaría lo mismo sobre la costa, ¿no?

—Ah, pero mi padre vivió en Norfolk —dijo Gretchen—. ¿No es así?

—Viví allí casi tres años.

Tenía algo más que decir y los dos esperamos a que prosiguiera.

—Mi padre es mecánico jefe —me susurró Gretchen—. Trabaja en los talleres ferroviarios.

—Sí —dijo al cabo de un rato—, he vivido en muchos lugares, pero aquí es donde quiero quedarme.

Mi primer pensamiento fue preguntarle si prefería las montañas a otros lugares, pero de pronto me di cuenta de que tanto él como Gretchen guardaban un extraño silencio. Yo estaba en medio de ambos, preguntándome acerca de ese silencio.

Al cabo de un rato él prosiguió. No se dirigió a mí ni a Gretchen, sino que habló como a una cuarta persona en el porche, que yo no hubiera visto en la oscuridad. Esperé, en tensión y excitado, a que siguiera hablando.

Gretchen acercó su silla a la mía. Sus movimientos eran ligeros y silenciosos. Una calidez subió desde el río y nos cubrió como una manta en la noche fresca.

—Después de que Gretchen y sus hermanas perdieran a su madre —habló, de manera casi inaudible, inclinándose sobre las rodillas y mirando al otro lado del ancho río verde—, después de que perdiéramos a su madre, regresé a vivir a las montañas. No podía quedarme en Norfolk y no podía soportar Baltimore. Este era el único rincón de la tierra donde podía hallar paz. Gretchen se acuerda de su madre, pero ninguno de vosotros puede todavía comprender lo que yo siento. Su madre y yo nacimos aquí, en las montañas, y aquí vivimos juntos durante casi veinte años. Luego, después de dejarnos, me mudé, pensando tontamente que podría olvidar. Pero estaba equivocado. Por supuesto, estaba equivocado. Un hombre no puede olvidar a la madre de sus hijos, incluso si sabe que nunca más la volverá a ver.

Gretchen se acercó a mí. Yo no podía apartar la vista de su perfil destacando en la oscuridad. El río que corría un poco más abajo no hacía ruido alguno, pero la calidez de su vapor no me dejaba olvidar su presencia.

El padre se inclinó aún más en la silla hasta que tuvo los brazos descansando sobre las rodillas. Parecía como si estuviera tratando de ver a alguien al otro lado del río, en lo alto de la montaña. Estaba forzando la vista. El rayo de luz procedente de la puerta abierta se reflejó y brilló en sus ojos. Las lágrimas le bajaban por la cara como fragmentos de estrellas y le caían ardiendo sobre las manos temblorosas hasta desaparecer.

Entonces, sin decir palabra, se levantó y cruzó la puerta. Su enorme sombra cayó encima de Gretchen y de mí cuando se detuvo unos momentos en el marco antes de entrar. Me giré y lo miré. Incluso después de desaparecer por la puerta continué sin apartar los ojos del lugar que había dejado.

Gretchen se había acercado más a mí y había metido sus dedos apretados en el

hueco de mi mano. Con sus mejillas me tocaba el hombro como si estuviera tratando de limpiar algo. El sonido de los pasos del padre se debilitó y finalmente dejamos de oírlo.

En algún lugar, más abajo, a lo largo de la orilla del río, pasó estruendoso un tren expreso, chirriando y chillando en medio de la noche. De vez en cuando las luces se abrían paso entre la oscuridad, bailoteando sobre el ancho río verde como si fueran las luces del norte, y el eco metálico de su acero retumbaba contra las altas paredes de las montañas.

Gretchen agarró firmemente con sus manos la mía. Le temblaban hasta la punta de los dedos.

—Richard, ¿por qué has venido a verme?

Su voz se mezcló con el agudo eco metálico del tren que ahora parecía muy lejano.

Había esperado hallarla mirándome a la cara, pero cuando me volví hacia ella la vi que estaba mirando hacia el valle, en dirección a las cálidas aguas del río. Ella sabía por qué había venido, pero no quería escucharme decírselo.

Ahora ya no sabía por qué había venido a verla. Gretchen me había gustado y la había deseado más que a nadie. Pero no podía decirle que la amaba después de haber escuchado a su padre hablar de amor. Ahora me arrepentía de haber venido, después de haberle oído hablar de la madre de Gretchen tal como había hecho. Sabía que Gretchen se me entregaría porque me amaba. Pero yo no tenía nada que ofrecerle. Ella era bella, muy bella y yo la había deseado. Pero eso había sido antes. Ahora sabía que nunca pensaría en ella como había creído que pensaba, como el amor de mi vida.

—¿Por qué has venido, Richard?

—¿Por qué?

—Sí, Richard, ¿por qué?

Cerré los ojos y lo que sentí fue el recuerdo de las luces titilando en el valle y la calidez del río que corría más abajo y la caricia de sus dedos tocándome el brazo.

—Richard, por favor, dime porqué has venido.

—Gretchen, no sé por qué he venido.

—Si me amaras como yo te amo, Richard, sabrías por qué.

Sus dedos temblaban en mi mano. Yo sabía que me amaba. No tenía ninguna duda. Gretchen me amaba.

—Quizás no debiera haber venido —dije—. He cometido un error, Gretchen. No debiera de haber venido.

—Pero solo estarás esta noche. Te vas mañana temprano. ¿No te arrepientes de haber venido por tan poco tiempo, Richard?

—No me arrepiento de estar aquí, Gretchen, pero no debiera haber venido. No sabía lo que hacía. No tenía ningún derecho de venir aquí. La gente que se ama es la única...

—Pero me amas un poco ¿no es así, Richard? Seguro que no me amas como te amo yo, ¿pero no puedes decirme que me amas un poquito? Así me sentiré más feliz cuando te hayas ido.

—No lo sé —dije temblando.

—Richard, por favor...

Sostuve sus manos fuertemente en las mías. De repente noté cómo me sobrevinía algo, algo que se me clavó en el cuerpo con rapidez. Era como si las palabras del padre de repente se me hicieran totalmente inteligibles. Nunca antes me había dado cuenta de que hubiera un amor como el que había descrito. Siempre había pensado que los hombres nunca aman a las mujeres de la misma manera que una mujer ama a un hombre. Pero ahora sabía que no había diferencia.

Estuvimos sentados durante mucho tiempo, yo sosteniéndole las manos. Había pasado la medianoche porque las luces en el valle se iban apagando. Pero el tiempo no importaba.

Gretchen se aferraba a mí, me miraba a la cara y apoyaba su mejilla en mi hombro. Ella era totalmente mía, pero sabía que yo nunca podría obligarme a aprovecharme de su amor e irme sabiendo que no la había amado de la manera en que ella me amaba a mí. Antes de venir aquí nunca había creído en algo así. Había viajado toda esa distancia para tenerla en mis brazos durante unas horas y luego olvidarla, quizás para siempre.

Cuando llegó el momento de entrar en la casa me levanté y la rodeé con mis brazos. Ella tembló cuando la toqué, pero se aferró a mí tan fuerte como yo la sostenía. El martilleo de su corazón me clavó, latido a latido, como cuñas en expansión, las lanzas de sus pechos.

—Richard, bésame antes de irte —dijo.

Corrió hacia la puerta y la sostuvo abierta para mí. Cogió la lámpara de la mesa y subió delante de mí al piso superior.

Esperó junto a la puerta hasta que hube encendido su lámpara y ella me dio la mía.

—Buenas noches, Gretchen —dije.

—Buenas noches, Richard.

Bajé la mecha de su lámpara para que no humeara y luego ella cruzó el corredor hasta su habitación.

—Te despertaré a tiempo de coger el tren, Richard.

—Está bien, Gretchen. No dejes que me duerma. El tren sale a las siete y media.

—Te despertaré con tiempo de sobra, Richard —dijo.

Cerró la puerta detrás de sí y yo me volví y fui a mi dormitorio. Cerré la puerta y me empecé a quitar la ropa despacio. Después de apagar la lámpara y meterme en la cama me quedé despierto y en tensión. Sabía que no me dormiría y me senté en la cama. Fumé cigarrillo tras cigarrillo, exhalando el humo a través de la mosquitera de la ventana. La casa estaba en silencio. Creí oír ocasionalmente sonidos apagados en la

habitación de Gretchen, al otro lado del corredor. Pero no estaba seguro.

No puedo determinar cuánto tiempo estuve sentado al borde de la cama, tieso y derecho, pensando en Gretchen. De repente salté sobre mis pies. Abrí la puerta y crucé el corredor. La puerta de Gretchen estaba cerrada, pero sabía que la llave no estaría dada y giré el pomo suavemente. Un estrecho rayo de luz se coló por la abertura. No era necesario abrir más la puerta porque vi a Gretchen a tan solo unos pasos, casi al alcance de mi mano. Cerré los ojos durante un instante y pensé en ella como había pensado durante el viaje desde la costa.

Gretchen no me había oído abrir la puerta y no sabía que yo estaba allí. Su lámpara brillaba sobre la mesa.

No había esperado encontrármela despierta y pensaba que me la encontraría en la cama. Estaba arrodillada sobre la alfombra que había a un lado de la cama y tenía la cabeza inclinada entre los brazos. Su cuerpo se agitaba por los sollozos.

El cabello le caía por los hombros y lo tenía sujeto por arriba mediante un lazo azul pálido. Su camisión era blanco. El dobladillo y las mangas eran de encaje y alrededor del cuello el encaje se había abierto.

Supe lo bella que era cuando la vi entonces, a pesar de que siempre la había encontrado bonita. Nunca había visto una muchacha tan bella como Gretchen.

No me había visto en la puerta y seguía sin saber que yo estaba ahí. Estaba arrodillada junto a la cama y lloraba con las manos juntas.

Cuando abrí la puerta no sabía lo que iba a hacer. Pero ahora que la había visto en su habitación, arrodillada en oración junto a su cama sin saber que yo la estaba mirando y escuchando sus palabras y sollozos, supe que nunca nadie me importaría como me importaba ella. No lo supe hasta entonces, pero gracias a la revelación de unos pocos segundos supe que la amaba.

Cerré la puerta con suavidad y regresé a mi dormitorio. Encontré allí una silla y la coloqué junto a la ventana para esperar el amanecer. Me senté junto a la ventana y miré valle abajo, donde corría el cálido río. A medida que la vista se me acostumbraba a la oscuridad sentí como si estuviera cada vez más cerca del agua cálida, tan cerca que habría podido alargar el brazo y tocarla con mis manos.

Más avanzada la noche, casi por la mañana, creí oír a alguien moverse silenciosamente en la habitación de Gretchen como si se moviera de ventana a ventana. En un momento dado estuve seguro de oír a alguien en el recibidor, cerca de mi puerta.

Cuando el sol se levantó por encima de la montaña, me levanté y me vestí. Más tarde, oí que Gretchen salía de su dormitorio y bajaba las escaleras. Sabía que se estaba dando prisa para prepararme el desayuno antes de que me fuera a coger el tren. Esperé y al cabo de un cuarto de hora la oí subir las escaleras. Golpeó suavemente la puerta, llamándome varias veces por mi nombre.

Abrí la puerta bruscamente y la miré. Estaba tan sorprendida de verme ahí, después de haber esperado encontrarme dormido en la cama, que por un momento no

supo qué decir.

—Gretchen —dije tomándole las manos—, no te des prisa en despedirme... No me marcharé esta mañana... No sé qué me pasó anoche... Ahora sé que te amo...

—Pero Richard, ayer noche dijiste...

—Ayer noche dije que me iría esta mañana temprano, Gretchen, pero no sabía lo que decía. No me iré hasta que tú vengas conmigo. Te lo explicaré en cuanto termines el desayuno. Pero antes que nada quiero que me muestres cómo bajar al río. He de bajar allá enseguida y tocar el agua con las manos.

## LA MULATA

Nell estaba junto a la ventana de la cocina preparando una cesta de huevos. Dispuso con cuidado once huevos blancos, colocando cáscaras de semilla de algodón debajo y entre cada huevo para que no se rompieran. El último que iba a colocar en la cesta era grande y rubio y estaba un poco manchado. Lo sumergió en un recipiente con agua caliente y jabón y lo secó con un trapo de cocina limpio. Incluso así no se sintió satisfecha de su aspecto porque era un huevo rubio. Todos los demás huevos de la cesta eran blancos como cápsulas de algodón en el mes de septiembre.

Detrás de ella, en la cocina, Myrtie estaba fregando con un trapo pasado por arena dos sartenes en agua jabonosa. Nell dejó el huevo rubio y llamó a Myrtie.

—Myrtie, tenemos otro de esos huevos rubios grandes —dijo señalando el huevo—. ¿Tienes idea de dónde vienen? ¿Has visto alguna gallina rara en el patio? Debe de haber una gallina viajera que se dedica a poner en el gallinero.

Myrtie dejó la sartén y se acercó a la pequeña mesa junto a la ventana. Cogió el huevo grande y rubio y lo miró. El huevo ya no parecía rubio. Nell volvió a mirar el huevo y se preguntó por qué en manos de Myrtie el huevo había cambiado de color.

—¿De dónde vienen estos huevos rubios, Myrtie? —preguntó—. Había uno la semana pasada y hoy hay otro. Estaba en la cesta que trajo el señor Willis del gallinero. Pero dice que no recuerda de qué nido lo cogió.

Myrtie dio la vuelta al huevo, calculó su peso y midió su enorme circunferencia con los dedos.

—A mí no me pregunte, señorita Nell —dijo Myrtie mientras miraba el huevo—. Siempre he visto que las gallinas Leghorn ponen al menos un par de huevos rubios. No se puede evitar.

—¿Qué quieres decir, Myrtie? ¿De qué diablos hablas? Las Leghorn ponen huevos blancos, y este huevo es rubio.

—No estoy diciendo que los pongan o no, señorita Nell. A veces esas Buff Orpington, o las Plymouth Rock o las Dominique también ponen huevos raros. Yo no perdería el tiempo tratando de descubrir quién puso un mísero huevo rubio. Nunca he conocido a nadie, blanco o negro, que supiera por qué suceden estas cosas. Pero yo no me preocuparía, señorita Nell. Para mi gusto, los huevos rubios son tan buenos como los blancos.

Nell dio la espalda a Myrtie y se puso a mirar por la ventana hasta que la muchacha se fue a la otra punta de la cocina. A Nell no le gustaba hablar con Myrtie porque Myrtie hacía ver que no sabía nada. Incluso si había algo que supiera, siempre evitaba dar una respuesta directa. Myrtie empezaba a hablar sobre cualquier cosa, pero nunca respondía directamente una pregunta si podía evitarlo. Nell siempre la perdonaba. Sabía que Myrtie no lo hacía a propósito.

Mientras la muchacha fregaba las sartenes, Nell volvió a coger el huevo y lo miró detenidamente. La señora Farrington tenía unos pollos Dominique y de su gallinero

salían huevos de tamaños, formas y colores diversos. Pero la señora Farrington había dicho que eso era de esperar, porque tenía dos gallos viejos de raza desconocida. Nell le había explicado a la señora Farrington que algunas de sus Dominique eran de raza mixta y que en consecuencia producían huevos de tamaños, formas y colores diversos. Pero la señora Farrington continuaba dando la culpa de todo a sus gallos porque, según decía, eran una mezcla de todas las razas.

Nell sumergió de nuevo el huevo rubio en el recipiente lleno de agua y lo secó con otro trapo de cocina limpio, pero el huevo siguió rubio como al principio. Para entonces ya estaba limpio, pero el agua y el jabón no habían alterado ni el tamaño ni el color. Era un huevo rubio y rubio seguiría siendo. Nell se dio finalmente por vencida. Se percató de que nunca podría cambiar el color. Si hubiera tenido un huevo blanco lo habría colocado en la cesta en su lugar y el rubio lo habría descartado. Pero solo tenía una docena de huevos, contando el rubio, y quería tener un número par para poder canjearlos por guisantes cuando fuera a casa de la señora Farrington.

Antes de colocar el huevo en la cesta junto a los otros, miró por la ventana para ver dónde estaba Willis. Se hallaba en la puerta del granero desgranando mazorcas de maíz rojo sobre un viejo balde de madera.

—Voy a casa de la señora Farrington para canjear estos huevos por guisantes —le dijo a Myrtie—. No dejes que el fuego se apague y pon agua a hervir. Volveré dentro de un rato.

Se dio la vuelta y miró a Myrtie.

—Hoy puedes hacer puré de patatas, Myrtie. Al señor Willis le gustan las patatas preparadas de esta manera.

—¿Va a llevarse ese huevo, señorita Nell? —preguntó Myrtie mirando la cesta con los once huevos blancos.

—Claro —dijo—. ¿Por qué lo preguntas?

—A la señora Farrington le sorprenderá ver uno rubio entre todos esos huevos blancos, ¿no cree, señorita Nell?

—¿Y qué pasa si lo ve? —preguntó Nell con impaciencia.

—Nada, señorita Nell —dijo Myrtie—. Pero quizás quiera saber de dónde viene. Ella sabe que tenemos gallinas Leghorn y quizás piense que lo puso una de sus Dominique.

—No puedo evitarlo —dijo Nell dándose la vuelta—. Además, debería vigilar que sus gallinas no se escapen y pongan huevos en los gallineros de los demás.

—Es verdad, señorita Nell —dijo Myrtie—. Es lo que debería hacer. Debería vigilar que sus gallinas no se escapen.

A Nell le molestaron los comentarios de la muchacha. No era asunto de Myrtie. Estaba empezando a comportarse de manera impertinente y a olvidar que era una sirvienta. Nell salió de la cocina determinada a dirigirse a Myrtie más fríamente cuando regresara. No podía dejar que una cocinera de color le dijera lo que debía hacer o no.

Willis estaba sentado junto a la puerta del granero desgranando las mazorcas de maíz rojo. Levantó la mirada cuando Nell bajó los escalones. Dejó de desgranar las mazorcas para sacarse las cáscaras blancas que se le habían pegado a los ojos.

—Voy a ver a la señora Farrington y canjear una cesta de huevos por guisantes, Willis —dijo ella—. No tardaré.

—Quizás hoy no quiera hacer un trueque —dijo Willis. Dejó de desgranar y la miró a través de la nube de cáscaras que volaba a su alrededor—. ¿Cómo sabes que hoy querrá huevos a cambio de guisantes, Nell?

—No seas tonto, Willis —dijo ella sonriéndole—, ¿por qué no iba a querer huevos a cambio?

—Quizás se pregunte de dónde viene ese huevo rubio grande —dijo él riendo—. Quizás piense que sea un huevo que puso una de sus gallinas.

Nell se detuvo, pero no se dio la vuelta. Esperó, mirando hacia la casa.

—Eres tan malo como Myrtie, Willis.

—¿Por qué?

En cuanto él abrió la boca ella se dio la vuelta y lo miró. Él se había inclinado para coger una mazorca de maíz.

—No quise decir eso, Willis. Por favor, olvida lo que he dicho. No quería decirlo.

—¿Decir qué?

—Nada —dijo ella, aliviada—. No era nada. Ya he olvidado el qué. Adiós.

—Adiós —dijo él, mirándola asombrado.

Nell se dio la vuelta y salió rápidamente del patio. Dobló la esquina de la casa hacia la carretera. La casa Farrington estaba a media milla de distancia, pero si tomaba el sendero a través del campo de algodón se ahorrraba doscientas o trescientas yardas. Cruzó la carretera y entró en el campo. Caminó por el sendero con cuidado, llevando en su brazo la cesta de huevos.

A mitad de camino Nell se dio la vuelta y miró atrás para ver si Willis seguía sentado junto a la puerta del granero desgranando maíz. No sabía por qué se había detenido y mirado atrás. A pesar de no verlo junto a la puerta ni en ningún otro sitio, prosiguió su camino hacia la casa de los Farrington sin pensar en Willis.

La señora Farrington estaba sentada en el porche trasero pelando nabos cuando Nell dobló la esquina de la casa y cruzó el patio. Al lado de la mecedora, la señora Farrington tenía un cubo lleno de nabos. A su alrededor yacían desperdigadas las largas pieles, rizadas como pieles de manzana que uno tira por encima del hombro. Nell subió los escalones corriendo y cogió la piel más larga que encontró. Cogió la piel incluso antes de dirigirse a la señora Farrington.

—¡Por el amor de Dios, Nell! —dijo la señora Farrington—, ¿por qué tiras esas pieles de nabo por encima del hombro? ¿Acaso ese inútil de tu esposo ya no te quiere?

Nell soltó la piel aunque la volvió a recoger del suelo y la empezó a romper a pedacitos pequeños que tiró dentro del cubo. Se sonrojó y se sentó en la silla que

había junto a la señora Farrington.

—Claro que me quiere —dijo Nell—. Supongo que hice esto tantas veces cuando era niña que sigo teniendo la costumbre.

—Lo que quieres decir es que todavía no te has hecho adulta, Nell —dijo la mujer riendo para sí—. Yo también era así, pero, gracias a Dios, eso no dura para siempre, muchacha.

Las dos se rieron y apartaron las miradas. A lo lejos, sobre el campo de algodón flotaba cercana al suelo una nube de polvo blanco. El señor Farrington y los hombres de color estaban plantando el algodón y la tierra estaba tan seca que cuando las herraduras de las pezuñas de las mulas y los pies de los sembradores pisaban el suelo se levantaba polvo. No había viento alguno que se llevara el polvo, así que se quedaba flotando encima de los hombres y las mulas, tapándolos.

—Quizás tú y Willis siempre sigáis así —dijo—. Parece que seguís enamorados. Siempre que se quede en casa, donde debe, y no se vaya por ahí por la noche... Esa es una señal segura de que no está interesado en otra mujer. Pero una no se puede fiar que los hombres se queden en casa por la noche. Cuando menos te lo esperas, se largan.

Nell se incorporó en su asiento, asustada por lo que la señora Farrington había dicho, aterrorizada por la franqueza de sus comentarios.

—Por supuesto, Willis nunca haría algo así —dijo ella con seguridad—. Sé que no lo haría. Willis nunca haría algo así. Es imposible, señora Farrington.

La señora Farrington miró a Nell y luego volvió a dirigir la mirada al campo de algodón, donde los hombres estaban sembrando. La nube de polvo blanco seguía a los hombres y las mulas, cubriéndolos.

—Parece que los hombres siempre acaban diciendo que están obligados a ir a Macon por algún asunto, incluso a Atlanta —dijo ella ignorando a Nell—. Luego viene la época en que dicen que tienen que ir al pueblo por la noche. Siempre tienen que ir al pueblo por la noche.

Varias gallinas Dominique salieron de debajo del porche y se detuvieron en medio del patio para arañar la arena blanca. Arañaban con desgana. Arañaban como si no supieran qué más hacer. Inclínaban sus largos cuellos y miraban los garabatos que habían hecho con las garras y luego se alejaban sin rumbo, ni sorprendidas ni enfadadas por no haber desenterrado un gusano para comer. Una de ellas empezó a cantar al calor, abriendo las alas hasta que las puntas tocaron la arena. Las otras gallinas no le prestaron atención y se alejaron sin interesarse por la triste música.

—Tiene unas gallinas hermosas, señora Farrington —dijo Nell mirando cómo se paseaban las Dominique por el patio y se sentaban a la sombra en los polvorientos agujeros, como si fueran nidos.

—No son más que Dominiques —dijo—. No son una raza demasiado buena, pero ponen algún huevo que otro de vez en cuando.

Nell bajó la mirada a la cesta de huevos que tenía en el regazo y tapó el huevo

rubio con la mano. Miró rápidamente a la señora Farrington para ver si se había dado cuenta de lo que había hecho.

—¿Qué tal ponen tus Leghorn, Nell? —preguntó.

—Muy bien. Willis recogió dieciséis huevos ayer.

—Mis Dominique parece que están descansando. Ayer solo recogí dos huevos y eso no es suficiente para un hombre hambriento y un patio lleno de negros. Justo ayer decíamos que en un día o dos traerías huevos. Y aquí estás. No nos habría ido mejor con media hora de oraciones.

—He pensado que quizás me podría dar algunos guisantes para cenar —dijo Nell levantando la cesta y dejándola en el suelo—. A Willis le gustan los guisantes en esta época del año y nuestras plantas aún no han empezado a dar fruto.

—Puedes coger todos los que quieras —dijo la señora Farrington—. Entra en la cocina, Nell. En la mesa grande encontrarás una cesta enorme. Coge la cantidad que creas que tú y Willis querréis. Tenemos más cantidad de la que necesitamos. ¡Por Dios! Si mañana tendremos otra cesta llena...

Nell entró en la cocina y puso los once huevos de las Leghorn y el huevo rubio en una olla. Llenó la cesta de guisantes y salió de nuevo al porche cerrando la puerta mosquitera sin hacer ruido.

—Siéntate, Nell —dijo la señora Farrington—, y explícame alguna cosa. Es que me paso el día aquí sentada y nunca me entero de nada.

—Pues no me he enterado de nada nuevo —dijo Nell.

—¿Qué está haciendo Willis últimamente?

—Está preparándose para sembrar el maíz. Cuando me fui estaba desgranando las mazorcas. Esta tarde ya podrá empezar a plantar. Ayer se rompió la sembradora y tuvo que pedir que le enviaran de Macon una cadena nueva. Debería de llegar por correo hoy.

—¿Myrtie todavía te ayuda en la casa?

—Sí, Myrtie todavía me ayuda.

Las gallinas que estaban sentadas en los agujeros a la sombra del sicomoro se levantaron y sacudieron violentamente las alas para limpiarse el polvo de las plumas. Estiraron una pata y luego la otra y volvieron a sacudir las alas. Una de ellas abrió las patas y las dobló como si fuera a ponerse en cuclillas. Pero lo que hizo fue arañar la arena blanca cinco o seis veces rápidamente. Las otras gallinas permanecieron de pie y la miraron mientras esta alargaba su cuello y miraba las marcas que había dejado en el suelo. Entonces se limpió el pico en las patas igual que uno afila un cuchillo, se dio la vuelta y cruzó el patio balanceándose hasta desaparecer. Las otras gallinas la siguieron, cloqueando.

—¿No podrías encontrar a una mujer negra para que te ayudara en la casa? —preguntó la señora Farrington.

—¿Una mujer negra? —dijo Nell—. Pero si Myrtie es de color.

—Sí, es de color —dijo la señora Farrington—, pero Nell, no es negra, es mulata.

—Pero eso no es malo ¿verdad? —preguntó Nell—. Myrtie es mulata y es una cocinera bastante buena. No sé dónde podría encontrar una cocinera mejor por lo que pago.

—Supongo que yo preferiría tener una muchacha negra que fuera mala cocinera que una mulata que fuera la mejor cocinera del país.

Nell miró rápidamente a la señora Farrington, pero ella estaba mirando hacia el otro lado.

Se hizo un largo silencio hasta que finalmente Nell pensó que tenía que saber a lo que se refería la señora Farrington.

De repente apareció una de las gallinas Dominique en el escalón inferior. Subió saltando hasta el porche, un escalón tras otro. Cuando alcanzó el último, la señora Farrington dijo: —¡Fuera, fuera! —La gallina salió volando hacia el patio y regresó bajo el porche.

—No querrá decir...

La señora Farrington empezó a mecerse lentamente, hacia delante y hacia atrás. Miró distraídamente al campo donde su esposo estaba sembrando el algodón con los hombres de color.

—No querrá decir que Willis y...

Uno de los gallos se pavoneó por el patio. Primero miró las gallinas de debajo del porche y luego a las dos mujeres y se detuvo en medio del patio para fijar la mirada en la señora Farrington y Nell. Se quedó ahí sacudiendo el cuello de lado a lado, escuchando los chirridos de la mecedora de la señora Farrington, con la cresta color escarlata que le pendía hacia un lado tapándole el ojo izquierdo. Al cabo de un rato prosiguió su camino a través del patio y desapareció detrás del cobertizo de ahumar.

—¡Señora Farrington, Willis nunca haría una cosa así! —dijo Nell indignada.

—¿Como qué? —preguntó la señora Farrington—. Por Dios santo, Nell, no he dicho que fuera a hacer nada.

—Sé que no lo ha dicho, señora Farrington, pero he pensado que lo había dicho. No he podido evitar pensar que lo había dicho.

—Eso es distinto —respondió aliviada—. No quisiera que fueras por ahí diciéndole a Willis que yo he dicho eso. Los hombres no entienden lo que piensan las mujeres y cuando les explican lo que una mujer ha dicho sobre ellos, a veces pierden los estribos de mala manera.

Nell se levantó y permaneció de pie junto a la silla. Le habría gustado bajar los escalones corriendo y desaparecer por el sendero que llevaba a su casa sin perder un segundo. Pero sabía que no podía saltar y dejar a la señora Farrington tal cual, después de lo que había dicho. Tendría que hacer ver que no tenía prisa por llegar a casa.

—¿No irás a irte tan pronto, Nell? Pero si hace apenas unos minutos que has llegado.

—Lo sé —dijo—, pero se hace tarde y tengo que volver a casa a preparar estos

guisantes para el almuerzo. Volveré a visitarla pronto.

Bajó despreocupada los escalones. La señora Farrington se levantó y la siguió por el patio. Cuando llegaron al principio del sendero que cruzaba el campo de algodón, la señora Farrington se detuvo. Nunca iba más allá de este punto.

—He de darme prisa y pelar estos guisantes a tiempo para el almuerzo —dijo Nell caminando de espaldas—. Volveré en unos días, señora Farrington. Gracias por los guisantes. Hace semanas que le apetecen a Willis.

—Es un canje justo por los huevos de las Leghorn —dijo riendo—. Porque si hay algo que prefiera a los huevos de las gallinas Leghorn, no sé lo que es. Los huevos rubios de mis viejas Dominique me cansan y a veces deseo no volver a ver ninguno nunca más. Quizás un día de estos te pida una puesta para que la incuben mis gallinas.

—Adiós —dijo Nell alejándose más y más. Finalmente se dio la vuelta y caminó unos pasos—. Pronto le traeré otra cesta, señora Farrington.

Tenía la sensación de que nunca iría a llegar a casa a pesar de estar a tan solo media milla de distancia. No podía correr porque la señora Farrington estaba en el patio mirándola y no podía caminar despacio porque quería llegar a casa lo antes posible. Caminó con los ojos clavados en el sendero, obligándose a no mirar hacia la casa. Sabía que si levantaba la vista y la miraba no sería capaz de no ponerse a correr. Si lo hacía, la señora Farrington la vería.

Hasta que no llegó al final del camino no fue capaz de darse la vuelta para mirar. La señora Farrington ya no estaba en el patio y Nell cruzó corriendo la carretera y rodeó la parte trasera de la casa.

No podía ver a Willis. Primero lo buscó en el granero donde esperaba encontrarlo. Pero no estaba ahí y la puerta del granero estaba cerrada con llave. Miró en el establo, pero tampoco estaba ahí. Al mirar apresuradamente por los campos tampoco pudo verlo.

Se detuvo en el escalón inferior del porche trasero. No se oía un solo ruido en la casa, ni siquiera el sonido de los pasos de Myrtie. El lugar parecía enteramente desierto y sin embargo sabía que no podía ser, porque apenas media hora antes, cuando fue a casa de la señora Farrington para canjear los huevos, Willis había estado sentado junto a la puerta del granero desgranando maíz y Myrtie había estado en la cocina fregando dos sartenes.

Las manos de Nell buscaron la barandilla de los escalones del porche. Las manos no la encontraron y los ojos no le dejaban verla.

El recuerdo de la señora Farrington regresaba a ella una y otra vez. La señora Farrington, sentada en el porche, hablando. La señora Farrington, sentada en la mecedora, mirando. La señora Farrington, pelando nabos de color morado, hablando de mulatas.

Nell se sintió enferma. Se sintió como si estuviera aquejada por una enfermedad que le exprimía el centro de su cuerpo. En lo más profundo de su ser, Nell estaba

enferma de muerte. Un dolor empezó a perforar su cráneo hacia abajo hasta que llegó y se detuvo en su estómago. Ahí se quedó, royendo y mordiendo, comiendo los órganos de su cuerpo y bebiendo su sangre. Se hundió sin fuerzas e indefensa en los escalones del porche. Aunque no sabía dónde se encontraba, seguía viendo a la señora Farrington en su mecedora, mirándola. La señora Farrington, pelando nabos de color morado, hablando de mulatas.

Nell no sabía cuánto tiempo había ya pasado cuando abrió los ojos. El día era del color del maíz rojo que Willis había estado desgranando cuando lo vio por última vez sentado junto a la puerta del granero, y flotaba en un mar tan ancho que casi lloró de miedo al verlo. Poco a poco recordó cómo había llegado allí. Se levantó sin fuerzas, agarrándose a la baranda.

Subió los escalones a trompicones y cruzó el porche. Abrió la puerta mosquitera y entró en la cocina. Myrtie estaba junto a la mesa aplastando las patatas con un tenedor de siete puntas. Myrtie miró a Nell cuando esta entró corriendo, pero no tuvo tiempo de decirle nada. Nell cruzó corriendo el comedor y se dirigió a la sala. Myrtie puso cara de sorpresa al verla correr.

Nell se detuvo un instante junto a la puerta, mirando a Willis, la habitación, el diván, el suelo, las alfombras, la puerta abierta que llevaba a su dormitorio. Se quedó mirando todo lo que podía ver. Miró los cojines en el diván, las alfombras en el suelo, las sillas contra la pared, la colcha de su cama. Recordando, miró la alfombra de su dormitorio. Willis estaba sentado enfrente de ella leyendo el *Macon Telegraph* que acababa de llegar con el correo y estaba fumando tranquilamente su pipa. Echó otra ojeada al diván, a los cojines dispuestos encima, y la alfombra que había delante. Entró corriendo en el dormitorio y pasó las manos por la colcha de la cama. Cogió los almohadones, los tocó y los volvió a colocar en su sitio. Salió de nuevo a la otra habitación, donde estaba Willis.

Este la miró.

Nell corrió y se arrodilló frente a él. Forzó su cuerpo entre las piernas de Willis y lo rodeó con sus brazos. Apretó su ardiente cara contra las frías mejillas de su esposo y cerró los ojos. Se apretó contra él con todas sus fuerzas.

—¿Te ha hecho un canje la señora Farrington? —preguntó—. Apuesto algo a que hizo un comentario sobre ese huevo rubio en medio de un cesto lleno de huevos de gallinas Leghorn.

Nell notó como su cuerpo temblaba convulsamente, como si tuviera escalofríos. Sabía que no tenía ningún control sobre sí misma.

—Mira —dijo Willis apartando el *Telegraph*, levantándole la cabeza y mirándola a la cara—. Sé de dónde vino el huevo rubio. Ya me acuerdo. Una de las gallinas Dominique de la señora Farrington estuvo aquí por la mañana. La vi arañando el suelo del patio y actuaba como si no le importara atrapar o no un gusano. Arañaba el suelo y luego se iba sin ni siquiera mirar si había logrado sacar un gusano.

Nell notó que volvía a temblar, pero no intentó controlarse. No le importaba

cuánto temblara, lo único que quería era quedarse ahí, con los brazos rodeando a Willis. Mientras estuviera así, tendría a Willis. En el momento en que se levantara y saliera de la habitación, ya nunca más estaría segura.

## EL VENDEDOR DE REMEDIOS

Nadie en Rawley creía que Effie Henderson fuera nunca a encontrar un hombre que quisiera casarse con ella, e incluso ella había perdido la esperanza. Pero eso era antes de que el vendedor de remedios llegara al pueblo.

El profesor Eaton era un hombre alto, delgado, con los pantalones cosidos por diversas partes y un aparatoso cuello de celuloide. Puede que fuera diez años mayor que Effie, o puede que fuera diez años menor. Era tan difícil juzgar su edad como determinar por su acento de qué zona del país provenía.

Llegó a Rawley una polvorienta mañana de mediados de agosto para vender el tónico de raíz india. El tónico de raíz india era un curalotodo brillante con sabor de regaliz que venía en una elaborada botella verde. Rodeaba la botella una etiqueta negra y blanca en la cual destacaba la reproducción fotográfica del tamaño de un sello que ilustraba a un hombre fornido exhibiendo su pecho, sus músculos hinchados y sus pantalones de luchador. El profesor Eaton declaró —y retó a quien quisiera a negar su afirmación— que este tónico de raíz india curaba cualquier enfermedad que pudiera padecer un hombre y bastantes que únicamente padecían las mujeres.

Effie Henderson fue la primera persona en darle un dólar a cambio de una botella y la primera en regresar a por una segunda.

El puesto que había abierto el profesor Eaton estaba en el asiento trasero de su automóvil salpicado de barro. Había pagado al alcalde con diez billetes de dólar para obtener un permiso para comerciar en Rawley y había aparcado el vehículo en medio de un solar vacío lleno de mala hierba que estaba situado detrás de la estación. Vendía su medicina por encima del asiento trasero de su automóvil. Sacaba las botellas verdes de una caja que tenía a sus pies tan pronto los clientes llegaban y soltaban sus dólares.

La noche de su llegada se reunió un gran gentío en el solar, pero había solo unos pocos escuchando su discurso cuando Effie regresó por la mañana a por otra botella. La mayoría de los asistentes eran negros que no llevaban un duro encima, pero a los que los vapores alcohólicos que se percibían alrededor del vehículo atrajeron al solar. Estaban dispuestos a dejarse convencer de las bondades de los maravillosos poderes curativos del tónico de raíz india. Cuando se acercó Effie, los negros se apartaron y se quedaron en la distancia observando cómo el profesor Eaton se preparaba para realizar otra venta.

Effie se acercó al coche descapotado donde estaba el profesor Eaton y dejó un dólar tan arrugado y flácido que parecía una estopilla mojada.

—He tenido que regresar esta mañana a por otra botella —dijo Effie sonriendo al profesor Eaton—. La que tomé ayer noche me hizo sentirme mejor que en toda mi vida. No hay medicina igual en todo el país y calculo que las he probado todas.

—Discúlpeme, señora —dijo el profesor Eaton—. Existen cientos de preparados en el mercado, pero solo existe un tónico de raíz india. Me haría un gran favor si

llamara a mi remedio para todo por su verdadero nombre registrado. El tónico de raíz india es el nombre de la única cura para enfermedades de todo tipo. Funciona especialmente bien en mujeres maduras, señora.

—No debería llamarme señora, profesor Eaton —dijo Effie bajando la mirada—. Soy tan solo una joven insensata y todavía no estoy casada.

El profesor Eaton se secó el sudor de su labio superior y miró a Effie.

—Qué extremadamente estúpido por mi parte, joven dama —dijo—. Cualquiera puede ver al observar su lozana cara que es usted tan solo una jovencita. El tónico de raíz india es especialmente bueno para las jóvenes damiselas.

Effie se dio la vuelta para ver si los negros estaban lo suficientemente cerca como para oír lo que el profesor Eaton había dicho. Esperaba que algunas de las mujeres que vivían en su calle pasaran por la esquina a tiempo de oír hablar al profesor Eaton de esa forma acerca de ella.

—No me gusta hablar sobre mí misma, pero ¿no cree que soy quizás demasiado joven para casarme, profesor Eaton?

—Apreciada joven —prosiguió después de volver a encender el puro que se le había apagado—, el tónico de raíz india está especialmente indicado para jóvenes solteras. Es el mayor descubrimiento de la ciencia médica desde los inicios de la humanidad. Obtuve la fórmula de esta fabulosa medicina de un viejo jefe indio en persona, en el gran y glorioso oeste. Y me vi obligado a prometerle de rodillas que dedicaría el resto de mi vida a viajar por esta gran nación nuestra ofreciendo el tónico de raíz india a hombres y mujeres como usted, que serían pobres inválidos sin ella.

Tuvo que hacer una pausa para recuperar el aliento. Entonces miró por encima del techo doblado y por primera vez se vio cara a cara con Effie. La noche anterior, bajo el resplandor de la antorcha de gasolina, cuando el solar estaba lleno de gente empujando y dando codazos para llegar al puesto antes de que se acabara la oferta especial de lanzamiento, no había tenido tiempo de mirar a ninguna de las personas que se le acercaron a darle un dólar a cambio de una botella. Pero ahora, cuando vio a Effie, se inclinó hacia delante para mirarla fijamente.

—Profesor Eaton —dijo Effie—, ¡qué hombre tan maravilloso! Y pensar que está realizando un trabajo tan fantástico en todo el mundo...

El profesor Eaton continuó mirando a Effie fijamente. Era tan bonita como cualquier otra muchacha, no superaba la treintena, y cuando se arreglaba —tal como había hecho durante casi dos horas antes de salir de casa— normalmente todos los que pasaban por la ciudad la miraban y preguntaban a los tenderos de quién se trataba.

Al cabo de un rato el profesor Eaton bajó de un salto de la parte trasera del coche y lo rodeó para acercarse adonde estaba ella. Volvió a encender el cigarro e inspeccionó a Effie de cerca.

—Sabe, profesor Eaton, no debería hablar así conmigo —dijo apartando la vista—. En realidad no me conoce lo suficiente para llamarme «apreciada joven». Esta es

la primera vez que estamos juntos, a solas, y...

—¡Vaya! Una bella muchacha como usted no debería poner objeción alguna a mi honesta admiración —dijo mirándola de arriba abajo y arrugando la boca cuando ella tiró de su blusa—. Rara es la vez que disfruto de la oportunidad de ver a una damisela tan encantadora, así que he debido de haber perdido durante un instante todo el sentido de la discreción. Pero ahora que ya nos conocemos, estoy seguro de que ya no pondrá objeciones a mi más devota admiración. ¿No es así?

—Vaya, profesor Eaton —dijo Effie excitada—, ¿de verdad cree que soy bonita? Tantos hombres me lo han dicho que estoy acostumbrada a oírlo con frecuencia. Pero usted es el primer hombre que lo dice de manera tan emocionante.

Ella trató de dar un paso atrás, pero la parte trasera del automóvil se lo impidió. El profesor Eaton dio un paso hacia ella y ya no tuvo escapatoria. A ella no le habría importado si no hubiera estado ansiosa por disponer de un momento para mirarse la blusa. Sabía que debía de haber algo que no estaba bien. Seguramente algo se le habría escurrido por debajo porque el profesor Eaton no apartaba los ojos de su pecho desde que había bajado del vehículo y se había puesto a su lado. Entonces se preguntó si no debía de haberse limitado un poco cuando se vistió por la mañana y se puso la ropa interior de los domingos.

—Querida jovencita, no tengo duda alguna respecto a su belleza. De hecho, opino que es usted la joven más atractiva que he tenido la fortuna de encontrar en mis viajes por este gran país nuestro, de costa a costa, desde los grandes lagos hasta el golfo.

—Hace que me sienta joven e insensata, profesor Eaton —dijo Effie alisándose la blusa a la altura del pecho—. Hace que me sienta como...

El profesor Eaton se dio la vuelta de manera abrupta y alargó el brazo hacia el asiento trasero del automóvil para coger una botella de tónico de raíz india. Arrancó el tapón de corcho con los dientes y, sin perder más tiempo, se la dio a Effie.

—Tómese esta botella a mi salud, apreciada joven —dijo—. Bébasela y vea cómo la hará sentirse aún mejor.

Effie cogió la botella de color verde y miró la ilustración del fuerte joven en pantalones de luchador.

—Ayer por la noche me bebí toda la botella que había comprado —dijo—. La bebí antes de irme a dormir y me hizo sentirme tan bien que no me pude dormir. Tuve que levantarme e ir a sentarme al porche trasero y canté durante un rato.

—Nunca ha habido nada tan benéfico...

—¿Qué dolencia en concreto cura esta medicina, profesor Eaton?

—El tónico de raíz india es bueno para cualquier dolencia. De hecho, como mero acondicionador es insuperable. Y luego, por otro lado, no existe afección conocida por la ciencia médica que este tónico haya sido incapaz de aliviar... no haya sido capaz de aliviar.

Effie levantó la botella y se bebió de un trago las ocho onzas de brillante líquido de sabor de regaliz. Los negros que rodeaban el coche observaron con anhelo

mientras los vapores alcohólicos se dispersaron por el solar. Effie devolvió la botella vacía al profesor Eaton no sin antes echar una ojeada a la ilustración de la etiqueta.

—Profesor Eaton —dijo acercándosele—, ya me siento mejor. Me siento como si fuera a elevarme y salir volando.

—Quizás, si me permite...

—¿Qué, profesor, qué?

Sacudió la ceniza del puro con la punta de su meñique.

—Quizás me permita acompañarla a su casa —dijo—. Es casi la hora del almuerzo y estaba a punto de cerrar el puesto hasta la tarde. Así que, si me lo permite, será un placer llevarla a su casa en mi automóvil. Simplemente dígame cómo llegar y nos vamos enseguida.

—Habla de una manera tan romántica, profesor Eaton —dijo Effie tocando su brazo con la mano—. Hace que me sienta como una joven insensata.

—Entonces ¿me permite que la lleve a su casa?

—Por supuesto.

—Pase por aquí, por favor —dijo él mientras abría la puerta y la agarraba con fuerza por el brazo.

Cuando se hubieron sentado en el asiento delantero, Effie se giró y miró al profesor Eaton.

—Seguramente ha tenido cientos de asuntos amorosos con jóvenes como yo por todo el país.

—Al contrario —dijo al poner en marcha el motor—, esta es la primera vez que he considerado detenidamente a alguien de su sexo. Verá, me dedico fielmente a la promoción, distribución y venta del tónico de raíz india. Pero esta vez, por supuesto, voy a dejar voluntariamente las obligaciones del negocio. De hecho, considero su presencia en mi automóvil un verdadero honor. A menudo he deseado que yo...

—¿Soy la primera joven... la primera mujer que ha cortejado nunca?

—Por supuesto —dijo—. Por supuesto.

El profesor Eaton salió del solar vacío y condujo el coche por la calle hacia la casa de Effie. Vivía a tan solo dos manzanas de distancia y durante el tiempo que tardaron en llegar ninguno de ellos habló. Effie estaba ocupada mirando afuera para ver si la gente la veía ir en coche con el profesor Eaton. Él estaba concentrado en gobernar su vehículo a través de la profunda arena blanca de la calle. Cuando llegaron, Effie le dijo que aparcara el coche delante de la verja para que pudieran bajar del automóvil e ir directamente hacia la casa.

Descendieron y Effie lo condujo a través de la puerta principal a la sala. Levantó unas pulgadas uno de los estores y sacudió el polvo de uno de los sofás.

El profesor Eaton se quedó en medio de la sala, mirando incómodo la pequeña abertura por debajo del estor y escuchando con intensidad otros ruidos en la casa.

—Siéntese en el sofá, a mi lado —dijo Effie—. Sé que con usted en casa estaré segura, profesor Eaton.

Effie cerró los ojos y se permitió el placer de sentirse aterrorizada por el profesor Eaton. Era una sensación incluso mejor que la que tuvo después de beberse la botella entera de tónico la noche anterior, antes de meterse en la cama.

—¿Es este el hogar de sus ancestros? —preguntó.

—No hablemos de nada más que de usted... y de mí —dijo Effie—. ¿No le gustaría hablar de nosotros?

El profesor Eaton empezó a sentirse más a gusto ahora que era evidente que estaban solos en la casa.

—Quizás —dijo el profesor Eaton acercándose a Effie y volviendo a dirigir la mirada a su blusa—, quizás me permita diagnosticar su dolencia. Verá, soy muy versado en la ciencia médica y le puedo decir cuántas botellas de tónico de raíz india debería tomar en su caso concreto. Naturalmente, algunas personas han de tomar más que otras.

Effie miró por la ventana durante un segundo, y luego se volvió hacia el profesor Eaton.

—No tendré que...

—Oh no... —dijo—, eso no será necesario, aunque usted puede hacer lo que prefiera. Simplemente puedo...

—¿Está seguro que es correcto, profesor Eaton?

—Por supuesto —dijo—, por supuesto.

Effie se alisó la camisa con las manos y adelantó los hombros. El profesor Eaton se inclinó hacia ella y le cogió la mano.

Le sostuvo la mano durante unos segundos, tomándole el pulso, y luego la soltó para apoyar su oído contra el pecho de ella y escuchar los latidos. Mientras escuchaba, Effie se recolocó unos cabellos que le habían caído por las sienes.

—Quizás —dijo levantando momentáneamente la cabeza—, quizás si usted...

—Por supuesto, profesor Eaton —dijo Effie excitada.

El profesor Eaton se acercó más a Effie cuando esta terminó de desabrocharse nerviosamente su blusa y apretó la cabeza contra sus pechos. Los latidos sacudieron sus tímpanos.

Al cabo de un rato el profesor Eaton se sentó y se aflojó el nudo de la corbata y se secó el sudor del labio superior con el dorso de la mano. En la habitación hacía calor y con la puerta cerrada no circulaba el aire.

—Quizás ya le he dicho...

—Oh, no. No me lo ha dicho —dijo ella ansiosa, con las manos fuertemente cogidas y la mirada baja, conteniendo la respiración—. Por favor, dígamelo.

—Quizás —dijo, mientras con el dedo tocaba el bordado de su blusa—, quizás desearía saber que el tónico de raíz india es el único de su clase óptimo para la salud en general. Y además de sus propiedades curativas generales, el tónico posee las virtudes que las mujeres necesitan durante la etapa media y final de sus vidas. En otras palabras, imparte la fuerza vital a las glándulas que más necesitan de nueva

vitalidad. Estoy seguro de que cuando usted descubra por sí misma el maravilloso poder de rejuvenecimiento que posee el tónico de raíz india, nunca más estará en casa sin él. De hecho, puedo decir sin temor alguno a contradecirme que...

Effie puso la blusa a un lado.

—¿Quiere que me...?

—Oh, sí, por supuesto —replicó apresuradamente—. Ahora, como iba diciendo...

—¿Esto también, profesor Eaton? ¿Esto también?

El profesor alargó el brazo y la pellizó levemente. Ella se rio tontamente y se pasó las manos por el pecho como si estuviera alisándose la camisa.

—¿Supongo que no lleva otra botella de tónico en el bolsillo, profesor Eaton?

—Me temo que no —dijo—, pero justo en el coche tengo varias cajas. Si me lo permite, saldré y...

—¡Oh, no! —gritó Effie agarrándolo de los brazos y tirando de él para que no se apartara de su lado—. Profesor Eaton, no me abandone ahora.

—Muy bien —dijo sentándose de nuevo a su lado—. Y ahora, como iba diciendo, los poderes sobrenaturales del tónico de raíz india...

—Profesor Eaton, ¿quiere que me saque todo esto...? ¿... así?

—Por supuesto —dijo—. El tónico de raíz india nunca ha fallado, mientras que tantos...

—¿No quiere que me deje nada...?

—Por supuesto que no. Al ser un doctor en ciencias médicas, además de muchas otras actividades, necesito libertad absoluta. Ahora bien, si usted siente que no puede ponerse totalmente en mis manos, quizás sea mejor que...

—¡Por favor, no se vaya! —gritó Effie tirando de él para que volviera al sofá—. Ya sabe que tengo completa confianza en usted. Sé que usted no...

—¿No qué...? —preguntó mirándola de nuevo.

—¡Profesor Eaton! Tan solo soy una muchacha.

—Bien —dijo él—, si está preparada para ponerse totalmente en mis manos, procederé con el diagnóstico. De otro modo...

—Solo estaba bromeando, profesor Eaton —dijo Effie apretándole la mano—. Por supuesto que confío en usted. Es usted tan fuerte y sé que no se aprovecharía de una débil muchacha como yo. Si supiera que no iba a cuidar de mí, probablemente saldría huyendo.

—Por supuesto —dijo—. Ahora, si continúa sacándose...

—Solo queda esto, profesor Eaton —dijo Effie—. ¿Está seguro que es correcto?

—Por supuesto.

—Pero es que me siento tan... desnuda, profesor Eaton.

—Es natural sentirse así —le dijo reconfortándola—. Una joven muchacha que nunca ha experimentado...

—¿Experimentado el qué...?

—Bien, como iba diciendo...

—Me siento un poco rara, profesor Eaton. ¿Está seguro que...?

—Por supuesto —dijo—. Por supuesto.

—Nunca me he sentido así antes. Es como...

—Póngase enteramente en mis manos, querida jovencita, y le prometo que nada...

Sin previo aviso la puerta de la sala se abrió y el hermano de Effie, Burke, entró. Burke era el jefe de policía del pueblo.

—¿Effie, está listo el almuerzo? —preguntó Burke, de pie en el umbral y tratando de acostumbrar los ojos a la penumbra de la sala—. Ya casi son las doce y cuarto y...

Burke se detuvo en medio de la frase y miró fijamente a Effie y al profesor Eaton. Effie dio un grito y apartó al profesor de un empujón. Él se levantó y se quedó de pie entre Effie y el sofá, mirando primero a Burke y luego a Effie. No sabía qué hacer. Effie cogió la ropa que había tirado a un lado. El profesor Eaton se inclinó y cogió algo y se lo tiró.

De repente al profesor le pareció que en la habitación había más luz que en pleno día.

—¡Vaya, vaya! —dijo Burke acercándose lentamente. La pistolera le colgaba de la cadera izquierda y se balanceaba a cada paso que daba—. ¡Vaya, vaya!

El profesor Eaton cambió el peso de un pie al otro. Estaba entre Effie y su hermano, y no había manera de cambiar su posición en la sala. Deseaba alejarse el máximo posible de Effie. Esperaba no tener que mirarla hasta que se hubiera vestido.

Burke se acercó y apartó al profesor. Miró a Effie y al vendedor de remedios, pero no dio ninguna pista sobre sus intenciones.

El profesor Eaton volvió a pasar el peso de un pie al otro. La mano de Burke cayó encima de la pistolera. Los dedos tocaban la culata de nácar.

Effie se sujetó la ropa con un imperdible y pasó corriendo entre Burke y el profesor Eaton. No estaba completamente vestida, pero sí totalmente tapada.

—¿Qué vas a hacer, Burke? —gritó.

—Todo depende de lo que vaya a hacer el profesor —dijo Burke tocando la culata de nácar de la pistola—. ¿Qué va a hacer el profesor?

—El profesor Eaton y yo nos vamos a casar, Burke —dijo ella—. ¿No es así, profesor Eaton?

—No tenía intención de anunciar nuestro compromiso y futura boda en este momento —dijo—, pero dado que vamos a casarnos en breve, el hermano de Effie debería ser sin duda el primero en conocer nuestras intenciones.

—Gracias por decírmelo, profesor —dijo Burke—. Mejor que sea muy en breve.

Effie corrió hacia el profesor Eaton y le rodeó el cuello con los brazos.

—¿De verdad, profesor Eaton? Soy tan feliz que no sé lo que hacer. ¿Pero por qué no me dijo antes que quería casarse conmigo? ¿Me lo dice de verdad, profesor Eaton?

—Claro que lo dice de verdad —dijo Burke.

—Soy la muchacha más feliz de todo Rawley —gritó Effie apretando la cara

contra el cuello de celuloide del profesor Eaton—. Ha sido tan inesperado. Nunca soñé que me fuera a suceder tan pronto.

Burke retrocedió con la mano todavía en la culata que salía de la pistolera de piel de vaca. Retrocedió y cogió el auricular del teléfono que colgaba de la pared. Llamó a la oficina central.

—Hola Janie —dijo al micrófono—. Llama al reverendo Edwards de mi parte, por favor. De inmediato.

Burke se apoyó contra la pared sin perder de vista a Effie y al profesor Eaton mientras Janie, de la oficina central, llamaba al reverendo Edwards.

—¡Pensar que me voy a casar con un vendedor de remedios! —dijo Effie—. Todas las muchachas del pueblo van a tener tanta envidia que no me hablarán durante un mes.

—Por supuesto —dijo el profesor Eaton apretándose el nudo de la corbata y ajustándola en el cuello de celuloide—. Por supuesto. El tónico de raíz india tiene poderes ilimitados. Es sin duda la maravilla médica y científica de su época. Se conoce que el tónico de raíz india produce los resultados más extraordinarios de los anales de la historia de la medicina.

Effie se sujetó unos cabellos que le habían caído en la frente y miró con orgullo al profesor Eaton.

## UN ASNO ENTROMETIDO

Hod Sheppard estaba en la cocina tomando el desayuno cuando oyó que lo llamaba uno de los muchachos de color. Antes de poder levantarse e ir a mirar por la ventana a ver lo que pasaba llegó Daisy corriendo procedente del cobertizo y con cara de estar muy asustada.

—¡Hod! ¡Hod! —le gritó—. ¿Lo has oído?

Él se la quitó de encima y se levantó de la mesa. Daisy cayó al suelo y se cogió a las piernas de él con todas sus fuerzas.

—¿Oír el qué? —respondió—. Lo que he oído es a uno de esos negros llamarme a gritos. Es todo lo que he oído. ¿Qué te pasa Daisy?

Justo entonces, Sam, el muchacho de color, volvió a llamar a Hod más fuerte que nunca. Hod y Daisy corrieron a la puerta trasera y dirigieron la mirada a los campos. Lo único que vieron allá fue la juncia amarilla y el roble negro de hojas secas.

—¿Qué es todo este escándalo y todo este barullo? —dijo Hod mirando a Daisy.

—He oído algo, Hod —dijo ella temblando.

—¿Has oído el qué? ¿Qué has oído?

—No sé lo que era, pero algo he oído.

—¿Cómo sonaba? ¿Como el viento...?

—Parecía... parecía como si alguien me llamara, Hod.

—¿Cómo si alguien te llamara?

Ella asintió con la cabeza al tiempo que se agarraba a él con fuerza.

—¿Quién te llama? Si me encuentro a alguien por aquí que te llame lo mato. Será mejor que no dejes que vea a nadie rondándote. Lo mataré tan rápido...

Sam dobló la esquina de la casa a toda prisa. La bata de trabajo sobre el pantalón le volaba por detrás y su pelo rizado saltaba como una caja llena de pequeños muelles. Sus ojos se habían vuelto blancos.

—Eh, Sam, ¿qué te pasa? —le gritó Hod—. Deja de correr y ven aquí.

—Sam también lo ha oído —dijo Daisy de pie al lado de Hod y temblando como si fuera a desmoronarse—. Sam está escapando.

—¿Qué ha oído...? ¿... a quién? ¿Qué diablos te pasa, Daisy?

Daisy se agarró a Hod con más fuerza mientras miraba más allá del campo de juncia amarilla. Hod la apartó y se dirigió al patio trasero. Apenas hacía un minuto que había llegado cuando oyó cada vez más cerca el sonido de los pies de Sam pisando el duro suelo de arena blanca. Al cabo de un segundo Sam dobló la esquina de la casa corriendo velozmente. Sus ojos estaban completamente blancos y parecía como si su pelo hubiera crecido varias pulgadas desde la última vez que Hod lo vio.

Hod alargó el brazo y pudo coger el pantalón de Sam. Hubo un sonido de tela rasgándose y cuando Hod miró tenía en la mano un pedazo de los pantalones de Sam. Antes de que Hod pudiera decirle que se detuviera y regresara Sam ya había desaparecido.

—Algo ha asustado a ese negro —dijo Hod mirando a Daisy en el umbral.

—Sam lo ha oído —dijo Daisy temblando.

Hod corrió hacia Daisy y le puso ambas manos sobre los hombros y la sacudió violentamente.

—¿A quién ha oído? —le gritó—. Si no me dices quién está por aquí llamándote te estrangularé. ¿Quién está por aquí llamándote? Si le cojo lo mato...

—¡Hod! Me estás ahogando —gritó Daisy—. ¡Suéltame! No sé quién era... ¡Te lo juro por Dios, no sé quién era!

Hod la soltó y salió corriendo al patio. Sam había dado la vuelta y ahora corría hacia la carretera en dirección al aserradero, a una milla de distancia. Allí estaba el pueblo de Folger. Dos tiendas, la oficina de correos, el aserradero y el banco se abrasaban día tras día en un óvalo de barro cocido y arena. Sam ya estaba a mitad de camino.

—¡Dios mío! —gritó Daisy—. ¡Ahí está, Hod!

La mujer corrió a la cocina y cerró la puerta de un golpe y con llave.

Detrás del establo, Amos Whittle, el padre de Sam, apareció cruzando el campo de juncias amarillas, pasando junto al roble negro. Corría tan rápido que sus pies volaban y parecían las paletas de un molino de agua. En las manos sostenía el extremo de una cuerda que tiraba con toda su fuerza el asno más grande, más feo y más espantoso que Hod había visto en su vida. El asno trotaba por la juncia lanzando a Amos de un lado a otro como si fuera la punta de un látigo.

—¡Señor Hod, póngale la brida! —gritó Amos—. Por favor, señor, póngale la brida.

Hod se quedó mirando a Amos y al asno mientras pasaban por su lado. Se dio la vuelta y los miró con la boca abierta mientras daban una gran vuelta sobre el campo de juncias y regresaban de vuelta a la casa y el establo.

—¡Señor Hod, póngale la brida! —gritó Amos—. Por favor, señor, póngale la brida.

Hod cogió un collar para mulas y se lo pasó por la cabeza al animal. El asno se paró en seco tensando las patas delanteras y arrastrando las traseras por la dura arena blanca. El animal paró tan de repente que Amos se encontró metido entre las dos patas traseras.

Hod se dirigió hacia ellos y procedió a ayudar a Amos, aunque este ya se había levantado antes de que hubiera peligro de que recibiera una coza.

—¿De dónde has sacado este asno, Amos? —dijo Hod.

—No sé de dónde lo he sacado, pero lo que sé es que desearía no haberlo visto jamás. Durante toda la noche he tratado de retenerlo, señor Hod. No he pegado ojo y mi vieja se ha ido adonde los arbustos son más altos. Ella y mis hijas lo oyeron y pensaron que era qué se yo, porque salieron gritando asustadas por el ruido que metía el animal.

El asno se dirigió lentamente a la puerta del establo y empezó a comer unos

pedazos de mazorca que Hod había dejado entre los pesebres y las cuadras. Tenía una oreja erguida y la otra le caía plana por el cuello. Era el asno más espantoso que jamás había pisado ese lugar. Hod nunca había visto nunca nada parecido.

—Sácalo de aquí, Amos —dijo Hod—. No quiero ningún asno por aquí.

—Señor Hod —dijo Amos—, me encantaría llevarlo a algún sitio donde nunca más tuviera que verlo. Me encantaría complacerlo, señor Hod. Pero es el asno más difícil que he visto nunca.

—¿De dónde lo has sacado, Amos? ¿Y qué vas a hacer con él?

Amos miró a Hod, pero solo unos instantes. No apartaba la vista del animal.

—Ayer lo canjeé por mi viejo reloj. Señor Hod, este asno no vale nada. En cualquier caso, no sé para qué sirven los asnos.

—Te doy cincuenta céntimos por él —le dijo Hod.

—¿De verdad? —gritó Amos—. ¡Dios mío! Señor Hod, deme. Le aseguro que me alegro de deshacerme de este asno. Ha hecho enloquecer a mi esposa y mis hijas, y no sé qué más es capaz de hacer. Si me da cincuenta céntimos por él le estaré muy agradecido, señor Hod. No quiero tener nada que ver con este asno.

—Yo tampoco lo quiero por aquí —dijo Hod y se giró hacia la ventana de la cocina—, pero estoy pensando en hacer algo de dinero con él. ¿Cuántos años tiene este asno, Amos?

—El hombre me dijo que tenía tres años, pero no sé la forma de saber la edad de un asno y no quiero saberlo.

—Me parece que tiene tres o cuatro años. Te lo compro, Amos. Creo que puedo hacer bastante dinero con este asno. Últimamente no sé qué otra forma hay de hacer dinero. No parece que pueda hacerlo salir del suelo...

—Claro, claro, señor Hod. Quédese el asno. Quédese. No quiero tener nada que ver con él. Ahora me gustaría recuperar mi reloj, pero supongo que ya se debe de haber parado. Tenía tres años y tampoco daba la hora exacta. Me alegro mucho de poder sacar algo de este asno, señor Hod.

Hod contó cincuenta céntimos en monedas de cinco y diez céntimos y le dio el dinero a Amos.

—Ahora me has de ayudar a ponerle el ronzal, Amos —le dijo Hod—. Coge una buena cuerda. Las del arado no servirían.

—No sé si podrá ponerle el ronzal, señor Hod. No me parece que esté acostumbrado a eso. Si no le importa, señor Hod, me voy a casa. Tengo que cortar leña para la cocina y he de...

—Espera un minuto —dijo Hod—. Voy a buscar cuerda. Tú entra en la casa y despierta a Shaw. Está en la cama dormido. Entra y dile que salga a ayudarnos a ponerle el ronzal al asno. No está bien que duerma toda la mañana. Estoy harto de verle dormir. Cuando viene a casa debería salir y ayudar un poco.

Shaw era el hermano de Hod que hacía siete u ocho días que había venido de permiso de la marina. En uno o dos días tenía que volver a su barco que estaba en el

puerto de Norfolk. Shaw era dos años menor que Hod y solo unos pocos años mayor que Daisy. Daisy tenía diecinueve años.

—Me encantaría complacerle, señor Hod —dijo Amos—, pero la última vez que me envió a despertar al señor Shaw este saltó de la cama y por poco me arranca la cabeza. Me dijo que nunca más lo despertara, señor Hod. Será mejor que vaya usted y lo despierte.

Hod se agachó y recogió un pedazo de leña para la cocina. Se fue hacia Amos blandiendo el pedazo de madera.

—He dicho que entres en la casa y lo despiertes —le repitió Amos—. Será mejor que ese marinero deje de venir aquí para quedarse la mitad del día en la cama y pasarse el resto explicándole cuentos a Daisy.

Amos abrió la puerta de la cocina y entró en la casa. Hod fue al establo donde el asno comía tranquilamente las mazorcas rojas junto a la puerta.

Cuando Hod llegó a la verja, el asno levantó la cabeza y lo miró. Tenía dos o tres mazorcas en la boca y dejó de mascar los granos de maíz. Una de las orejas del animal estaba plana sobre su cabeza y cuello, y la otra estaba levantada, tiesa como el cuerno de una vaca. Las orejas del asno tenían catorce o dieciséis pulgadas de largo y eran rígidas como huesos.

Hod soltó el pedazo de madera y caminó hacia la puerta abierta para buscar una cuerda. Pensó que podría ponerle el ronzal al asno él solo.

Apenas había dado unos pasos en dirección al establo cuando varias tablas de madera empezaron a salir disparadas de un lado de la construcción. La yegua que había en una de las cuadras estaba dando coces como el retroceso de una escopeta. Una tras otra, las tablas salieron disparadas, la yegua relinchó y el asno se quedó tan ancho escuchando los golpes de los cascos del caballo contra las tablas de pino.

Cuando Hod vio lo que le estaba pasando a su establo corrió hacia el asno y agitando los brazos trató de dirigirlo hacia el lado del edificio.

—¡Arre! ¡Arre! —le gritó al asno.

Mientras la yegua notara la presencia del asno, nada podía hacer para evitar que pateara los tablones del establo desde dentro. Hod saltó hacia el asno agitando los brazos y chillándole.

—¡Arre! ¡Arre!

Continuó moviendo los brazos para asustarlo, pero el asno simplemente se dio la vuelta y miró a Hod con una oreja gacha y la otra levantada.

—¡Arre! ¡Espantoso hijo de puta! ¡Arre!

Hod se dio la vuelta hacia la casa para ver si venían Shaw y Amos. Justo entonces vio a Amos saltar por la ventana.

—¡Eh! ¡Amos! —gritó Hod—. ¿Dónde está Shaw?

—El señor Shaw dice que no se va a levantar hasta que le apetezca. El señor Shaw me ha echado maldiciones y me ha hecho saltar por la ventana.

El asno empezó a piafar. Terrones de tierra dura y estiércol salieron volando en

todas direcciones por detrás de él. Hod volvió a gritar al animal.

—¡Arre! ¡Arre! ¡Bastardo!

El asno se detuvo y se giró para mirar a Amos, que estaba en el otro lado de la cerca.

—Señor Hod —dijo Amos—, si no le importa, me gustaría hablar con usted.

Hod gritó a la vez al asno y a Amos.

—Señor Hod —dijo Amos—, si no voy ahora mismo a casa y corto la leña para la cocina, mi familia y yo no podremos almorzar.

—¡Vuelve aquí! —gritó Hod.

Amos se acercó a la puerta, pero no llegó más lejos.

De repente el asno levantó la cabeza y rebuznó. Sonó como si alguien hubiera tocado una trompeta directamente junto a la oreja.

El rebuzno apenas se había extinguido cuando la yegua empezó a golpear los tablones con los dos cascos traseros y las maderas empezaron a volar del lateral del establo más rápidamente de lo que Hod habría tardado en contarlas. Hod se dio la vuelta para ver qué hacía Amos, y más allá, en la ventana, vio a Daisy. Tenía el aspecto de haber perdido totalmente el juicio.

El asno volvió a rebuznar, más fuerte que nunca, y luego pasó dando brincos por el portón del establo. Hod le lanzó la cuerda, pero erró el tiro. El asno ya había pasado el portón y había rodeado la casa antes de que Hod le pudiera pegar un grito. Amos permanecía quieto, como si sus piernas fueran los postes de una valla enterrados a cuatro pies de profundidad.

El asno se detuvo junto a la ventana abierta del dormitorio, giró la cabeza hacia la casa y rebuznó como si estuviera llamando a todas las yeguas del lugar. Daisy corrió hacia la ventana y miró afuera. Cuando vio al asno a tan poca distancia de ella chilló y cayó de espaldas al suelo.

—¡Ponle la brida, Amos! ¡Pónsela! —gritó Hod corriendo hacia el asno.

Más que nunca Amos sintió que sus pies eran como postes de una valla. Temblaba como una planta rodadora, pero sus pies y piernas estaban rígidos como si se hallaran metidos en cemento.

—¡Dónde diablos está ese maldito marinero! —gritó Hod—. ¡Por qué diablos no se ha levantado y me está ayudando! ¡Si tuviera un minuto me iría con un pedazo de leña y le rompería todos los huesos de la cabeza! ¡Ese hijo de puta viene aquí de permiso una vez al año y se queda en la cama todo el día y por la noche se va detrás de mujeres! ¡Si ese marinero hijo de puta vuelve por aquí lo mataré!

—¡Por ahí va su asno, señor Hod! —dijo Amos.

Daisy volvió a sacar la cabeza por la ventana. Buscaba al asno y no miró a Hod. Estaba ahí de pie, con las manos tirando de su vestido y cada segundo que pasaba tenía un aspecto más aterrorizado. Desapareció tan rápido como había aparecido.

—Ven aquí, negro bastardo —dijo Hod—, vamos a por él. Debería coger un palo y romperte el cuello por haberme traído a este maldito asno. Ha hecho que la yegua

me destroce el establo y Daisy está actuando como una loca.

Cruzaron el campo de juncias en busca del asno, que no dejaba de brincar. Ahora iba en dirección a Folger, a una milla de distancia.

—Si llego a poner las manos encima de ese asno le retorceré el cuello hasta que parezca un sacacorchos —dijo Hod jadeando, corriendo y saltando por encima de las hierbas—. Una mujer no está a salvo cerca de un marinero ni de un asno, y aquí estoy corriendo tras uno y dejando a otro en la casa.

Al poco rato perdieron de vista al asno. La bestia había empezado a rodear el pueblo y ahora se dirigía hacia las vías del tren, detrás de la hilera de cabañas donde vivían los negros. Pronto lo volvieron a ver porque el asno se había detenido en un prado donde pacían unos caballos.

A cien yardas de las cabañas tuvieron que descender un terraplén. Justo cuando subían por el otro lado apareció de la nada, delante de ellos, una niña negra. Estaba entre las hierbas e iba desnuda como Dios la trajo al mundo.

Hod se detuvo y la miró.

—¿Has visto un asno? —le dijo.

—Lo he visto y me ha rebuznado en la cara. He pegado un salto y he empezado a correr. No me puedo estar quieta cuando oigo rebuznar a un asno.

Hod se puso en camino pero se detuvo y regresó a ver a la niña.

—Ponte la ropa —dijo—. Alguien te violará si vas por el campo así, tan cerca del pueblo.

—Jefe blanco —dijo ella—, no sería difícil violarme. He oído rebuznar a ese asno...

Hod se dio la vuelta y miró a Amos. Este caminaba en círculos con las manos en los bolsillos.

—Vamos —dijo Hod atravesando el campo de juncias—. Vamos a atrapar a ese asno, Amos.

Se dirigieron hacia el pasto donde se había detenido el asno. Cuando este los vio venir, se dio la vuelta y salió disparado hacia las vías del tren. Avanzó por donde se desvían los trenes hacia Folger. Hod atajó para interceptarle el paso y Amos estaba justo detrás para ayudarlo.

A esa hora del día había muy pocos hombres en el pueblo. Algunos tenderos estaban sentados sobre cajas de Coca Cola a la sombra de unos robles. Varios hombres tallaban pino blanco y masticaban tabaco. El banco estaba abierto y RB, el cajero, estaba en la puerta mirando hacia las vías del tren y la carretera polvorienta. En el aserradero las sierras gemían hora tras hora.

El asno aflojó el paso y fue a parar al solar que había detrás del banco de ladrillo donde se amarraban los caballos. Cuando Hod vio que el asno se había parado, dejó de correr y trató de recuperar el aliento. Tanto él como Amos estaban jadeando y sudando. El sol de pleno agosto brillaba justo encima del óvalo de barro cocido donde estaba situado el pueblo y no se movía de ahí hasta el atardecer.

Hod y Amos se sentaron a la sombra del almacén y se abanicaron con los sombreros. El asno permanecía tranquilo detrás del banco y sacudía la cola para apartar las moscas.

—Devuélveme mis cincuenta céntimos, Amos —dijo Hod—. Te puedes quedar tu maldito asno. No lo quiero.

—No puedo hacer eso, señor Hod —rogó Amos—. Hemos hecho la transacción y ahora no la podemos romper. Tendrá que quedarse ese asno. Ahora es suyo. Si quiere deshacerse de él tendrá que vendérselo a alguien. Yo no quiero ese asno. Preferiría volver a tener mi viejo reloj. Ojalá no hubiera visto a ese asno en mi vida. No lo necesito.

Hod no dijo nada. Miró hacia el banco de ladrillo y vio a RB mirar hacia las vías, en dirección a las tiendas donde los hombres estaban sentados sobre cajas de Coca Cola puestas del revés, a la sombra de los robles.

—Quédate aquí y espera —dijo Hod levantándose—. Acaba de ocurrírseme algo. Quédate aquí y no le quites los ojos a ese asno hasta que vuelva.

—No tardará demasiado, ¿no, señor Hod? No me importa vigilar a ese animal por usted, pero de verdad que no me apetece demasiado hacerlo. No le gusto y él no me gusta a mí. Es la criatura más fea que ha habido jamás por este lugar.

—Quédate aquí hasta que vuelva —dijo Hod mientras cruzaba las vías y se dirigía hacia el banco de ladrillo.

RB vio a Hod, entró en el banco y se puso detrás de la caja.

Hod entró, se sacó el sombrero y apoyó el brazo en la pequeña repisa que había enfrente de la caja.

—Hola RB —dijo—. ¿Hace calor, no?

—¿Quieres hacer un ingreso, pedir un préstamo?

Hod se abanicó con el sombrero y escupió en la escupidera.

—¿Has fallado? —preguntó RB tratando de ver a través de la reja.

—No —dijo Hod.

RB escupió en su propia escupidera, que tenía a los pies.

—¿Qué puedo hacer por ti? —dijo.

—Te lo voy a decir, RB —dijo Hod—. Mira. Tienes todo este dinero en el banco y aquí dentro no hace nada. Yo tengo todo mi dinero en ganado. No hay más que una respuesta a tu pregunta.

—¿Cuándo has adquirido ganado, Hod? —preguntó—. No sabía que tuvieras nada más que una vieja yegua y una mula gris.

—Hoy he hecho un trueque —dijo Hod—, y ahora justo cuando tengo todo mi dinero metido en ganado me encuentro a un hombre que me metería en un negocio de madera. Necesito cincuenta dólares para arreglar mi participación. Ahora no vale la pena dedicarse al cultivo, RB. Por eso me he metido en ganado y madera.

—¿Cuántas cabezas de ganado tienes?

—Bueno, tengo esa yegua, Ida, allá en mi granja, pero a ella no la cuento. Y

tengo esa vieja mula.

—¿Qué más tienes?

—Esta mañana he adquirido un semental de categoría, RB. Y he metido todo mi efectivo en la compra.

—¿Un toro?

—No exactamente un toro, RB.

—¿Entonces, de qué se trata?

—Un asno, RB.

—¡Un asno!

—Exacto.

—¿Quién diablos quiere un asno, Hod? ¡No te puedo prestar dinero del banco poniendo a un asno como garantía!

—Tú estás en el negocio de los préstamos, RB, y yo tengo un animal que hipotecar. ¿Qué más quieres? Yo pongo mi asno y tú pones tu dinero. Esto son negocios, RB. Son buenos negocios.

—Sí, pero supón que tengo que ejecutar el préstamo. Entonces tendría un asno y quizás no podría encontrar comprador. Escasea la gente que compra asnos, Hod. No recuerdo haber visto jamás a un comprador.

—Cualquiera te daría cien dólares por un asno de categoría. RB. Si supieras tanto de cultivos y ganado como sabes sobre banca, lo reconocerías sin tener que explicártelo yo.

—¿Qué aspecto tiene un asno?

—Un asno no es demasiado atractivo, RB, pero eso no es lo importante. Cuando un asno rebuzna...

RB salió corriendo de detrás de la caja y cogió a Hod por el brazo. Estaba tan excitado que temblaba.

—¿Es eso lo que oí anoche, Hod?

—¿El qué?

—¿Oí rebuznar a un asno?

—No me sorprendería. Amos lo tuvo haciendo ejercicio ayer noche y dijo que estuvo rebuznando todo el rato.

—Ven aquí —dijo RB todavía temblando—. Te voy a dar el préstamo y aceptaré una hipoteca sobre ese asno. Quiero meter mano en este asunto. Si te hago el préstamo, ¿me dejarás llevarme el asno a casa y quedármelo durante una semana, Hod?

—Pues claro, RB. Puedes quedártelo todo el tiempo que quieras. ¿Pero por qué quieres un asno en tu casa? ¿No estarás criando mulas, verdad?

RB y Hod firmaron los papeles antes de que el primero respondiera. Contó los billetes de diez dólares y los puso en manos de Hod.

—Esto es entre tú y yo, Hod —le dijo—. Mi mujer y yo no nos hemos hablado durante más de un mes. Me prepara la comida, hace las tareas de la casa, pero ha

estado enfadada conmigo y no me ha hablado ni ha querido tener nada que ver conmigo. Pero ayer noche, poco después de medianoche, estábamos en la cama — ella lo más lejos que podía de mí sin llegar a caer al suelo— y de repente oí el grito más terrorífico que había oído en mi vida. Era ese asno rebuznando. Sé que era él, aunque entonces no lo supe. Ese asno debía de estar en medio del campo y cuando rebuznó, pum, tenía a mi esposa encima de mí. Estaba asustada. Quizás pueda parecer una mentira después de todo lo que te he dicho de que no me hablaba durante un mes y dormía lo más alejada posible de mí sin llegar a caer al suelo. Pero es verdad. El asno solo tuvo que rebuznar una vez y ya tenía a mi mujer encima, abrazándome y pidiéndome que no la dejara sola. Esta mañana volvió a no hablarme y es por esto que quiero tener al asno en mi casa durante una semana o dos. Romperé esa racha de no hablarme ni tener nada que ver conmigo. Hod, necesito ese asno.

Hod cogió el dinero y salió del banco hacia el almacén donde estaba Amos.

—¿Dónde está el asno, Hod? —dijo RB corriendo detrás de él.

—Está detrás de tu banco —dijo Hod—. Puedes llevártelo cuando cierres esta noche.

Amos se levantó para ir a encontrarse con Hod.

—Vamos Amos —dijo Hod—. Nos vamos a casa.

Amos miró por encima del hombro al asno que estaba detrás del banco. Lo miró hasta que lo perdió de vista. De camino a casa atravesaron el campo y rodearon el terraplén.

Cuando llegaron al patio delantero Hod vio a Sam sentado debajo del árbol santo. Sam se levantó y se apoyó contra el tronco.

—¿Qué estás haciendo aquí? —Hod le preguntó—. ¿Qué estás haciendo por aquí? Ve a casa, Sam.

Sam dio un paso adelante y dos atrás.

—La señora Daisy me ha pedido que le diga algo —dijo Sam, mordiéndose la lengua.

—¿Qué ha dicho?

—Señor Hod, la señora Daisy y el señor Shaw se han marchado mientras usted estaba persiguiendo ese asno. El señor Shaw ha dicho que se llevaba a la señora Daisy a la base naval y la señora Daisy ha dicho que se iba y que no volvería nunca más.

Hod se dirigió al porche delantero y se sentó a la sombra. Dejó colgar las piernas por el borde, con los pies casi tocando el suelo.

Amos cruzó el patio y se sentó en los escalones. Miró a Hod unos minutos antes de decir nada.

—Señor Hod —dijo, mordiéndose la lengua incluso más de lo que había hecho su hijo antes—, supongo que será mejor que vuelva a Folger a recuperar su asno. Parece que ese asno tiene una forma poderosa de asustar a las mujeres y será mejor que lo recupere para hacer que una vuelva en esta dirección.

## QUEMA DE HIERBA

Nadie con un poco de juicio habría prendido fuego a un campo de heno durante la última semana de abril. Desde el deshielo de marzo no había llovido y los prados estaban secos como una carretera polvorienta en pleno verano. Los granjeros que necesitaban quemar sus prados estaban esperando que cayera una buena lluvia que empapara bien el suelo antes de empezar la quema de primavera.

En los últimos treinta años, Carl Abbott había adquirido la costumbre de quemar sus campos la última semana de abril y dijo que a estas alturas de su vida no iba a dejar que su cosecha de heno se arruinara por culpa de los frambuesos o los brotes de abedules. La gente del pueblo creyó que volvía a hablar solo, para hacerse oír, y que tendría el sentido común suficiente como para no quemar la hierba seca hasta que hubiera llovido. De todas formas Carl siempre estaba repitiendo que nunca abandonaba sus costumbres y la gente no le prestaba demasiada atención.

Entrada la tarde Carl se preparó para quemar el campo situado al norte de su granja. Llevaba consigo dos cubos de agua y una escoba, y con ellos subió la carretera que llevaba al campo.

Al llegar a la verja vio que Jake Thompson se acercaba por la carretera. Carl trató de pasar la verja y esconderse detrás del muro de piedra antes de que Jake lo viera, pero no fue lo suficientemente rápido por culpa de los dos cubos de agua y de su pata de palo.

—¡Hola! —le llamó Jake mientras fustigaba su caballo—. ¿Qué te propones hacer en ese campo de heno?

Carl esperó a que Jake llegara hasta la abertura que había en el muro. Dejó los cubos en el suelo y se apoyó en el mango de la escoba.

—Estoy aquí, mirándote —respondió Carl—. Pero ya me he cansado, así que me largo y voy a quemar mi campo de heno.

—¡Maldito idiota! —dijo Jake—, ¿no sabes que vas a conseguir quemar toda la granja si lo haces ahora? ¿No notas el viento? Empujará las llamas por todo ese prado hasta ese bosque antes de que te dé tiempo a reaccionar. Nadie con un poco de juicio quema un campo de heno antes de que venga una buena lluvia y empape bien el suelo.

—No te he pedido tu consejo —dijo Carl.

—Y yo normalmente no se lo doy a cualquier idiota que me encuentro —dijo Jake—, pero no me gustaría quedarme aquí sentado y ver como un tipo quema todo lo que posee y poseerá jamás. El pueblo no va a recaudar dinero para malgastarlo ayudándote. Ya hay demasiados como tú viviendo a nuestras expensas.

—Puedo vivir a expensas del pueblo si me da la gana. He estado pagando impuestos desde hace más de treinta años.

—Si fuera por mí —dijo Jake—, haría un gran agujero en el suelo, te metería en él y lo cubriría de nuevo. Y soy lo bastante hombre para hacerlo, te lo digo en serio.

Carl se inclinó y cogió los cubos de agua.

—¿No te has enterado del incendio que hubo anteayer al este del pueblo? —preguntó Jake—. Un hombre prendió fuego a su campo de heno, se descontroló y quemó a su mujer.

—No es asunto mío —dijo Carl—. No tengo esposa y nunca he sentido necesidad de tener ninguna. En cualquier caso, en este mundo son los que tienen esposas los que hacen las tonterías.

—Supongo que tienes razón —dijo Jake—. Justo ahora se me ha ocurrido que tu padre tenía esposa.

Carl se dio la vuelta con los cubos de agua en las manos y caminó una docena de yardas adentro del campo. La hierba seca le llegaba casi a las caderas y crujía y ondeaba al viento como la paja de un granero. Cada vez que Carl daba un paso sobre la hierba seca se levantaba detrás de él una nube de polvo que el viento alejaba. Carl empezó a pensar que Jake quizás tuviera razón. No se había dado cuenta de lo seco que estaba el suelo.

Jake condujo su calesa hacia un lado de la carretera y cruzó las piernas. Se puso cómodo y esperó a ver lo realmente idiota que era Carl Abbott.

—Si vas y quemas ese campo de heno será mejor que adquieras un seguro para tu ganado y la granja. De otro modo no valdrán un céntimo. Aunque supongo que si me presionaras te podría dar un dólar por las cenizas, incluidas las tuyas. Serían un abono excelente para mi campo de patatas.

—Si tienes trabajo que hacer ¿por qué no vas y lo haces? —le respondió Carl—. No te he invitado a quedarte.

—Por Dios, Carl Abbott. Pago tantos impuestos como tú por el mantenimiento de las carreteras del pueblo. Me voy a quedar aquí hasta que me apetezca irme a otro sitio.

Carl siempre decía o hacía algo que enfadaba a Jake cada vez que se encontraban.

Jake cruzó las piernas de nuevo y arrancó las hojas de un brote de abedul con el látigo.

El viento bajaba desde el noreste, pero cambiaba de dirección tan a menudo que nadie podría haber determinado su verdadera dirección. Durante el mes de abril no había manera de saber de dónde venía el viento. Jake había dicho que en abril el viento venía de todas las direcciones, excepto en línea recta, y que si un hombre hiciera un agujero en el suelo también vendría de esa dirección.

Carl se agachó y encendió una cerilla en el fondillo de sus pantalones. Ahuecando las manos para proteger la llama del viento, Carl acercó la cerilla a una mata de hierba.

La llama estalló tan rápida y repentinamente que le subió por los brazos y le chamuscó los bigotes antes de que pudiera apartarse. Justo en ese momento el viento soplaba del este y lo hacía a una velocidad de treinta millas por hora. La llama se apagó tan rápidamente como había estallado. Una columna de humo blanco se

levantó en espiral varios pies hacia arriba antes de que se la llevara el viento hacia el prado. La hierba seca empezó a arder y el humo blanco indicaba que el fuego se estaba alimentando de las matas secas que crecían alrededor de los tallos como borlas. Un campo de heno nunca se podría quemar bien si no fuera por las pequeñas espirales de hierba que crecen en las matas cercanas al suelo. Cuando las matas arden, los tallos altos también prenden y se queman. Después los tallos caen como si hubieran sido segados con una guadaña. El fuego ya está en marcha, alimentándose con más rapidez de lo que lo lograrían varios hombres.

Jake Thompson observó cómo el humo blanco se consumía y se rizaba en el aire. Vio a Carl dirigirse a uno de los cubos y mojar la escoba en agua tomándose todo el tiempo del mundo. Luego volvió al fuego y estuvo un rato mirando cómo ardían las matas.

Una escoba bien hecha relativamente nueva y uno o dos cubos de agua era el mejor equipo antiincendios que uno podía llevar a un campo de heno. Pero los granjeros que queman sus campos raramente lo hacían sin la ayuda de tres o cuatro hombres para mantener el fuego controlado. Seis hombres que supieran mojar una escoba en un cubo de agua en el momento adecuado, manteniéndola suficientemente húmeda como para que la paja de la escoba no prendiera, podrían quemar el campo de heno más grande del estado. El agua sola no podía apagar el fuego. Lo que evitaba que se propagara era que la escoba ahogaba la llama por su lado ancho. Pero a nadie con un poco de sentido común se le habría ocurrido quemar un campo hasta que hubiera llegado la lluvia y dejado el suelo y las matas de hierba húmedos. En esas condiciones el campo habría ardido tan lentamente que un solo hombre podría haberlo controlado.

Jack sabía que Carl no tenía ninguna posibilidad de apagar ese fuego una vez hubiera empezado.

A estas alturas el humo blanco ya subía formando una columna del tamaño de una tapa de barril. El viento había vuelto a cambiar de dirección y rodeaba la espalda de Carl y soplaba a través del prado desde un nuevo ángulo. La parte superior de los tallos se inclinaban por la fuerza del viento y se agitaban a uno u otro lado según la dirección. Carl miró a su alrededor y hacia arriba, como si haciéndolo pudiera hacer que el viento amainara hasta convertirse en una brisa.

Jake volvió a cruzar las piernas y esperó a ver lo que iba a pasar. Carl Abbott era sin duda el mayor idiota que jamás había conocido.

De repente las llamas se elevaron más altas que la cabeza de Carl y empezaron a saltar hacia el prado como una manada de zorros rojos. Carl dio un salto atrás, tropezó y tumbó uno de los cubos de agua. Las llamas se inclinaron por la fuerza del viento hasta que pareció que estaban estiradas encima de la hierba. Esto hizo que el campo ardiera con mayor rapidez. La hierba prendía a mayor velocidad de lo que uno pudiera seguir con la mirada. El fuego no llevaba ardiendo más de dos o tres minutos, pero en ese breve espacio de tiempo se había propagado en forma de cuña y cada

segundo que pasaba se extendía más y más. Carl corría en círculos. La pata de palo se le clavaba en el suelo; le hacía tropezar a cada paso. Y casi a cada paso tenía que pararse a arrancar la pata del suelo.

—¡Eh, Carl Abbott! —gritó Jake por encima del rugido de la hierba ardiendo—. ¿Qué demonios estás haciendo? ¡Apártate de ese fuego!

Carl oyó a Jake, pero no le prestó atención. Estaba tratando de vencer el fuego con su escoba húmeda, pero su trabajo no lograba apagar las llamas en ninguna dirección. Estaba tan excitado que en lugar de apagar las llamas, la mayor parte del tiempo sostenía la escoba encima del fuego y tumbaba los cubos de agua con la pata de palo. La escoba empezó a arder y entonces ya no supo en qué dirección ir. Cuando lograba golpear las llamas con la escoba, en cuanto apagaba una mata de hierba, esta empezaba a arder casi de inmediato. Entre tanto dos o tres matas más habían empezado a arder a su lado.

—¡Ven aquí, maldito idiota! —le gritó Jake—. Si no sales de inmediato de ahí las llamas te freirán vivo.

El sombrero de Carl ya había ardido y estaba hecho cenizas. Los bigotes se le habían chamuscado, lo que le daba el aspecto, visto desde lejos, de haberse afeitado. Su pata de palo estaba calcinada. Si se hubiera quedado quieto donde estaba no se habría hecho daño porque el incendio se habría alejado de él. Pero Carl corrió directamente a la parte más caliente, donde casi no se le podía ver por las llamas y el humo. Sus pantalones de lana humeaban, la chaqueta se le caía a trozos humeantes y en su camisa se estaba propagando un gran círculo negro donde una chispa había prendido fuego a la tela de algodón azul.

Jake saltó de la calesa y corrió hacia el campo de heno llamando a Carl. No podía quedarse sentado y ver cómo un hombre se quemaba vivo, incluso si se trataba de Carl Abbott.

Agarró a Carl, lo arrastró lejos de las llamas y lo tiró al suelo donde la hierba ya había ardido. La pata de palo de Carl estaba totalmente calcinada y al caer al suelo se partió en dos. Todo lo que quedaba de ella era un muñón de seis u ocho pulgadas de largo. Carl había fabricado la pata él mismo y en lugar de utilizar roble tal como le había aconsejado Jake, la había hecho de pino blanco porque decía que sería más ligera. Agarrándolo por el cuello, Jake lo sacó a rastras por el hueco que había en el muro de piedra y lo dejó tirado en la carretera. Carl intentó levantarse —olvidando que la pata se le había quemado— y se cayó en la acequia, donde se quedó mirando con aire de impotencia.

—Tenías que hacerlo y portarte como un idiota, ¿no? —dijo Jake—. Es una pena que no te dejara allá para que acabaras hecho cenizas. Habrían tenido más valor que tú vivo. Las cenizas de carne son el mejor abono para cualquier cultivo.

Carl se sentó y miró por el hueco en el muro de piedra hacia el campo de heno en llamas. El incendio había alcanzado el bosque y las llamas empezaban a arder en las copas de los pinos y la cicuta. A doscientas yardas se encontraba la granja de Carl. En

el granero había un par de caballos y una vaca. No habría manera de salvarlos una vez el fuego alcanzara el granero y la paja seca.

Jake golpeó a Carl con un palo. Se quedó mirando cómo Carl intentaba de la mejor manera posible llegar a su casa y los edificios adyacentes.

—¿Qué vamos a hacer? —le suplicó a Jake—. No podemos dejar que mi ganado y mi granja también ardan.

—¿Por qué nosotros? —le dijo Jake—. ¿Tú y quién más? A mí no me hables porque yo no tengo nada que ver con este caos. Te dije lo que no tenías que hacer cuando viniste aquí hace un rato. Pero eres tan inteligente que no logré que entendieras nada. Por eso no quiero tener nada que ver con este jaleo.

Carl protestó débilmente. Intentó levantarse y correr carretera abajo, pero cada vez que intentaba levantarse volvía a caer.

—¿Crees que quiero que la gente diga que me vieron pasar por tu granja y que te ayudé a apagar un incendio cuando nadie con un poco de sentido común habría quemado sus campos con este tiempo? La gente de este pueblo no me asocia con locos. Me conocen bien. Por eso no quiero que piensen que he perdido el entendimiento y que me he vuelto loco como tú.

Carl abrió la boca, pero Jake no había terminado.

—Ni tan siquiera escupiría sobre una brizna de mala hierba si supiera que eso iba a ayudarte a apagar el fuego que has empezado. ¿Por qué? La gente pensaría que pude tener algo que ver con el fuego si te ayudara a apagarlo. Nadie me creería si tratara de decirles que te rogué que no quemaras tu campo y luego fui y te ayudé a apagarlo. La gente del pueblo tiene mejores cosas que hacer que creerse una historia así. Saben que yo no haría una locura como empezar un fuego en un campo de heno cuando todavía no ha llovido. No soy idiota, Carl Abbott, aunque parezca que ahora mismo esté relacionándome contigo.

—Pero no puedes dejar que mi ganado y mi granja se quemen —dijo Carl—. No lo harías, ¿verdad, Jake? He sido un amigo justo y honesto toda mi vida, Jake. ¿Acaso no voté por ti cuando querías ser inspector de carreteras?

—¿Que no puedo? Pues mírame, mírame como salvo tu ganado y tu granja ahora. Y tampoco es momento de hablar de política. En cualquier caso de nada te serviría. No después de lo que has hecho con ese campo de heno. Te dije que no hicieras arder ese campo y tú fuiste como un verdadero idiota y encendiste una cerilla. Como si hubiera estado hablando solo en la otra punta del pueblo... ¡No! No voy a hacer nada al respecto excepto hablar. Cuando la gente me pregunte cómo se incendió tu granja y los demás edificios y cómo se quemó tu ganado y tu bosque les diré que tú les prendiste fuego.

Carl encontró un palo más pesado y se fue renqueando carretera abajo hacia su casa y los otros edificios. El fuego ya había sobrepasado el bosque y cuando tomaron la curva las llamas estaban alcanzando la casa y el granero.

Jake caminaba detrás de Carl e iba guiando el caballo a pie en lugar de ir montado

en la calesa. Miraba cómo Carl intentaba correr y por un instante pensó en subir a Carl en su calesa, pero la idea no le gustaba. La gente diría que estaba llevando de paseo a Carl mientras el ganado y la granja sucumbían a las llamas.

Cuando llegaron cerca de la casa el tejado ya ardía y del granero salía humo. La paja estaba seca y parecía que iba a arder de un momento a otro. Carl renqueó más rápidamente cuando vio que sus edificios estaban en llamas.

—Ayúdame a sacar el ganado, Jake —rogó—. No dejarás que se quemé mi ganado, ¿verdad, Jake?

Jake ató su caballo a un árbol junto a la carretera y cruzó el patio hasta el granero. No podía quedarse ahí y ver cómo un par de caballos y una vaca ardían vivos, por más que pertenecieran a Carl Abbott. Corrió al granero, tiró de las puertas del establo y las abrió.

Una explosión de humo, polvo y llamas le llegó a la cara pero los dos caballos y la vaca salieron corriendo en cuando se abrieron las puertas. Los caballos y la vaca cruzaron el patio y saltaron por encima de los matorrales que bordeaban la carretera y desaparecieron en el campo que había al otro lado.

Jake sabía que un golpe de suerte le había permitido salvar el ganado, porque si los caballos y la vaca hubieran estado más al fondo del granero nada los habría forzado a abandonarlo. La única manera de salvarlos habría sido tapándoles los ojos y acompañándolos afuera y no habría habido tiempo para ello. Las llamas ya habían alcanzado los establos.

Carl se dio cuenta a esas alturas de que no había posibilidad de salvar nada más. Vio el humo y las llamas que saltaban por encima del tejado del granero justo en el momento en que Jake abría las puertas. Se sintió terriblemente mal.

Jake se dirigió al árbol y desató el caballo. Subió a la calesa y se sentó. Carl se quedó mirando cómo ardía su granja y trataba de apoyarse en el palo que había encontrado por la carretera.

Jake fustigó al caballo y se puso en marcha. Carl se dio la vuelta y lo vio marcharse, pero no tenía nada que decir.

—Soo —dijo Jake a su caballo, tirando de las riendas. Se dio la vuelta y llamó a Carl—. Supongo que la próxima vez tendrás más juicio y no harás algo así ¿verdad? Quizás la próxima vez deseas ansiosamente que te den consejo.

Carl miró a Jake y se dio la vuelta, sin nada que decir, y miró el incendio. De repente le gritó a Jake.

—Sin embargo el campo de heno está quemado, ¿no es así? —dijo, renqueando—. Era lo que me proponía hacer desde el principio.

Jake fustigó al caballo y puso rumbo a su casa. Cuando se dio la vuelta por última vez, vio que Carl había derribado un pino joven y lo estaba cortando para sustituir la pata de palo que se había calcinado en el campo de heno. Le habría gustado hacerse la nueva pata de roble, pero el roble era la clase de madera que Jake le había aconsejado utilizar.

## UNA MUJER EN CASA

A Max Clough todo le había estado yendo bien hasta que Elam se fue a pasar el fin de semana fuera. Max ya había entrado la leña para todo el invierno, había protegido la casa contra el hielo con aserrín y tenía buenas provisiones de vino de calabaza en el sótano. Se había preparado para un descanso de tres meses y pensaba que Elam había hecho lo mismo. Ambos sabían que el invierno estaba llegando, ya que el suelo estaba helado todas las mañanas y el sol empezaba a ponerse por el valle a las dos.

Pero Elam tuvo que irse a pasar el fin de semana fuera. Se fue sin decirle nada a Max y salió el domingo temprano, antes de que hubiera suficiente luz para que Max lo pudiera ver marcharse.

Tan solo unos días antes Max había cruzado la carretera y había estado hablando con él durante una hora o más, pero Elam no le había comentado nada. Ni tan siquiera había dicho que estuviera pensando en hacer un viaje corto. Habían estado hablando de lo caro que estaba todo, y de lo que había mejorado el servicio de correo desde que Cliff Stone se había hecho cargo de la ruta del valle y de la posibilidad de que se fuera a construir una nueva carretera estatal que cruzara el pueblo. Pero Elam no había dicho nada de irse a pasar el fin de semana fuera. Esa fue la razón por la que Max se enfadó el sábado por la mañana cuando cruzó la carretera para ir a ver a Elam un momento y se encontró que la casa estaba cerrada y los estores bajados.

—Cuando un hombre llega a los treinta y seis años —dijo Max mirando con severidad la casa cerrada—, debería tener suficiente sentido común como para quedarse en casa en lugar de irse a pasar el fin de semana a Lewiston y gastar el dinero en alojamiento y qué se yo. Elam quizás tenga algo de sentido común para cosas menos importantes, pero no lo tiene cuando se trata de tirar el dinero en Lewiston. Nadie excepto un idiota iría a Lewiston y le daría cinco dólares a una mujer por su cama.

Volvió a cruzar la carretera y subió la pendiente que llevaba a su casa mientras miraba valle abajo, como si esperase ver a Elam llegar a casa. Pero sabía que Elam no llegaría hasta el domingo por la tarde. Ya se había ido otras veces y siempre había estado fuera dos días enteros. Sabía que Elam no regresaría hasta la tarde siguiente.

La granja de Max estaba en la ladera este del valle y la de Elam Stairs en la ladera oeste. Entre ambas propiedades pasaba la carretera de Yorkfield. La única ventaja que Elam poseía, y eso lo admitía Max, era que durante el invierno le daba más el sol. En la casa de Max el sol se ponía a las dos en pleno invierno, mientras que Elam tenía una hora más. Pero a Max le gustaba su granja porque sabía que en su ladera este los guisantes se cultivaban mejor. Sus tierras se regaban mejor durante todo el año. En pleno verano los campos de Elam se secaban.

El resto de la tarde y hasta bien entrada la noche Max no pudo sacarse de la cabeza el viaje de Elam. No le envidiaba que pasara el fin de semana en Lewiston porque sabía exactamente cuánto le costaría, pero no le gustaba que Elam se

escabullera así tres o cuatro veces al año. Trastornaba su tan bien planificada vida. No podía hacer nada cuando Elam se ausentaba. Se había acostumbrado a ver a Elam en su granja a casi cualquier hora del día, cada vez que miraba hacia la ladera oeste. Y cuando Elam no estaba, Max no sabía cómo seguir con su trabajo. Además, cuando Elam estaba fuera, siempre había la posibilidad de que no volviera a casa solo. Sabía que nunca superaría que Elam volviera a casa con alguien.

Habían hablado sobre este asunto muchas veces. Cada vez que Elam iba a Lewiston, volvía a casa hablando de las mujeres que había visto por las calles y en las casas de huéspedes. Esa era una de las razones por las que a Max no gustaba que Elam se fuera. Tarde o temprano sabía que Elam se traería una mujer a casa.

—Las mujeres no son apropiadas para nuestro tipo de vida, Elam —le dijo Max una vez—. Tú en tu ladera oeste, yo en mi ladera este, vivimos como se ha de vivir. En cuanto un hombre se trae una mujer a su casa, esta se convierte en un espacio demasiado pequeño para vivir, aunque tenga ocho o doce habitaciones. Ya sea una esposa o una asistenta, no hay diferencia. Se trata de una mujer y cuando conviven ambos sexos bajo un mismo techo siempre surgen problemas. Yo quiero quedarme tal como estoy. Quiero vivir en paz y quiero morir de la misma manera.

—De alguna manera no puedo estar de acuerdo contigo, Max —le dijo Elam moviendo negativamente la cabeza—. Tienes mucho sentido común, un gran sentido común, Max. Pero Dios se vio obligado a crear a la mujer. ¿Sabías que antes de que existieran ellas los hombres se aplicaron en destruir el mundo a menos que les proporcionaran mujeres?

—¿Por qué? —preguntó Max.

—¿Por qué? —respondió Elam—. Porque los hombres ya no aguantaban más, he aquí por qué. Necesitaban criadas. Y si no podían tener criadas, entonces simplemente esposas. La diferencia entre ambas es enorme, pero en el fondo las dos son mujeres y eso era lo que el hombre necesitaba. De otro modo nos toca hacer todo a nosotros los hombres, coser, cocinar...

—Pues siempre me ha ido bastante bien haciéndome yo mis cosas... —dijo Max—. Ninguna mujer me ha hecho ninguna labor. No quiero a ninguna en mi casa que me cause problemas.

—Bien —dijo Elam—, quizás causen problemas. Estoy dispuesto a admitirlo. Pero, en general, sus puntos fuertes compensan los débiles. Dios se vio obligado a crearlas y no voy a dejar de utilizar nada que me haya sido dado. No tiene sentido desaprovecharlas o que otro hombre me quite mi parte. Yo quiero disfrutar de todo lo que me toca.

Max no se dejó convencer entonces y seguía convencido ahora de que un hombre podía vivir solo en su casa felizmente y en paz. Elam nunca consiguió que Max admitiera que las mujeres son una parte necesaria de la vida. Max estaba firmemente determinado a vivir su vida alejado de ellas.

Ahora que Elam se había ido a hacer otro de sus viajes trimestrales a Lewiston,

Max temió de nuevo que trajera a casa a una criada. Todas las veces anteriores, durante todo el tiempo que Elam había pasado fuera, Max había estado nervioso y no había podido calmarse hasta que había ido a cerciorarse de que Elam no hubiera traído a una criada. Ni siquiera se fiaba de la palabra de Elam. Primero le preguntaba si había vuelto a casa solo y luego iba de habitación en habitación, mirando tras las puertas y dentro de los armarios, hasta que quedaba satisfecho tras haberse asegurado que no hubiera una mujer en la casa. Entonces se sentía mejor y podía regresar a su casa tranquilo.

Pero Elam había vuelto a irse fuera durante el fin de semana y Max no podía estarse quieto. No podía comer y no podía dormir. Se sentó junto a la ventana y miró la ladera oeste. Abrió la ventana varias pulgadas para poder oír el sonido de un automóvil en el valle. Se quedó junto a la ventana todo el sábado, toda la noche de sábado y el domingo.

A última hora de la tarde de domingo Max sabía que había llegado la hora en que Elam regresara y entonces oyó su automóvil subiendo por el valle. Sabía que era el coche de Elam y sabía que no podía quedarse sentado un minuto más. Saltó, cogió su sombrero y su abrigo y se fue a la puerta.

La carretera no se veía desde la casa de Max y había un bosquecillo de abedules que no le dejaba ver el automóvil. Sin embargo oyó como Elam subía por su camino y esperó y escuchó hasta que el sonido del motor cesó abruptamente en el granero.

Hubo algo en lo abrupto del sonido que hizo que Max se detuviera en el umbral. El motor se apagó en cuanto el automóvil entró en el granero, y entonces se hizo un silencio total en el valle. Ni siquiera se oyó el sonido sordo de Elam cerrando las puertas del granero. Max pensó que quizás Elam había tenido tanta prisa por entrar en su casa que no se había detenido a cerrar las puertas del granero. No se le ocurrió ninguna razón que explicase ese detalle. A un hombre que tuviera tanta prisa por entrar en su casa seguro que le había surgido algo importante. Max pensó sobre esto, pero no se le ocurrió ninguna razón por la cual un hombre pudiera dejar de cerrar las puertas de su granero.

Se sentó en el umbral de la puerta y esperó. Giró la cabeza de lado a lado, intentando que cada oído pudiera detectar algún sonido en el valle. No creía que Elam hubiera perdido el juicio, pero no se le ocurría ninguna buena razón que explicara por qué Elam no había cerrado las puertas del granero. Un hombre que aparcaba su automóvil en el granero y luego dejaba las puertas abiertas era verdaderamente estúpido, y a Elam no se le conocía que hiciera nada estúpido. Elam era incapaz de dejar las puertas del granero abiertas ahora que iba a anochecer.

El sol brillaba débil y gris sobre el valle. Por el noroeste se habían formado varias nubes grises y al poco rato el sol dejó de brillar. Ya habían pasado las tres y en la ladera oeste el sol ya se había puesto. Max se había acostumbrado a las puestas de las dos de la tarde de la ladera este, pero no estaba preparado para la ausencia de sol en la ladera oeste antes de las tres.

Durante todo el tiempo que pasó sentado en el umbral Max esperó a que Elam viniera a verlo y le explicara el viaje a Lewiston. Él siempre lo había hecho. Cada vez que Elam se iba a pasar el fin de semana a Lewiston, había vuelto a casa el domingo por la tarde, había cerrado de un golpe las puertas del granero, y luego había bajado por el camino y subido la cuesta y había explicado a Max lo que había visto y lo que había hecho en Lewiston. Hacía rato que debería haber venido y ni siquiera había cerrado las puertas del granero. Max no se podía estar quieto ni podía esperar más tiempo a Elam. Se levantó y descendió la ladera en dirección a la carretera.

Cuando llegó a la carretera se detuvo un momento y miró hacia la granja de Elam. Las puertas del granero estaban abiertas de par en par y el automóvil estaba expuesto a las inclemencias del tiempo. No se veía a nadie por la casa, pero los estores estaban levantados y la puerta de la entrada abierta. Algo no va bien, pensó Max. Algo le ha pasado a Elam en este viaje a Lewiston.

Max se quedó junto al buzón mirando hacia la casa. Estaba a tan solo unos pocos cientos de yardas y podía verlo todo tan nítidamente como si hubiera estado en el umbral de la puerta. La pintura blanca era más blanca que nunca en la penumbra gris del valle, y el verde de las molduras era más brillante que la hierba en pleno verano. Max se quedó allá, de pie, mirando la casa, esperando.

Había estado mirando la casa durante unos diez minutos sin notar una sola señal de Elam, cuando de repente este apareció en una de las ventanas. Con un simple movimiento abrió la ventana y sacó la cabeza. De inmediato se abrió otra ventana en la esquina opuesta y una mujer sacó la cabeza. Se miraron durante un instante y luego ambos metieron la cabeza y cerraron las ventanas tan rápidamente que Max pensó que seguro que habían roto el cristal. Durante unos segundos no pudo creer lo que acababa de ver con sus propios ojos. No podía creer que había visto a una mujer en la casa de Elam. Pero poco a poco comprendió que había visto a una joven con un cuerpo grande y cabello rubio. Entonces dio un paso atrás, salió de las tierras de Elam y entró en la carretera.

Después de lo que había visto, Max no sabía si quedarse mirando la casa o si dar la vuelta y regresar a la suya. Sabía que nunca más iba a poner un pie en las tierras de Elam. Ya se había decidido a no tener nunca nada más que ver con Elam Stairs. Ni siquiera quería volver a dirigirle la palabra. No podía perdonarle a Elam que hubiera traído una mujer de Lewiston a casa.

Mientras estaba en la carretera tratando de pensar en lo que iba a hacer, la mujer que había visto en la ventana dobló la esquina de la casa. Max se quedó mirándola incrédulo. Al cabo de un instante llegó Elam corriendo. Corría más rápido de lo que Max jamás había pensado que nadie pudiera correr. Iba a alcanzar a la joven rubia en dos zancadas y si no hubieran doblado la otra esquina de la casa Max habría visto cómo la agarraba. Elam no llevaba su abrigo y el vestido de la mujer estaba abierto por detrás hasta la cintura. La mujer estaba riendo, pero Elam no.

Max esperó otros cinco minutos. Quería estar allí por si volvían a correr alrededor

de la casa. Entonces se volvió y subió lentamente la ladera este del valle. La visión de la mujer en la casa de Elam le provocó deseos de ir allá y sacarla fuera del valle. Pero sabía que nunca podría hacerlo. Elam no le dejaría que la sacara de allí. Elam la protegería y lo enviaría de vuelta a su casa.

Cuando Max llegó a su casa ya había decidido lo que iba a hacer. El fin de semana siguiente haría un viaje. Iría a Lewiston el sábado por la mañana y se quedaría allí hasta el domingo por la tarde. Y cuando estuviera allí haría las mismas cosas que Elam había hecho.

—Elam Stairs no es el único hombre del valle que puede traerse una mujer a casa —dijo al sentarse junto a la ventana y mirar hacia la ladera oeste donde el sol ya se había puesto. Abrió la ventana unas pulgadas para poder oír cualquier sonido audible en el valle—. Y también contrataré a una asistenta en Lewiston y la traeré aquí. Elam Stairs tiene una hora más de sol porque su granja está en la ladera oeste y piensa que puede tener más ventajas con una criada. Pero no. Le demostraré que yo puedo ir a Lewiston y quizás conseguir una criada más bonita que la que tiene él.

Max empujó la silla más cerca de la ventana.

—Yo también iré detrás de la mía cuando la traiga aquí —dijo—. Y quizás sea un buen plan esperar a que esté ya medio desnuda para empezar a correr tras ella, en lugar de hacer como Elam que ha empezado a perseguirla cuando ella apenas se había bajado la cremallera. Cuando Elam Stairs mire por la ventana un buen día, verá que soy más listo que él y me verá correr detrás de mi criada desnuda. Él la ha perseguido una vez alrededor de la casa. Yo iré detrás de ella tres veces, quizás dejando un poco de tiempo para demostrarle a Elam de lo que soy capaz.

Max hizo una pausa para mirar al valle. Mientras miraba la casa de Elam empezó a lavarse las manos.

—Supongo que la idea de Elam no estaba tan mal. Supongo que no hay mucho de qué pelearse con una mujer joven de Lewiston en casa si no hay que pagarle cinco dólares y diez céntimos por su cama durante el fin de semana.

# CUATRERO

## 1

Yo no robé el pinto de Lud Moseley.

La gente de por aquí pretende hacerme pasar por un ladrón, pero cualquiera que me conozca sabe que nunca he dado un solo problema. El señor John Turner les explicará todo sobre mí. He trabajado para él, más o menos regularmente, durante no sé cuántos años. Supongo que he trabajado para él toda mi vida, desde que era niño. El señor John sabe que yo nunca robaría un caballo. Por eso digo que no robé el caballo de Lud Moseley, lo juro. No he llegado a adulto para convertirme en un ladrón de caballos.

Anteayer el señor John me dejó que montara su yegua *Betsy*. Le dije que quería ir a dar una vuelta y él me dijo que cogiera a *Betsy*, tal y como vengo haciendo todas las noches de domingo desde hace dos años. El señor John me dijo que cogiera la montura vaquera, pero yo le dije que no me apetecía montar en silla. Me gusta ir a pelo, con brida y riendas y nada más. En cualquier caso es la mejor manera de montar. Y adonde me dirigía no necesitaba una silla chirriante. No iba a meterme en un lío. Simplemente iba a hacer algo que solo es asunto mío y nadie tiene que llamarme la atención al respecto. Casi siempre montaba en silla los domingos por la noche, pero anteayer era jueves y por eso no llevaba silla adonde me dirigí.

El señor John Turner les dirá que no soy de esos que va en busca de problemas. Pregúntenle. Me conoce de toda la vida y nunca le he dado un solo problema, ni a él ni a nadie.

Cuando saqué a *Betsy* del establo después de cenar, el señor John salió a verme en el granero y me preguntó otra vez si no quería usar la silla vaquera. Esa yegua, *Betsy*, es un poco huesuda, pero a mí no me importaba. Le dije al señor John que prefería montar a pelo. Él respondió que muy bien, que si quería partirme en dos, que allá yo. Estuvo allá todo el rato, acariciando las crines de *Betsy* y tratando de averiguar adónde me dirigía sin preguntármelo abiertamente. Pero él sabía adónde iba porque él lo sabe todo sobre mí. Supongo que sencillamente quería reírse un poco de mí, pero no podía hacerlo si yo no le decía adónde iba. Así que me dijo que estaba bien que montara la yegua a pelo si quería y yo abrí la verja y salí trotando carretera abajo hacia el cruce de Bishop.

Eso fue anteanoche, el jueves. Hacía poco que había oscurecido pero podía distinguir al señor John de pie junto a la verja del granero, ligeramente apoyado en ella, mirando cómo me alejaba. Había estado arando todo el día sobre un nuevo terreno y estaba muy cansado. Por eso no fui al galope como siempre hacía los domingos por la noche. Me alejé despacio, dejando que Betsy trotara a su ritmo, porque después de todo yo no tenía prisa. Tenía dos horas que matar y apenas tres millas que recorrer. Por eso me alejé lentamente.

## 2

Todo el mundo sabe que he estado viéndome con la hija pequeña de Lud Moseley, Naomi. Esa noche iba a verla. Pero no podía aparecer por allá hasta las nueve y media. Lud Moseley solo me dejaba ir a verla una vez a la semana, los domingos por la noche, y la noche pasada era jueves. Había ido a verla tres o cuatro jueves sin que Lud Moseley se enterara. Naomi me había dicho que la fuera a ver el jueves por la noche. Por eso fui allá a pesar de que Lud Moseley me dijera que solo podía ir una noche a la semana. Naomi me dijo que fuera igualmente. Habíamos quedado en el columpio que había en los árboles del patio delantero.

No tengo nada en contra de Lud Moseley. El señor John Turner se lo dirá. No me gusta especialmente, pero eso es normal, y él sabe por qué. Ver a una chica que te gusta —como a mí me gusta Naomi— solo una vez a la semana no es suficiente. Y supongo que yo también le gusto a ella un poco. De otro modo no me pediría que fuera a verla los jueves por la noche sabiendo que Lud Moseley me dijo que no podía. Lud Moseley piensa que si voy a verla más de una vez a la semana, entonces se nos meterá en la cabeza la idea de casarnos antes de que le dé tiempo a evitarlo. Por eso me dijo que solo podía ir a su casa una vez a la semana, los domingos por la noche.

Está arreglándolo todo para enviarme a prisión durante veinte años por robarle su pinto, *Lightfoot*. Supongo que sabe de sobras que yo no robé su caballo, pero supongo que piensa que así se me saca de en medio hasta que pueda casar a Naomi con otro. Esto es lo que pienso, porque todos los que me conocen por estos lares saben que no soy un ladrón de caballos. El señor John Turner les dirá todo sobre mí. El señor John me conoce bien. He trabajado para él durante tanto tiempo que quiso que entrara a formar parte de su familia, pero yo no le dejé hacerlo.

Así, anteayer por la noche, el jueves, salí de casa montando a *Betsy* a pelo. Maté un poco de tiempo bajando al arroyo, como a una milla de donde vivimos, y cuando

miré de nuevo el reloj ya eran las nueve. Monté a *Betsy* y me dirigí a la casa de Lud Moseley. Todo estaba en silencio en el granero y en la casa. Era más o menos la hora en que Lud se va a dormir. Me dirigí a la puerta del granero, como hacía todos los jueves por la noche. Pude ver una luz en el dormitorio de Naomi, donde dormía con su hermana mayor, Mary Lee. Siempre confiábamos en que Mary Lee saliera con alguien o se fuera a dormir antes de las nueve y media. Cuando volví a mirar hacia la ventana pude ver a Naomi estirada en su cama y a Mary Lee de pie junto a su cama diciéndole algo. Eso tenía mal aspecto, porque cuando Mary Lee trataba de hacer que Naomi se desnudara y metiera en la cama antes que ella, eso significaba que Naomi tardaría una hora o más en salir de su habitación, porque tendría que esperar a que Mary Lee se durmiera antes de poder salir. Tenía que esperar a que Mary Lee se durmiera, luego se tenía que levantar y vestir en la oscuridad antes de poder bajar al patio delantero y encontrarse conmigo junto al columpio que había bajo los árboles.

### 3

Estuve montado sobre *Betsy* durante diez o quince minutos esperando que se resolviera lo de Naomi y su hermana. Supongo que si le hubiéramos explicado nuestro secreto a Mary Lee ella se habría portado bien con nosotros. Pero por alguna razón u otra, Naomi nunca quería correr el riesgo. Había alguna posibilidad de que se portara mal y se lo dijera a Lud Moseley y no queríamos correr ese riesgo.

Al cabo de un rato vi cómo Naomi se levantaba y empezaba a desnudarse. Supe enseguida que eso significaba esperar una hora o más antes de que pudiera salir a encontrarse conmigo. La luna empezaba a salir e iluminaría demasiado todo el granero. Lo que había estado haciendo cada vez que venía era abrir la verja y soltar a *Betsy* en el patio, pero esa noche no quise. Si Lud Moseley se llegara a levantar a por un vaso de agua o así, y por casualidad echara una ojeada al granero y viera que había un caballo suelto, pensaría que era o bien suyo y lo iría a encerrar en los establos o bien sabría que era yo el que estaba afuera. En cualquier caso, tan pronto como viera a *Betsy*, sabría que no era su yegua y ya tendríamos un alboroto montado. Así que abrí la puerta del granero y entré a *Betsy* y la metí en el primer establo vacío que encontré en la oscuridad. No quise encender una cerilla porque si Lud Moseley hubiera estado mirando por la ventana justo en ese momento habría podido ver la llama de la cerilla. Metí a *Betsy* en el establo, cerré la puerta y volví afuera a esperar a Naomi junto al columpio.

A las doce y media o la una de la madrugada ya me iba a ir a casa. Las nubes habían tapado la luna y afuera era más oscuro que dentro del granero. Ni siquiera podía verme las manos, así de oscuro era. Al mismo tiempo temía encender una cerilla, así que fui a tientas, abrí la puerta del establo y entré a coger a *Betsy*. No podía ver nada y cuando noté su cuello pensé que debía de haberse sacado la brida, como hacía siempre que tenía que llevarla demasiado tiempo para su gusto. Tenía miedo de montarla sin ningún tipo de correa porque temía que se asustara en el granero y empezara a echar coces por todas partes y despertara a Lud Moseley. Busqué a tientas la brida por el suelo pero no la pude encontrar. Entonces volví a la puerta del establo pensando que quizás le había sacado la brida yo mismo con toda la excitación y noté que había un ronزال. Se lo pasé por la cabeza y la conduje afuera. Seguía estando tan oscuro que no pude ver nada y tuve que ir a tientas para salir y pasar por la puerta del granero. Cuando llegué a la carretera monté y me dirigí a casa sin perder más tiempo. Pensé que *Betsy* trotaba de una manera algo extraña. Se balanceaba de una forma que me hacía ir de un lado al otro y no tenía perilla a la que sujetarme. Estaba tan nervioso por alejarme de allí sin ser visto que no pensé más en el asunto. Pero llegué bien a casa y le saqué el ronزال y la metí en su establo. Para entonces ya eran la una o las dos de la madrugada.

A la mañana siguiente, después del desayuno, cuando me disponía a recoger las mulas y prepararlas para empezar a arar la nueva parcela, Lud Moseley y tres o cuatro hombres, entre ellos el *sheriff*, llegaron a toda velocidad por la carretera del pueblo. El señor John salió, le dio una palmada en la espalda al *sheriff* y le explicó un chiste. Estuvieron así una media hora y luego el *sheriff* le preguntó al señor John que dónde estaba yo. El señor John le dijo que estaba a punto de ir a arar una nueva parcela donde habíamos plantado una cosecha de maíz esa primavera. Entonces el *sheriff* le dijo que tenía una orden de arresto para mí. El señor John le dijo que por qué, por explicar un chiste malo, o qué. Entonces el *sheriff* le explicó que era por robar el pinto de Lud Moseley, *Lightfoot*. El señor John se rio de él porque seguía pensando que se trataba de una broma, pero el *sheriff* sacó la orden y se la mostró. El señor John seguía sin creérselo y les dijo que debía de tratarse de una confusión porque yo no robaría nunca un caballo. El señor John sabe que no soy ningún cuatrero. En mi vida me he metido en un lío.

Me llevaron enseguida al pueblo y me metieron en una celda en la cárcel del *sheriff*. Yo sabía que no había robado el caballo de Lud Moseley, así que no estaba asustado. Pero después de llevarme al pueblo todos regresaron y el *sheriff* entró en el granero y vio el caballo de Lud Moseley, el pinto *Lightfoot*, en el establo de *Betsy*. El señor John dijo que todo era un lío porque sabía que yo no había robado el caballo, sabía que yo nunca lo haría. Pero el caballo estaba allá, el pinto, *Lightfoot*, y su ronزال colgaba de la puerta del establo. Después fueron a casa de Lud Moseley y midieron mis huellas en el granero y luego encontraron la brida de *Betsy*. Lud Moseley dijo que yo había montado la yegua del señor John, la había soltado, había puesto la brida

a *Lightfoot* y me había ido. Nunca explicaron cómo era que el ronzal estaba en el establo del señor John. La puerta del establo de Lud Moseley no estaba cerrada y tampoco forzada. Parece que me olvidé de cerrarla bien cuando metí a *Betsy* porque de alguna manera ella pudo salir y volver a casa aquella noche.

Lud Moseley dice que va a enviarme durante veinte años a un sitio donde no molestaré a su hija menor, Naomi. Él quiere que se case con un granjero viudo de más allá del cruce de Bishop. Un tipo que tiene veinte arados y una gran casa blanca con quince habitaciones. El señor John Turner dice que contratará al mejor abogado del pueblo para que lleve mi caso, pero no creo que sirva de mucho porque mis huellas están por todas partes en el granero de Lud Moseley y su *Lightfoot* estaba en el establo del señor John.

Supongo que de alguna manera podría librarme si quisiera. Pero no me gusta hacer las cosas así. Podría hacer quedar mal a Naomi si dijera que estuve allá para verla y que había metido a *Betsy* en el establo para que estuviera tranquila y que cogí a *Lightfoot* por error en plena oscuridad... Vamos, que quedaría muy mal. Ella tendría que decir que tenía la costumbre de salir de su casa los jueves por la noche, después de que todos se fueran a dormir. No quedaría bien. Quizás más adelante se le meta en la cabeza casarse con otro y para entonces tendría una mala reputación por haberse relacionado conmigo y haberse escabullido para verme por la noche.

Naomi sabe que no soy un ladrón de caballos. Sabe lo que ha ocurrido. Sabe que me llevé el pinto de Lud Moseley, *Lightfoot*, por error en la oscuridad, y que dejé la puerta del establo abierta y que *Betsy* salió y volvió a casa por su propio pie.

Lud Moseley ha estado diciendo a todo el mundo en los juzgados que me va a enviar a la cárcel durante veinte años para que Naomi se pueda casar con el granjero viudo que tiene veinte arados. Me parece que Lud Moseley está muy orgulloso de poder tenerme acorralado y quizás logre enviarme a la cárcel antes de que Naomi pueda decir la verdad.

Pero no sé si ella dirá la verdad si tiene la oportunidad. Todo el mundo sabe que no soy más que un jornalero del señor John Turner y he estado pensando que quizás Naomi no declare a mi favor y cuente lo que sabe.

Yo explicaría lo ocurrido al *sheriff*, pero no quiero mencionar el nombre de Naomi en medio de este lío. Si hubiera sucedido el domingo por la noche en lugar de la noche de jueves, podría... En fin, que suena muy mal, eso es todo.

Si Naomi viene al pueblo y dice lo que sabe, no la detendré, porque eso significará que está dispuesta a hablar y a casarse conmigo.

Pero si se queda en casa y deja que Lud Moseley y ese granjero viudo me envíen a la cárcel durante veinte años, entonces tendré que ir, eso es todo.

Siempre le he dicho a Naomi que haría cualquier cosa por ella y supongo que ha llegado el momento de demostrarle que soy un hombre de palabra.

## DEMASIADOS SUECOS

Ahí estaba yo, de pie en medio de mi habitación, temblando como si tuviera la gripe, y sin saber qué demonios había pasado. En todo el tiempo que pasé tierra adentro jamás había escuchado semejante ruido tan temprano por la mañana.

Apenas hacía media hora que había amanecido cuando sonó el disparo de un rifle. Fue como si hubiera reventado un dique debido al hielo. Y juraría que había sonado tan cerca como cerca están mis pies de mi cabeza. El disparo de ese rifle me levantó un palmo de la cama y antes de volver a bajar me atravesó el oído un rugido como de alguien con resfriado tosiendo a través de un megáfono. Espero que nunca más en mi vida vuelvan a despertarme así, al menos hasta que pueda regresar tierra adentro, que es donde realmente debo estar.

Debí de pasar unos diez o quince minutos temblando en mi camisa de dormir, con el corazón latiendo como una baqueta que golpea un cañón atascado y esperando oír de nuevo más disparos. Nunca se sabe lo que puede pasar en el estado de Maine. Es por esto que a veces me hubiera gustado quedarme en mi tierra. En el valle ganaba sesenta al mes, con comida y alojamiento. Pero como un verdadero idiota tuve que largarme y venir aquí, cerca de la bahía. Con ayuda de Dios volveré a mi tierra. No he tenido un solo día de paz y calma desde que llegué aquí hace tres o cuatro años. Este es el lugar más infame donde uno que haya viajado toda una vida puede toparse con el más inesperado jaleo. Si uno ha nacido en las montañas debería quedarse en su tierra. Eso es lo que yo habría hecho si hubiera tenido el sentido común de evitar este lugar cerca de la bahía, donde nunca se sabe lo que puede pasar, ni cuándo ni dónde.

Pero ahí estaba yo, de pie en mi dormitorio, temblando como el heno durante una tormenta de agosto, y sin saber cuándo volverían a disparar ese rifle, quizás incluso apuntando hacia mí. Justo entonces oí a Jim y la señora Frost dando vueltas descalzos por el piso de abajo. A pesar de no saber lo que ocurría, sabía que en la casa no había la calma y la paz que generalmente se vivía un domingo de mayo por la mañana. Era necesario un gran caos para que Jim y la señora Frost abandonaran sus cálidas camas antes de las seis de la mañana de cualquier día de la semana.

Corrí a la ventana y alargué la cabeza tanto como pude para ver de dónde procedía el jaleo. Afuera todo estaba tranquilo como una carretera secundaria a medianoche en pleno invierno. Pero sabía que algo pasaba porque Jim y la señora Frost no solían levantarse de sus camas calientes a esa hora en una fría mañana de mayo.

No tenía ningún sentido que me quedara ahí de pie temblando en mi camisa de dormir, así que me puse la ropa silbando sin parar para ahuyentar el frío y tratando de averiguar qué maldito idiota iba por ahí disparando su rifle un domingo por la mañana. Justo entonces oí cómo se abría la puerta de abajo y vi cómo Jim subía las escaleras de dos en dos con los pantalones puestos y los faldones de la camisa volando por detrás.

Para ser un hombre de sesenta y siete años no tardó demasiado en llegar arriba. Antes de que pudiera llamar a mi puerta el rifle sonó de nuevo: ¡Bum! El eco llegó procedente de las montañas a través de la ventana abierta: ¡Bum! ¡Bum! Era como escuchar fuegos artificiales con los ojos cerrados. Jim ya había abierto la puerta, pero cuando oyó el ¡bum! empezó a dar vueltas como una veleta, cinco o seis veces, y salió de la habitación como si le hubieran disparado en el trasero. Ese ¡bum! tan temprano por la mañana era suficiente para ponerle los pelos de punta a cualquiera y Jim no era distinto a mí o a cualquiera de East Joloppi. Sencillamente se dio la vuelta y salió por la puerta hacia el primer peldaño de la escalera, como si tuviera pensado irse a algún sitio con prisa, sin perder tiempo.

Jim y la señora Frost me habían contratado durante estos tres o cuatro años y me consideraba un Frost, excepto por el nombre. Jim y yo nos llevábamos muy bien. Hacíamos faenas, segábamos el heno y trabajábamos en la granja sin que ninguno de los dos tratara que el otro trabajara más. Formábamos un gran equipo. Ni él me trataba mal a mí, ni yo a él, según decía Jim. Se apellidaba Frost, pero no le culpaba por ello.

El eco de ese disparo seguía bajando por las colinas y entrando por mi ventana cuando de repente ese horrible jolgorio parecido a un ataque de tos a través de un megáfono sonó de nuevo en medio de la habitación y de todas partes, hasta en todo el pueblo de East Joloppi. El hombre, bestia o el animal que fuera que gritaba así debería estar encerrado para evitar que asustara de muerte a mujeres y niños. Tampoco era un sonido demasiado reconfortante para los oídos de un hombre hecho y derecho, acostumbrado a la paz y la calma de tierra adentro en una mañana de domingo.

Salí corriendo por la puerta que Jim había cruzado un minuto antes. Él no había parado de correr hasta llegar al pie de las escaleras. Estaba ahí abajo, mirándome como un alce con ojos desorbitados que hubiera sido sorprendido en el campo de maíz del *sheriff*.

—¿Quién ha disparado ese maldito rifle, Jim? —le pregunté a gritos mientras corría escaleras abajo más rápido de lo que debería correr un hombre de mi edad.

—¡Dios santo! —dijo Jim con la voz ronca y deshecho como se deshace la madera podrida—. ¡Los suecos! ¡Los suecos son los que están disparando, Stan!

—¿Qué suecos, Jim? ¿Los propietarios de la granja del otro lado de la carretera? —dije mientras trataba de encontrar los ojales de mi camisa—. ¿Han vuelto para vivir en la granja?

—¡Dios santo! ¡Sí! —dijo. La voz se le rompía en la profundidad de su garganta como si hubiera tragado demasiada agua—. Los suecos están por todas partes. Mires a donde mires ahí están. Hay tantos...

—¿Cómo se llaman, Jim? —le pregunté—. Ni la señora Frost ni tú me habéis dicho nunca su nombre.

—Dios santo. No lo sé. Nunca he oído que los llamaran por ningún nombre

excepto «los suecos» y supongo que ese es su nombre. Así debería ser.

Crucé el corredor para mirar por la ventana, pero me encontraba en el lado opuesto de la casa y no pude ver nada. La señora Frost no dejaba de dar vueltas por las habitaciones guardando cosas en los cajones y los armarios y olvidando dónde escondía las llaves. La pude ver a través de la ranura de la puerta entreabierta y estaba más asustada que Jim. Tenía tanto miedo de los suecos que no sabía lo que hacía.

—¿Por qué han vuelto los suecos, Jim? —le pregunté—. Pensaba que habías dicho que esta vez se habían ido para siempre.

—¡Dios santo, Stan! —dijo—. No sé por qué han vuelto. Supongo que estos tiempos difíciles traen a todo el mundo de vuelta a sus casas y los suecos son siempre los primeros en todo. No sé qué los ha traído de vuelta, pero están por todas partes, disparando y gritando y armando jaleo. Son treinta y cuatro, me parece, contando todas las cabezas.

—¿Qué están haciendo ahora, Jim, excepto gritar y disparar?

—Dios santo —dijo Jim mirando detrás de él para ver lo que la señora Frost estaba haciendo con sus cosas en la habitación—. No sé lo que están haciendo. Pero los puedo oír, Stan. Date prisa y guarda todas las herramientas en el granero, trae las vacas y átalas en sus establos. Tengo que darme prisa y traer todos esos postes de cedro para la nueva cerca que están en el patio antes de que empiecen a levantarlos y llevárselos. Dios santo, Stan, dondequiera que mires está lleno de suecos. Tenemos que darnos prisa.

Jim salió por la puerta lateral a la parte trasera de la casa, pero yo me tomé las cosas con calma. No tenía miedo de los suecos como Jim y la señora Frost, y no iba a dejar que Jim me mandara trabajar antes de haber desayunado. En cualquier caso, no tenía más miedo de los suecos que de los finlandeses o los portugueses. Es una vergüenza que los americanos se dejen asustar por suecos, finlandeses o portugueses. No son distintos a nosotros. Y nunca se ha visto a un finlandés o a un sueco asustado de un americano. Pero la gente como Jim y la señora Frost, y la gente como ellos tienen un miedo espantoso de los suecos o de gente de viejos países. Jim y la señora Frost y la gente como ellos nunca se paran a pensar que todos nosotros, los americanos, vinimos de esos países en un momento u otro.

Pero no valía la pena discutir con Jim y la señora Frost en ese momento en que los suecos, como un panal de abejas en llamas, revoloteaban por todas partes hasta donde la vista alcanzara; en que la señora Frost temía que vinieran a la casa y se llevaran todos los muebles y objetos de ella y de Jim. Así que mientras la señora Frost metía sus zapatos y los de Jim en fundas de almohada y los escondía dentro de armarios y detrás de las camas, yo me dirigí a la ventana de la cocina y observé lo que estaba sucediendo en esa gran casa amarilla al otro lado del camino.

Jim y la señora Frost tenían razón: estaba lleno de suecos por todas partes. Por lo que podía ver a través de la ventana, había suecos por todo el lugar, casi por todo el pueblo de East Joloppi. Había tantos por el granero y la bomba de agua y la pila de

leña que parecía un panal de abejas desparramado por el campo. Había suecos más allá de donde el ojo humano alcanza a ver y los que no se podían ver se podían oír gritando a pleno pulmón dentro de la casa de madera amarilla del otro lado de la carretera. Y no había duda de que eran suecos, porque nunca he visto que una persona confunda a un sueco o a un finlandés con un americano. Una vez has visto a un finlandés o a un sueco sabes que es un sueco o un finlandés, y no un portugués o un americano.

Había un sueco en todos los rincones. Algunos eran niños pequeños, otros mujeres, por supuesto, pero está claro que todos crecen y llegan a ser suecos adultos. Si uno lo piensa bien, no tiene sentido contar los niños y las mujeres suecos por separado.

En la carretera, delante de su casa, había siete u ocho automóviles y camionetas cargados con muebles y utensilios para la casa. Por todas partes, mirase a donde mirase, había suecos. Los suecos chillaban y se gritaban, los pequeños y las mujeres tanto como los hombres, y parecía que ninguno sabía a qué se debía tanto grito y cuando lo averiguaban les importaba un comino. Eso era porque se trataba de suecos. No importaba lo que gritara un sueco. Siempre y cuando pudiera tener la boca abierta, un sueco estaba satisfecho.

Nunca antes había visto gritar y chillar tanto. Pero aquí, en el estado de Maine, en las tierras bajas de la bahía, no vale la pena sorprenderse, porque en este mundo de Dios todo puede pasar y es probable que pase, y también lo opuesto.

Tomemos por ejemplo a los finlandeses. Hay cantidad de finlandeses en los bosques, donde menos te esperas encontrarlos, trabajando como leñadores. Cuando un equipo de finlandeses desmonta un campamento en los bosques, parece que haya un finlandés por cada árbol en todo el estado. Pero no los ves yendo por ahí haciendo el ruido que hacen los suecos con todos sus gritos y chillidos y disparos. Los finlandeses montan sus jaleos en silencio. Los portugueses también son silenciosos. Los ves recorriendo lugares, ocupándose de sus propios asuntos y trabajando duro en un dique o algo. Pero nunca los oyes chillar y gritar y disparar rifles a las cinco o seis de la mañana de un domingo. No existe nada parecido al ruido que hay en una casa llena de suecos, todos gritando, chillándose unos a otros antes de mediodía.

Yo estaba de pie, mirando por la ventana a los suecos del otro lado de la carretera, cuando Jim vino a la cocina con los brazos llenos de leña que tiró en la leñera de detrás la cocina.

—¡Dios santo, Stan! —dijo Jim—, los suecos están por todas partes. Pero no van a apropiarse de esta leña.

La señora Frost vino a la puerta y se quedó mirando como si no supiera que tenía que prepararnos el desayuno a Jim y a mí. Encendí el fuego de la cocina y puse una olla de agua para el café. Jim no dejaba de ir a la ventana para mirar afuera y no tenía sentido esperar que la señora Frost, en su estado y con todos esos suecos por todas partes, empezara a cocinar a menos que alguien se lo dijera. Estaba tan alterada que

daba pena mirarla. Pero Jim y yo teníamos que comer y la agarré del brazo, la acompañé a la cocina y la dejé tan cerca del fuego que se habría quemado si no hubiera empezado a moverse y a preparar el desayuno.

—Dios santo, Stan —dijo Jim—, esos suecos se meten por todas partes. Están dentro del granero, en el prado con las vacas y no sé qué más han estado haciendo desde la última vez que miré. Cogerán las herramientas, los caballos y las vacas, y los postes de cedro también si no salimos y guardamos todo bajo llave.

—Espera un momento, Jim —dije mirando por la ventana—. Esos suecos de ahí afuera son niños y no se van a ir con nada tuyo o de la señora Frost. Los adultos están ocupados descargando los muebles y utensilios. Estos suecos no van a tocar nada tuyo ni de la señora Frost. Son personas como nosotros. No van por ahí robando todo lo que ven. Vamos, sentémonos junto a la ventana y los miramos mientras la señora Frost nos prepara el desayuno.

—¡Dios santo, Stan! ¡Son suecos! —dijo Jim—, y se mudan a la casa del otro lado de la carretera. Tengo que guardar todo bajo llave antes...

—Un momento, Jim —le dije—. Se mudan a su casa. No se mudan a la tuya ¿no es así, señora Frost?

—Jim —dijo la señora Frost apuntándole con el dedo y mirándome con los ojos desorbitados, nerviosos—, Jim, no te quedes sentado ni dejes que Stanley te impida salvar los animales y las herramientas. Stanley no conoce a los suecos como los conocemos nosotros. Stanley llegó aquí desde tierras adentro y no sabe nada de los suecos.

La señora Frost tenía algo de razón porque hay cosas que he visto aquí, cerca de la bahía, que nunca había visto tierra adentro. Pero no tenía sentido que unos americanos como Jim y la señora Frost tuvieran miedo de los suecos. He visto suficientes finlandeses y portugueses tierra adentro, en el valle, para saber que los americanos no son distintos de los demás.

—Espera un momento, Jim —dije—. Los suecos no son diferentes de los finlandeses. Los finlandeses no van por ahí robando los animales ni las herramientas de los demás. Tierra adentro los finlandeses son unos vecinos estupendos.

—Quizás sea así en tu tierra, Stan —dijo Jim—, pero los suecos de aquí, de la bahía, no son parecidos a nada ni a nadie. Estos suecos del otro lado de la carretera trabajan en una fábrica de pasta de papel durante tres o cuatro años. Cuando ahorran suficiente dinero o cuando lo pierden todo, según sea el caso, regresan aquí a East Joloppi, a esta granja, durante dos o tres años. Esto es lo que hacen. Y es lo que han estado haciendo durante los últimos treinta o cuarenta años, desde que tengo memoria, y en todo este tiempo nunca han cambiado. Recuerdo la primera vez que vinieron a East Joloppi. Construyeron esa casa al otro lado de la carretera. Si no has visto lo rápido que los suecos levantan una casa es que no has visto nada. Stan, esos suecos construyeron esa casa en cuatro o cinco días. ¡Tal cual! Nunca he visto nada igual. Está claro que es la casa más increíble que nunca haya visto porque no es una

granja ni es una casa de ciudad ni tampoco es la casa que construiría un americano. ¡Esos suecos la construyeron en cuatro o cinco días! Pero quién ha visto jamás una casa así, con tres plantas y solo seis habitaciones en todo el edificio... Y encima la pintaron de amarillo. ¡Dios santo, Stan! El blanco es el único color adecuado para una casa y esos suecos la pintaron de amarillo. Y además pintaron el granero de color rojo. Y todo eso gritando y chillando a todas horas, noche y día, como nunca nadie había visto u oído. Esos suecos se portaron como locos durante cuatro o cinco días, estaban locos y lo siguen estando. Pero lo que me fascina es que pintaran la casa de amarillo, que levantaran cuatro plantas y que solo hicieran seis habitaciones en todo el edificio. Solo los suecos harían algo así. Aquí en el campo un americano habría construido una granja de planta cuadrada, con un piso o piso y medio y luego la pintaría de blanco. Pero, no, Stan, esos suecos tenían que levantar tres pisos, hacer seis habitaciones y luego pintar la casa de amarillo.

—Los suecos pueden ser un poco raros a veces —dije—. Pero los finlandeses y los portugueses también, Jim. Y los americanos a veces...

—¡Un poco raros! —exclamó Jim—. ¡Por Dios, Stan! Los suecos son los más raros de la Tierra si es que esa es la palabra adecuada. No conoces a los suecos, Stan. Esta es la primera vez que los has visto, al otro lado de la carretera, y por eso no tienes idea de cómo son después de haber estado encerrados en una fábrica de pasta de papel en Waterville durante cuatro o cinco años. Son sencillamente salvajes. Te lo digo, Stan. No se detienen ante nada. Si ahora salieras y fueras allá y les dijeras que apartasen los coches y camionetas de la carretera para que otros coches pudieran pasar sin tener que subirse a los matorrales, te harían pedazos. Así de salvajes son después de haber estado encerrados en la fábrica de pasta de papel en Waterville durante estos últimos cuatro años.

—Los finlandeses también son así —traté de explicarle a Jim—. Cuando los finlandeses regresan después de haber estado en los campamentos todo el invierno, también hacen mucho ruido. Todo el que tiene que trabajar en estas condiciones durante tres o cuatro años le gusta comportarse con toda libertad cuando deja de trabajar. Y mira, Jim, los portugueses...

—Jim, no te quedes sentado y dejes que Stan te impida guardar las herramientas —dijo la señora Frost—. Stanley no conoce a los suecos como nosotros. Ha vivido la mayor parte de su vida tierra adentro, metido en el valle, y nunca ha visto a los suecos...

—Dios santo, Stan —dijo Jim levantándose. Estaba nervioso y alterado—. Los suecos están invadiéndolo todo. Te apuesto lo que quieras que hay más suecos en East Joloppi que en el resto del país. Todos saben que hay más suecos en el estado de Maine que en el viejo continente. Se han adaptado a este estado como el escarabajo de la patata a...

—No te quedes sentado y dejes que Stanley te convenza, Jim —repitió la señora Frost—. Stanley no conoce a los suecos como nosotros. Stanley ha vivido tierra

adentro casi toda su vida.

Justo entonces uno de los gruesos suecos adultos empezó a gritar a algunos de los niños y mujeres. Lo juro, esos suecos enormes sonaban como un prado lleno de toros roncacos, hacia finales de mayo, enfadados por las moscas. Gritaban como para matar a todos los niños y mujeres que pudieran atrapar. Pero no sirvió de nada porque los niños y las mujeres les respondían a gritos también. Los niños y las mujeres no gritaban con el tono bajo de un toro ronco, pero era suficientemente parecido como para que un hombre que hubiera vivido casi toda su vida tierra adentro, en el valle, pensara que todo el pueblo de East Joloppi estaba lleno de gruesos suecos.

Jim quería ir a recoger las herramientas y el ganado de inmediato, pero yo lo arrastré de nuevo a la mesa. No iba a dejar que él y la señora Frost me obligaran a trabajar antes de hora y sobre todo de desayunar. La paga de cuarenta dólares al mes por diez u once horas de trabajo diarias, domingos incluidos, cuando uno se ha de ocupar del ganado igualmente, no es suficiente. Y yo no iba a trabajar trece horas al día para ellos, aunque prácticamente me consideraran un Frost a esas alturas.

—Espera un momento, Jim —dije—. Sentémonos aquí, junto a la ventana, y miremos cómo meten los muebles y utensilios en su casa mientras la señora Frost nos prepara el desayuno. Si empiezan a coger cualquier cosa que sea tuya o de la señora Frost lo veremos igual de bien desde aquí que desde el patio o la carretera.

—Jim, te lo digo —dijo la señora Frost temblando de arriba abajo y sin tan siquiera haber empezado a preparar algo para desayunar—, no te quedes sentado y dejes que Stanley te impida salvar el ganado y las herramientas. Stanley no conoce a los suecos como nosotros. Se piensa que son como los demás.

Jim no quería quedarse dentro de la casa mientras todas sus herramientas estaban esparcidas por el patio y las vacas permanecían en el prado sin protección. Pero vio que era mejor esperar en casa y hacer que la señora Frost se diera prisa con el desayuno si queríamos comer algo esa mañana. Ella estaba tan excitada y nerviosa porque los suecos hubieran regresado a East Joloppi procedentes de la fábrica de pasta de papel de Waterville que ni siquiera terminó de recalentar las alubias y el pan de la noche anterior y tuvimos que sentarnos a comerlo todo frío.

Estábamos sentados junto a la ventana comiendo las alubias frías y el pan, observando a los suecos, cuando dos pequeños cruzaron corriendo el césped de Jim y la señora Frost. Estaban persiguiendo a uno de sus enormes gatos amarillos que se habían traído de Waterville. El gato amarillo era tan grande como un cachorro de *collie* de ocho meses y corría como si estuviera ardiendo y no supiera cómo apagar el fuego. Su gran cola peluda estaba tiesa, como un estandarte. El pobre corría por el césped como un ternero endemoniado.

Jim y la señora Frost vieron a los pequeños suecos y su enorme gato amarillo al mismo tiempo que yo.

—¡Dios mío! —gritó Jim levantándose de la silla—. ¡Ya llegan!

—Espera un poco, Jim —le dije empujándolo hacia la mesa—. Tan solo están

persiguiendo a uno de sus gatos. No van en busca de nada tuyo ni de la señora Frost. Sentémonos aquí y terminemos de comer las alubias mientras los miramos por la ventana.

—¡Dios santo! —gritó la señora Frost y corrió hacia la ventana para mirar—. Esos suecos están matando todas las plantas. Desenterrarán los bulbos y arrancarán las enredaderas de los arriates.

—¡Siéntese y cálmese, señora Frost! —le dije—. Esos pequeños solo están persiguiendo a un gato. No están intentando destrozar sus plantas.

Los suecos estaban descargando los coches y las camionetas y metiendo los muebles y utensilios dentro de la casa de madera amarilla de tres pisos. No prestaban atención a los pequeños que perseguían al gato en el césped de Jim y la señora Frost.

Justo entonces la puerta de la cocina se abrió y allí mismo, en el umbral, los dos niños nos miraron, jadeando y resoplando con fuerza.

La señora Frost les echó una ojeada y lanzó un grito, pero los niños ni siquiera se dieron cuenta de su existencia.

—¡Eh! —gritó uno de ellos—, salid afuera y ayudadnos a atrapar al gato. Se ha subido a uno de los árboles.

Para entonces la señora Frost ya estaba a punto de cerrarles la puerta en las narices pero yo me metí entre ella y la puerta y salí al patio con ellos. Jim vino justo detrás de mí, después de calmar a la señora Frost y decirle que no dejaríamos que los suecos vinieran y se llevaran sus muebles y sus utensilios.

El gato amarillo estaba en lo alto de uno de los arcos de Jim. El árbol no era lo suficientemente resistente para aguantar el peso de incluso el más pequeño de los niños si se le ocurriera trepar tras el gato. Ni Jim ni yo nos esforzamos demasiado por pensar en la manera de hacer bajar al gato. Queríamos dejar al gato donde estaba hasta que quisiera bajar por sí mismo, pero los pequeños no querían esperar. Querían el gato en ese instante, ahí y ahora, sin perder tiempo.

—Id a casa y esperad a que el gato vuelva —les dijo Jim—. No hay manera de hacerlo bajar ahora. Hay que esperar a que baje por su propio pie.

Pero no. Esos dos niños eran suecos. No tenían ninguna intención de volver a casa hasta haber hecho bajar al gato amarillo del arce. Uno de ellos corrió hacia el árbol antes de que ni Jim ni yo pudiéramos adelantarnos y empezó a trepar como una ardilla de ojos saltones. En pocos segundos —o al menos así me lo pareció— ya estaba saltando de una a otra rama como si hubiera sido criado en un árbol.

—¡Dios santo, Stan! —dijo Jim—. ¿Puedes apartarlos de los árboles?

No había respuesta para ello y Jim lo sabía. No hay manera de evitar que un sueco haga algo que se le ha metido en la cabeza hacer.

El niño casi había alcanzado la rama más alta —donde el gato amarillo se había refugiado y desde donde le bufaba— cuando el árbol empezó a inclinarse hacia la casa. Sabía lo que ocurriría si no hacía nada rápido y Jim pensó lo mismo. Jim vio cómo el arce empezó a torcerse y casi le dio un ataque. Corrió hacia el montón de

leña y volvió arrastrando dos maderos. Los apoyó contra el tronco del árbol antes de que se rajase y entonces nos quedamos allí, como dos idiotas, apuntalando el árbol y gritando al pequeño sueco que bajara del árbol antes de que se rompiera el cuello.

Los suecos adultos oyeron el jaleo desde el otro lado de la carretera y salieron corriendo de la casa de tres pisos y seis habitaciones como si hubiera habido un incendio dentro.

—¡Dios santo, Stan! —me gritó Jim—. ¡Ahí vienen los suecos!

—No se te ocurra largarte, Jim —le advertí mientras lo agarraba por la chaqueta—. No son bestias salvajes. No tenemos miedo de ellos. Quédate donde estás, Jim.

Podía ver la cabeza de la señora Frost casi atravesando el cristal de la ventana de la cocina. Quería salir y expulsar a los suecos de su césped, pero tenía demasiado miedo de abrir la puerta de la cocina.

Jim estuvo a punto de salir corriendo de nuevo cuando vio venir a los suecos corriendo hacia nosotros como un panal lleno de abejas. Pero yo no tenía miedo de ellos y así se lo dije a Jim mientras agarraba los faldones de su chaqueta. Jim y yo estábamos apuntalando el joven arce y sabía que si uno de nosotros lo soltaba el árbol se doblaría hacia el suelo y se abriría por el medio. No tenía ningún sentido arruinar un joven arce de esta manera, y así se lo dije a Jim.

—¡Eh! —dijo uno de los suecos al pequeño que estaba en la copa del arce—, baja de ese árbol y ve con tu madre.

—¡Al diablo con la vieja! —gritó el pequeño—. Voy a coger el gato por la cola.

El sueco nos miró a Jim y a mí. Jim estaba a punto de largarse corriendo, pero yo no y agarré a Jim y se lo dije. No tenía sentido alguno dejar que los suecos nos asustaran.

—¿Qué diablos hay que hacer con los críos cuando llegan a esa edad? —nos preguntó.

Jim quería que le dijera al niño que bajara del árbol antes de que se doblara y se abriera. Pero yo sabía que no tenía sentido tratar de hacerlo bajar hasta que tuviera ganas de hacerlo o bien hasta que atrapara al gato por la cola.

Justo entonces llegó otro sueco procedente de la casa de tres pisos y seis habitaciones del otro lado de la carretera. Llevaba un hacha de doble filo como si fuera un atizador al rojo vivo y gritaba como un poseso a todos los demás.

—¡Dios santo, Stan! —dijo Jim—. ¡No dejes que esos suecos talen mi joven arce!

Yo tenía el suficiente sentido común como para no impedir hacer a los suecos lo que se les hubiera metido en la cabeza. Sería una locura semejante a intentar impedir que llueva con el cielo cubierto, aunque se quiera sembrar el maíz en ese mismo momento.

Miré alrededor y vi a la señora Frost casi atravesando el cristal de la ventana. Sabía lo que pensaba a pesar de no poder oír una palabra de lo que decía. Fuera lo que fuese lo que decía, no se quedaría corta.

—¡Baja de ese árbol! —dijo el sueco al niño que estaba en la copa del arce.

En lugar de descender, el pequeño agarró la cola del gato amarillo. El gato alargó una de sus gordas patas y arañó al niño seis veces, en un instante, con gran rapidez. El niño lanzó un alarido que se debió oír hasta el otro lado del pueblo. Sonó como si en la copa del arce hubiera habido una casa de llena de suecos.

El sueco se acercó al arce dando empujones a todo lo que le impedía el paso.

—¡Dios santo, Stan! —gritó Jim—. ¡Hay que hacer algo!

No había nada que pudiéramos hacer a menos que uno fuera sueco o un hombre de Dios. Personas como nosotros, americanos como Jim y yo, no podemos simplemente impedir el paso a un sueco, especialmente si sostiene una gran hacha de doble filo y si acaba de salir de una fábrica de pasta de papel tras cuatro o cinco años de duro trabajo.

El sueco agarró el hacha y golpeó con ella el tronco del arce. Ya no había quien lo parara. Tenía un hacha y la blandía como si se tratara de la cola de una vaca apartando una nube de moscas negras. El joven arce temblaba cada vez que era golpeado. Era como el viento moviendo un tallo de maíz. Entonces el tronco empezó a doblarse del otro lado donde Jim y yo lo estábamos apuntalando con los tablones. Unas astillas grandes como platos volaron por todo el césped y acribillaron la casa como una banda de muchachos apedreando los aislantes de una torre telefónica. Entonces una de las astillas fue a parar a la ventana donde estaba la señora Frost. Tanto Jim como yo pensamos al principio que quizás se hubiera caído por fuera de la ventana, pero luego vimos que seguía dentro y más enfadada que nunca con los suecos.

Los tablones de madera ya no servían de nada porque ya era demasiado tarde para situarlos en el otro lado del arce para evitar que se doblara en esa dirección. El sueco que blandía el hacha de doble filo volvió a golpear el árbol, que empezó a doblarse hacia el suelo.

Finalmente el árbol empezó a caer, el pequeño empezó a caer y también el gran gato amarillo, que se agarraba por si acaso a la cabeza del niño. Antes de que tanto el árbol como el niño tocaran el suelo, el gato saltó una distancia de treinta pies y aterrizó en medio de las flores y bulbos de la señora Frost. El pequeño sueco lanzó tal grito al tocar el suelo que seis o siete suecos más salieron en tropel de la casa de tres pisos y seis habitaciones. Todos se agruparon en la carretera como si nunca hubieran oído gritar a un niño. Las mujeres y los niños y los hombres se agruparon en el césped de Jim y la señora Frost como si hubieran sido descargados de un volquete y no supieran dónde estaba arriba y dónde abajo.

Pensé que a la señora Frost le daría un ataque allá mismo en la cocina. Cuando vio la multitud de suecos entrar en su jardín, y al gato amarillo pisar las plantas y los bulbos del arriate, desenterrando todo lo que había plantado, y a los suecos con sus zapatos de la talla 12 aplastando los brotes que había estado cuidando... En fin, creo que finalmente se derrumbó y desapareció un rato. No tuve tiempo de ir a ver lo que le pasaba porque Jim y yo tuvimos que ir detrás del gato y de los suecos tratando de

salvar lo que pudiéramos.

—¡Dios santo, Stan! —gritó Jim—, entra en casa y llama por teléfono a todos los vecinos y diles que vengan rápido a ayudarnos antes de que los suecos destruyan mi granja y los graneros y establos. Nunca se sabe lo que llegarán a hacer. Por lo pronto podrían incendiarme la casa y el granero. ¡Date prisa, Stan!

No podía perder tiempo hablando con los vecinos por teléfono. Estaba justo detrás de Jim y los suecos vigilando lo que hacían.

—Te pago bien, Stan —me dijo Jim—, y quiero recibir algo a cambio. Ahora, ve a llamar a los vecinos y diles que se den prisa.

El enorme gato amarillo volvió a saltar desde el arriate y el salto lo llevó al otro lado de una pared de piedra. Desde allí escapó a la profundidad de los bosques y todos los suecos del lugar lo siguieron. Cuando Jim y yo llegamos a la pared de piedra me detuve y contuve a Jim.

—Bueno —dije—, si quieres voy a los bosques y la armo con los suecos por talar tu joven arce y destrozar el arriate de la señora Frost.

Dimos la vuelta y allí estaba la señora Frost, justo detrás de nosotros. No sabía cómo había llegado tan rápido allí después de que los suecos desaparecieran en el bosque.

—¡Dios santo! —dijo la señora Frost acercándose corriendo a Jim y agarrándose a él—. Jim, no dejes que Stanley haga enfadar a los suecos. Este es el único lugar que tenemos para vivir y ellos estarán aquí durante un año, o dos, o tres si las cosas no mejoran pronto.

—Es verdad, Stan —dijo—. No conoces a los suecos como nosotros. Uno tendría que ser sueco como ellos para saber lo que decirles. No vayas a decirles nada.

—Jim —dije—, tú y la señora Frost tenéis miedo de los suecos, ¿verdad?

—Por Dios, no —dijo con los ojos bien abiertos—, pero no vamos por ahí haciéndolos enfadar.



ERSKINE CALDWELL (White Oak, Georgia, 1903 - Paradise Valley, Arizona, 1987), escritor estadounidense, hijo de un ministro de la Iglesia Presbiteriana, estudió en la Universidad de Virginia sin llegar a graduarse. En 1926 se trasladó a Maine y allí empezó a escribir para periódicos y revistas. En sus libros manifestó su preocupación por las miserables condiciones de vida de los campesinos sureños, a la vez que denunciaba el racismo, la violencia de género y los prejuicios de clase de aquella sociedad. En 1936 se casó con la fotógrafa Margaret Bourke-White. De sus obras, entre ellas *El camino del tabaco* (1932) y *La parcela de Dios* (1933), se habían vendido hacia 1940 más de dieciocho millones de ejemplares. En ellas se describen con humor y erotismo la miseria, la violencia y el racismo de los blancos pobres del Sur.

# Notas

[1] Día del Trabajo en EE. UU., que se celebra el primer lunes de septiembre. (N. del T.). <<

[2] La ley de la enagua se refiere a una ceremonia prenupcial que tenía lugar en Nueva Inglaterra en la época colonial entre un hombre y una viuda. La costumbre dictaba que la viuda debía aparecer vestida solo con su enagua. El hombre afirmaba que aceptaba a la mujer tal como era ella y no por las propiedades que ella hubiera obtenido de su primer marido, y renunciaba a dichas propiedades así como a pagar cualquier deuda que aquella hubiera heredado. (N. del T.). <<